EL CONSPIRADOR

EL CONSPIRADOR

(AUTOBIOGTAFÍA DE UN HOMBRE PÚBLICO)

I.

¡Dios mio! seis meses há que vivo encerrado en esta prisión!......Seis meses bajo la vigilancia de estos gendarmes que me miran de reojo y me atisban sin cesar!......La inacción me está matando......Qué haré para ocupar mi espíritu?......Esta vida monótona, inactiva, en completa oposición con mi carácter y costumbres, se me hace cada dia más insoportable. Diaz há que se me presenta un proyecto con halagadoras esperanzas de libertad ¡Fugar!......pero una fuga me colocaría en la necesidad de huir de Lima, de alejarme de mi centro de acción, y quedar más tarde á merced de mis enemigos.

Nó, no debo fugar, es necesario esperar el resultado del juicio iniciado.

Mientras tanto, quiero ocupar las pesadas y largas horas de mi prisión, escribiendo la historia de mi vida. Así al menos alcanzaré disipar este hastío que me corroe hasta la médula de los huesos.

Trataré de recopilar los acontecimientos más notables y trascendentales de mi vida. El esfuerzo de la memoria, me ocupará á todas horas, y cuando no escriba pensaré.

Felizmente mis carceleros no me niegan pluma y papel, y puedo dedicar todas las horas del dia, á escribir ó meditar.

Soy un hombre que se ha sentido halagado por las auras de la popularidad, y embriagado por el néctar de la adulación. Y por más que mis enemigos se obstinen con ahinco en empequeñecerme, no negarán, que en el Perú, nadie conquistó tantos partidarios ni alcanzó tantas simpatias.

Más ¡ay! que aquellas prosperidades, solo me han servido para hacerme mucho más cruel mi actual situación!...... Despues de tantas glorias, hoy me encuentro sin amigos, sin partidarios, preso y olvidado!

¿Cuál es la causa de mi ruina? ¿Por qué he caído desquiciado, como una estátua sin base? Mi gloria ha sido como la pasajera luz de esos manojos de paja, que presto se apagan sin dejar más, que un poco de ceniza que el viento se lleva!......

¡Ah! mi cabeza se pierde en un mundo de deducciones, sin alcanzar á darme explicación cabal de los sucesos que fueron causa de mi ruina!

Mis faltas como hombre político son muy graves: ¿pero soy yó el único que las ha cometido?

A veces creo, que un ciego destino me ha condenado á descender tanto más abajo, cuanto fué alta la ascención, que me llevó á las cumbres de la gloria.

Estas páginas escritas con sinceridad y recta intención, tal vez derramen luz sobre mi conciencia y me ayuden á guiarme en el cúmulo de tristes deducciones que confunden mi razón; quizá tambien, sean de alguna utilidad para mis contemporáneos; y aunque por el momento, sólo me propongo buscar lenitivo á mis males, diré sin embajes ni atenuaciones aquello que yo juzgo censurable en mi conducta, esperando que los corazones honrados que lean estas páginas, me concederán su generoso perdón. Propóngome ser tan veráz y sincero cuanto me sea posible, no sólo en la confesión de todo lo que pueda servir de ejemplo á mis conciudadanos, sino también. cuando necesite decir lo que pienso y creo de los hombres y los acontecimientos, que me han rodeado.

Y después de todo, ¿cuál es el hombre público que puede escribir sus memorias al lado de las mias, sin resultar manchado mucho más que yo? Quizá si después de la unánime y general confesión, yo podría decir, como Juan Jacobo Rousseau: «ningun hombre es mejor que yo.»

Dejar á la generación que nos sucede el ejemplo de una vida, que sea un aviso para precautelarse contra las sirtes y escollos que en el mundo encontramos. debe ser el móvil de este género de publicaciones.

Hasta hoy no fueron más que desahogos de la vanidad que se complace en almacenar ó enumerar grandezas y méritos al lado de culpas muy veniales.

¿Tendré yo, la suficiente entereza para ser sincero y verídico, aunque deba confesar culpas gravísimas?......

Probemos si es esto posible............................

....

Ganoso de algunos momentos de soláz, quiero hacer una larga escursión por los plácidos horizontes de mi juventud; quizás las risueñas y gratas reminiscencias del pasado, amenicen las tristes horas de mi vida presente, donde solamente encuentro las infidencias que rodean al hombre público, las negruras del corazón, puestas, para él más que para ningun otro, en descarnada realidad.

No me propongo escribir, una obra de arte, ni de alta literatura; nó, cuando se trata de decir, la verdad, es preferible el estilo natural y sencillo, que retrate fielmente los sucesos de la vida ordinaria.

Creo que si todos los hombre por oscuros y humildes que fuesen, se propusieran escribir las impresiones y acontecimientos, que han agitado su vida, mostrando con entera franqueza, los errores que cometieron, y los pesares que, por falta de conocimiento del mundo arrostraron; si todos expusieran con la lealtad y franqueza con que yo me propongo escribir estas memorias, el lado escabroso y difícil de la vida, entonces, lo que se llama *experiencia del mundo*, ese tesoro inapreciable que sólo lo poseen los que han terminado el drama de la vida y se hallan á las puer-

tas de la muerte, asemejándose á un actor que sólo hubiera llegado á aprender y conocer su papel, cuando el telón ha caído y el drama ha terminado; esa experiencia, decía, podríamos adquirirla con la meditación y el estudio, antes de llegar á la vejéz.

***

Nací en la ilustre ciudad de Arequipa, en una noche del mes de Marzo.

Mis nombres de pila son, Jorge, Diego, Miguel, nombres que me pusieron en recuerdo de mis dos abuelos paternos, y que yo he simplificado, aceptando sólo el primero, que fué el de mi padre. Me llamo pues, Jorge Bello.

He sido hijo póstumo. Mi padre murió quince días antes que yo naciera, y mi madre le siguió al sepulcro, víctima de agudas fiebres puerperales, según el decir de los médicos; pero en realidad, víctima del inmenso pesar de la viudéz.

Y, como si mi vida estuviera destinada á llevar la muerte y exterminio, donde quiera que yo aliente, murieron también dos muchachos por causa mia la noche que fuí bautizado. Mi padrino que era mi tio, queriendo solemnizar el bautizo del huérfano, que desde ese momento quería tomar bajo su protección, arrojó, después de salir del templo, gran cantidad de monedas menudas, que los pilluelos y mataperros, corrían á recojer, agrupándose los unos sobre los otros: bién pronto la cantidad de hombres y muchachos.

atraídos por el sonido de la plata, fué creciendo, creciendo á tal punto que, convertida en una masa compacta, se empujaba y comprimía, agolpándose de un punto á otro como si fuera un sólo cuerpo.

Al siguiente día, el único periódico que entónces había, dió cuenta como de la cosa más natural del mundo, del suceso que fué causa de esas dos muertes.

Yo nací tan débil y raquítico, que nadie esperaba verme cumplir ni aún una treintena de días. Es que la muerte de mi padre, había precipitado la época de mi nacimiento, y las violentas y dolorosas impresiones sufridas por mi madre, arrancáronme de su seno, antes de tiempo.

Cuando llegué á los cinco años, mi tía, (luego hablaré de ella) refiriéndose á mi endeble constitución física, solía decir:—Como el pobrecito es sietemesino, es natural que sea delicado y enfermizo.

Mi raquitísmo, lejos de ser corregido por una educación vigorizante y de contínuo ejercicio, fué fomentado por el excesivo mimo y el cariño tolerante de mis tios.

Perdónenme mis buenos parientes; pero yo por experiencia propia creo que, la mayor desgracia que á un hombre puede acontecerle, es el haberse educado rodeado de una familia de solterones y mujeres sin hijos que, para amenizar sus ocios y dar pié á la hilaridad de los amigos, buscan niños y los colocan en la misma condición de los muñecos que deleitaron su infancia; y excitando su tierna inteligencia, los exponen á caer en el idiotismo y la imbecilidad, que son el resultado del excesivo ejercicio intelectual en la temprana edad.

Además el mimo excesivo y blandura de cariño, que no llevan por guía la razón ilustrada por el conocimento de la higiene física y moral de la infancia, léjos de ser un bién, es altamente perjudicial y de resultados contraproducentes.

Sucede que, familias pobres, educan á los niños como si hubieran de ser toda la vida algo así como príncipes, halagados por todos los dones de la suerte, cuando en realidad deben ser pobres ciudadanos, que habrán de necesitar vivir de su trabajo.

La empleomanía, esa plaga social, esencialmente peruana, toma su orígen único é inevitable, en la pésima educación que en el Perú se dá á los niños. Educados para vivir al calor del hogar, y en las blanduras del cariño, son inhábiles para arrostrar las rudezas de la vida campestre, ó las duras tareas de la vida comercial é industrial.

Yo mismo, cuánto no he ansiado alcanzar la fortaleza corporal que, muchas veces, en mi activa vida política, faltóme, con grandes daños de mis planes y empresas de hombre público! Aún en mi carrera militar, me ha perjudicado grandemente mi pequeña estatura, y mi débil y delicada constitución física.

La familia de la cual, era yo uno de sus miembros, estaba compuesta de la viuda del Coronel Espoleta, y dos hermanos de esta; el uno era el solterón, mi padrino, del que ya hé hablado; el otro un sacerdote de buena salud, de buen apetito y magnífico carácter. Y digan lo que quieran, mi tio era un sacerdote moral, que jamás anduvo en amoríos de contrabando, ni ocultando sobrinas, ni ama de llaves, ni cosa que re-

velara haber alguna vez olvidado los sagrados votos pronunciados.

Jamás consintió él, en decir una misa después de las ocho, por ser esta la hora de su desayuno, y él no era hombre de decir misa despues de haber comido.

Hombre sano, tranquilo, de constitución linfática y carácter apático, facilmente se doblegó á las imposiciones de su ministerio, sin hacerles más que, modificaciones poco sustanciales, como las que hacemos en un traje cortado en molde ó patrón, que no nos viene del todo bién.

Mi tía, la que quiso reemplazar á mi madre en los cuidados de la niñéz, era viuda de un famoso coronel que, en las tumultuosas épocas que siguieron á la Independencia, figuró por su infatigable tesón revolucionario.

Su hermano, mi tio y padrino, había llegado á ser uno de esos políticos platónicos, si así puede decirse, á la manera de politiquear que algunos manifiestan, cuando ya los años y las impotencias, físicas y morales no les permiten hacer otra cosa. Por lo demás era hombre tranquilo sin ambiciones, de gustos sibaríticos que le llevaron á no tener otra preocupación, que la de comer bien, dormir tranquilamente y darse regalada vida.

—A bien que yo no necesito de la política para medrar—solía decir, dándose palmaditas en el abdómen, despues de haber, según costumbre, dádoles furiosa tunda desde el presidente y los ministros para bajo, en largas tiradas referentes al comento de tal ó cual decreto ó disposición gubernativa.

Mi tio, era hombre amable, de esos que gastan atina-

damente su dinero en obsequiar y agazajar á sus amigos y que, con no abundantes bienes de fortuna, aparecen cual si gozaran de pingües rentas. También es cierto, que por aquella época, el título de *rico*, era bién fácil merecerlo en Arequipa, pues que, las fortunas particulares eran sumamente pequeñas y los hábitos de economía estaban tan arraigados en las costumbres, que el fausto y el lujo de mi buen tio, hubiesen pasado desapercibidos en Lima, como la fortuna más insignificante.

Por lo demás Arequipa es un gran pueblo; se le culpa de fanático é intolerante; pero esto es propio de su espíritu vehemente, apasionado y belicoso. No se puede tener grandes cualidades, sin que de allí resulten tambien grandes defectos.

Arequipa es uno de los pueblos del Perú, que mayor número de hombres ilustres le ha dado á la patria; verdad también que despues de Lima, es la ciudad que cuenta mayor número de pobladores, y por su topografía y sus condiciones de vida, la más importante del Sur. Situada al pié del Misti, que con su penacho de nubes la domina, diríase que sus hijos llevan en su alma, el sello de su volcánico suelo, donde las pasiones políticas despnés de fermentar en su seno, corren desbordadas llevando el grito de guerra y sedición á los pueblos que se le avecinan, tranquilos é industriosos, como lo es Moquegua, que muchas veces se vió contagiada con la misma fiebre revolucionaria de su hermana y vecina.

Cuán inconcientes son las impresiones de la infan-

cia, y cuán hondamente quedan impresas en la memoria humana!......

¡Oh! paréceme estar viendo aquellos lugares embellecidos con todos los recuerdos de la niñéz; veo los grandes y solitarios patios con sus altos muros formados de piedra de sillar, como allá se llama la piedra volcánica de construcción, con la que están fabricadas las sólidas casas de la ciudad; veo el alto y corpulento *pisanay*, cuyas consistentes y rojas flores, venían á recojer los pilluelos de la vecindad, para con ellas simular jugadas y riñas de gallos, representando cada flor, á uno de esos valerosos animales; veo las techumbres de blanquísimas bóvedas, con sus ventanas desiguales, parecidas á estrechos agujeros, dónde anidaban gorriones y golondrinas y también formaban allí sus panales las abispas; veo el huertecillo con sus árboles raquíticos, torcidos y mal cuidados, y sus avenidas nunca limpias, como que la escoba andaba lerda por allá, la veo con sus bancos de piedra, toscos y ennegrecidos, asemejándose á viejas tumbas, resquebrajadas y carcomidas por el tiempo...



Bién quisiera prescindir de esta historia de mis primeros años, pero la juzgo necesaria para explicar las mil anomalías, que hay en mi vida; y también el lado algo dramático que en ella se ha de encontrar; y luego, las primeras impresiones, los primeros acontecimientos, que nos han rodeado, son casi siempre el

orígen de poderosas tendencias y fuertes pasiones que parecen inexplicables.

En la vida de los hombres, hay siempre reflejos de las impresiones de su niñéz, y la atmósfera moral en la que se forma su espíritu, prevalece en todas las situaciones de la vida.

Siguiendo este principio, daré á conocer á las personas que concurrieron á mi educación, por más que ellas no representen papel alguno en el curso de esta historia.

Años y años han trascurrido, todo lo que yo he amado, todo lo que ha embellecido mi vida, ha muerto ó desaparocido; hasta los sitios han sido destruidos por el cataclismo de 1868, que estremeciò la tierra y derrumbó todas las poblaciones del Sur.

La casita que habitaba mi tia, fué destruida por el terremoto, y en su lugar álzase hoy una moderna construcción, azás sencilla, para evitar que nuevos temblores de tierra la destruyan.

Mi tio Juan, como yo le llamaba entonces, habia vivido, allá en sus mocedades, envuelto en la política militante y tempestuosa de esos tiempos, y parece que mi padre, no fué menos adicto á embarcarse, impelido por los fuertes vientos revolucionarios de aquella época. Hasta mi tia, la viuda del coronel Espoleta, solía deçir, con lágrimas en los ojos, que si su esposo no hubiera muerto, estaba segurísima de que él hubiera llegado á ocupar la *silla*. Así designaba la presidencia de la República.

Mi tio Juan, con su sátira de *cuñado*, y apoyando

esos humillos de la viuda del coronel, decía: —Tiene razón mi hermana, su marido hubiera llegado á la presidencia de la República; él tenía todas las condiciones requeridas para ser el sucesor de otros muchos; era militar, ignorante, bruto y porfiado.

Los amigos íntimos de mi familia, decían que las desmedidas ambiciones de la ex-coronela, fueron causa de la muerte de su esposo. Parece que ella, con ese ineludible dominio que la mujer peruana ejerce, tanto sobre su amante, como sobre su esposo, habíale compelido con ahinco é incesantemente, diciéndole:—Arrostra los peligros y desafía la muerte, con tal de llegar allá, donde llegan en este país, los ambiciosos y atrevidos. Y el buen hombre, obedeciendo, con la sumisión del soldado que recibe la consigna, lanzóse espada en mano, á conquistar el puesto señalado por su ambiciosa esposa. Los amigos y compañeros del difunto coronel, mirábanla con secreto rencor, diciendo á sus espaldas, que ella había sacrificado á ese buen militar que murió, victimado por sus mismos soldados, en una de las muchas sublevaciones de cuartel que, siguiendo inveteradas prácticas, había él intentado, con el fin de proclamarse Jefe del *pronunciamiento* de Arequipa.

Snsurróse entre las personas más caracterizadas de la sociedad arequipeña, que los asesinos del coronel Espoleta, habían sido gentes pagadas por el Gobierno, que, no pudiendo de otra suerte suprimir á ese infatigable amotinado, hizo organizar una sublevación, con el intento de hacerlo asesinar.

que había pretendido suprimir á un prestigioso caudillo; no así las gentes sensatas y enemigas de motines y revueltas: esas, diz, que manifestaron su contento, diciendo que jamás hubieron desde que se inventó la pólvora, bálas mejor empleadas que aquellas, destinadas á dar fin, con la vida de un pobre diablo, sin mérito ninguno, que era ya « un conspirador de oficio ».

Yo que no hago más que consignar aquí, las versiones llegadas hasta mí, no puedo juzgar hasta qué punto serían ciertos estos ofensivos juicios.

Mi tío, contagiado también por la fiebre revolucionaria, que por largas épocas ha reinado en Arequipa. parece que había sido en sus mocedades partidario. ora de Gamarra, ora de Salaverry, hasta que á la vejez llegó á ser uno de esos *vivanquistas*, fanático y emperrechinado, y tan ciego en su cariño cual lo son esos mahometanos que viven creyendo en las relaciones del ángel Gabriel; pero es el caso que, dadas las leyes del atavismo, mi buen tio, no debía tener mas que una opinión, y ésta infaliblemente debía inclinarse á favor del caudillo que con mas frecuencia hubiera levantado la bandera de la rebelión.

Yo me eduqué y crecí, alimentado y nutrido en aquella atmósfera, impregnada de ideas subversivas y principios revolucionarios, dirigidos todos en contra de cuanto tuviera visos de gobierno constituido. el cual, por el hecho de serlo, siempre aparecía tiránico y abusivo. En cambio todos los caudillos se me aparecían como redentores que se elevaban cual celeste promesa de futuras prosperidades.

Principiaba apenas mi razón á discernir, y ya escuchaba las interminables narraciones referentes á ponderar las aventuras encantadoras y alucinantes de cuantos revolucionarios habían subido, como por arte de encantamiento, á ocupar altísimos puestos, labrándose la más brillante y segura posición social. Y estos afortunados mortales, salidos de entre los mas *arrancados* de la clase media, la clase revolucionaria, no descollaron mas tarde ni por su talento ni por su patriotismo.

Y mi tío siguiendo estas deducciones se preguntaba:—Cuáles han sido los méritos de estos, entre los que se cuentan por centenas abogaditos de ciento en carga, tinterillos y olfateadores de los que viven pescando pleitos para enredar á los incautos y confiados; ¿ cuáles son los méritos de esos que han llegado á los primeros puestos de la República ?...... —Mi tío se encargaba de contestarse á sí mismo y decía:—Han sido revolucionarios, y esto es suficiente.

Y citaba, hasta faltarle los dedos de las manos, á los que habían vivido holgazaneando, en completa haraganería, y luego con el triunfo del caudillo revolucionario, llegaron á la mas alta posición social. Muchos de ellos—decía mi tío—desechados por el Gobierno, debido á sus malos antecedentes, fueron á plegarse á la revolución para entrar mas tarde, triunfantes á la capital con las insignias de altas graduaciones. Esto después de haber salido de su casa, de simples ciudadanos, sin más mérito que el carecer de *oficio conocido*.

No faltaba en esta relación, alguno de quien decía mi tío, que le constaba que, habiéndose dirigido al

Gobierno, en demanda de algun destinillo de menor cuantía, y no habiendo alcanzado nada con que matar el hambre de su mujer y sus ocho hijos, despechado y furioso, habíase partido á engrosar las filas de los revolucionarios, y de allí databa y procedía toda la prosperidad de su vida.

Y mi tío, moviendo con sorna su blanca cabeza, agregaba; —Nada ménos que hoy es todo un personaje, un Ministro Plenipotenciario, cuando nunca supo hacer un escrito de *á U. pido y suplico,* y sólo hace cuatro años que hubiera vendido su alma al diablo, como Esaú su primogenitura, por un plato de lentejas.

Y en este punto mi tío soltaba estripitosa risotada que terminaba por fuerte acceso de tos. Esta era con pocas variantes, la historia de todos los hombres de aquella época, improvisados por el espíritu revolucionario, y levantados desde las últimas esferas sociales, á la más alta posición social, á semejanza de esas brisnas de hierba, llevadas en alas del viento, sobre la cabeza de los hombres mas eminentes.

Ser revolucionario, era á mi concepto ser hombre de acción, ser todo poderoso; era poseer la fuerza de seres sobrenaturales, que podían crear y también destruir, derribar y también construir.

El tema sobre el cual versaban las conversaciones y comentarios en casa de mis tíos, era siempre el mismo: eran las depredaciones, los robos, las especulaciones en grande escala.

La revolución era esperada y deseada como la bien-venida, como la redentora de cuantos abusos y

latrocinios debíamos presenciar, tan sólo mientras llegaba la que, por lógica natural de los sucesos, debía aparecer de un día á otro; y todos esperaban confiados en la Providencia, que no podía negarles el advenimiento del Mesías, que debía aparecer encabezando un movimiento revolucionario.

Estas ideas, encontrábanse tan arraigadas en todas las clases sociales, que no había quisque ni pilluelo, que no estuviera afiliado á un partido, convirtiéndo así sus juegos y diversiones, en batallas encarnizadas, en las que, de un lado Arequipa y del otro Lima. es decir la revolución y el gobierno, representados por esas dos agrupaciones, libraban luchas reñidas y furiosas. Por supuesto que el partido del gobierno, era el derrotado por ser ese el único débil y antipático.

Y si de los pilluelos y mataperros, pasamos á la alta clase social, allí las cosas se sucedían *á lo serio.*

Los odios de partido eran los más intransigentes y exaltados de cuantos nacer pudieran en el corazon de esas gentes: las familias vivian divididas en dos bandos bien marcados, y tan recalcitrantes en sus opiniones, que ni santa Rita, abogada de imposibles, hubiera realizado la reconciliación entre dos opuestos partidos. Y no se diga que cuando no era «*tiempo de balas*» se dormían ni amainaban sus rencores: que entonces *la sin hueso* desempeñaba á maravilla su cometido; y para el opuesto bando jamás hubo en su contrario hombre de talento. ni menos honrado, que ámbos se miraban, tras el tupido velo de sus pasiones políticas. Y conste en desagravio de la culta socie-

dad arequipeña, que estos no son defectos inherentes á un sólo pueblo, sino que son el resultado de las conmociones políticas por las que atraviesan todas estas Repúblicas de América, y por consiguiente son extensivas no sólo á todos los pueblos del Perú, sino también á todos aquellos en los cuales, se ha levantado mas de una vez la bandera de la rebelión, que engendra los odios de partido.

Mi tía había residido largas temporadas en Lima, cuando su esposo, poseído de la ambición de llegar á la *silla*, merodeaba en los campos de la política, sin imaginar que en la disyuntiva planteada por su esposa, había de dar con la muerte, antes que con la *silla*.

Ya se colige que con tales ambiciones, debía ser la ex-coronela, más que otras, intransigente en sus opiniones.

Y considerándose con derecho á todos los fueros de viuda de coronel y caudillo revolucionario, hablaba con la autoridad que tales títulos le daban.

—Mire U.—decía—venir á hablar en contra de las revoluciones, se habrá olvidado que mi marido fué revolucionario como el que más?.........

Y apesar del tiempo trascurrido desde la muerte de su esposo, ella jamás transigió con los que fueron enemigos políticos del coronel.

Para ver á mi tía radiante de alborozo, bastaba anunciarle desgracias ó fracasos acaecidos á algunos de los hombres notables del bando opuesto al de su difunto marido.

Su espíritu inquieto y apasionado por natural constitución, encontraba en los partidos la válvula por

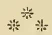
donde dejaba escapar una parte del calor moral quc en su vida tranquila y honrada no hubiera sabido en qué emplear.

Por más que mi tío el solterón, fuera hombre honrado, incapaz de robar un cabello, ni de forjar el más inocente fraude, complacíase con cierta deleitación, en comentar los que en el campo de la política, y agrandados por la distancia, llegaban allá, para servir de cominillo á los politiqueros *pasivos*, en cuyo número se contaba, en primer término, mi buen tío. Un dia, despues de una larga tirada, referente á depredaciones y fraudes de ministros, miróme cariñosamente, y lugo dijo:

—¡Ay! hijito, tu llegarás á figurar tarde, cuando no haya huano ni especulaciones que puedan enriquecerte!.........

Y estas palabras de mi tío, quedaron grabadas por muchos dias en mi memoria, é imaginábame, que yo era algo así, como un convidado que llega, cuando el banquete ha terminado, y ya no hay más que migajas y desperdicios.

Y bajo la impresión de este triste concepto de mi tío, quedéme pensativo y preocupado.



Los viejos amigos y contertulios de mis tios, habían sido también revolucionarios, de aquel tiempo en que, este título simbolizaba patriotismo, valor y grandeza de miras; cuando se conspiraba para con-

quistar la independencia de la patria, dando fin, con la dominación española.

Quizá si los peruanos nos hemos quedado contaminados de aquellas grandes conspiraciones que tanta gloria y renombre dieron á los que las llevaron á término.

Y yo con la inconsciencia propia de mi edad, y en fuerza de escuchar las interminables historietas de todos los revolucionarios, tanto pasados como presentes, concluí por imaginarme, que conspirar, era simple y llanamente, como el reverso de una medalla; es decir, que si por un lado había un presidente, nvestido con toda la autoridad de tal, por el otro debía haber, indefectiblemente, una larga legión de conspiradores. Esta suposición, ó deducción, que se diría absurda, y demasiado premeditada para un niño de doce años como era yo entonces, aparecerá lógica y natural, si se considera la atmósfera revolucionaria en que se desarrollaron y formaron mis ideas.

Hoy que considero el pasado con toda la severidad de mi sereno juicio, debo hacer constar, que las culpas cometidas en mi vida de hombre público, más que mías, son de mi época, de esta generación á la que pertenezco, y que, como fatal herencia, lleva el espíritu subversivo y revolucionario de los ínclitos conspiradores, que también fueron los grandes patriotas, los beneméritos que derrocaron el poder de la dominación española en el Perú.

Para dar idea, hasta qué punto debía estar arraigado en mi conciencia, el convencimiento de ser la

aparición de las revoluciones, tan naturales y corrientes, como son en Arequipa los temblores de tierra; bastará apuntar aquí que en la casa que habitaban mis tíos, habían habitaciones destinadas exclusivamente á dar asilo « *en los dias de balas y cierra puertas* », á la gente pobre de la vecindad. De suerte que, con las primeras detonaciones, de las descargas de los sublevados, y á la vez que en la calle se agitaban y bullían los curiosos y espectadores, veía yo llegar á mi casa, larga ringlera de colchones arrollados, y traídos en hombros, por sus propios dueños; los cuales eran en su mayor parte, mujeres y niños, manifestando la precipitación y susto de su huida, en aquellos fardos, semejantes á animales destripados.

Un detalle muy importante en las sublevaciones de los pueblos del Perú; es el toque de « *arrebato* » de la iglesia Matríz; nada tan aterrador é imponente como aquel *tón!*......*tón!*......*tón!*, bronco, pausado, terrible, como que es la voz sonora de un pueblo sublevado. Toda vez que la gran campana sola, sin el alegre acompañamiento de sus compañeras menores sonaba, quería decir que silvarían balas, y correría sangre ; y con esto basta para dar idea de la pavura, que del ánimo se apoderaría, cada y cuando el tañer de la gran campana, hacía saltar hasta la piedras de las calles de Arequipa.

Y entonces yo corría á una de las ventanas que daban á la calle, para ver los semblantes de los transeuntes, no con el espíritu observador del fisonomista, sino con la curiosidad juvenil de mi edad; y llamaban mi atención las caras alborozadas de los que

eran adictos á la revolución, sin duda por serme ellos más simpáticos que los otros; los que, con rostros compungidos y desconcertados (éstos eran pocos y mal vistos) llevaban desde el primer momento, aires de vencidos y derrotados,

¡Qué días tan alegres y hermosos eran aquellos, de los comienzos de una revolución! Como si vientos de vida corrieran por la población, los ancianos hablaban con mayor animación, los jóvenes frotábanse las manos entusiasmados, y hasta las mujeres, si viejas, veían romperse la monotonía de su vida, y si jóvenes, alguna esperanza para el amante ó el novio.

Las revoluciones aunque por malas causas, són siempre sacudidas que cambian el aspecto de las sociedades. Solamente que en este caso, en vez de ser el cambio progresando, se opera retrogadando, como le ha sucedido al Perú.

II

Un día se trató de saber á qué carrera se me destinaría o mejor dicho, qué carrera cuadraría mejor, atendidas mis condiciones físicas é intelectuales. Mi tía, la viuda del coronel, fué de opinión que yo abrazara la carrera de las armas; y á favor de esta su bélica afición, argumentaba citando nombres propios de todos los militares que, sin talento ni mérito alguno, han llegado á figurar en alta escala.

—Los militares—decía—van derechito á la presidencia de la República, y sin calentarse los sesos ni envejecer libros, pasan de coroneles á presidente... Y ¿qué cosa mejor podemos apetecer para nuestro sobrino?......

Mi tío, el canónigo, se sulfuraba contra esta opi-

nión, y para rebatirla argumentaba trayendo á cuento lo mal opinados que todos los militares están en el Perú, y los daños gravísimos que el militarismo trae á las naciones: — De que le sirve al Perú — decía — tener un escalafón militar, comparativamente más numeroso que el de cualquiera otra nación europea? Los militares peruanos — agregaba — no sirven más que para las formaciones de Corpus, ó para los entierros de ministros y presidentes; lo que es en Arequipa, no han servido sino para hacerles revoluciones á los Gobiernos.

Y después de esta furiosa tunda, dirigida contra los hijos del Marte, concluía opinando porque su sobrino — aunque era algo « *ojo vivo* » y poco reposado, debía entrar á formar parte del clero peruano. — La carrera eclesiástica — decía — es la más honrosa la más noble, la más...... pues! y mi tío tosía limpiando el pecho, como si se le atragantasen las palabras.

Supongo que querría decir, que también era la más *socorrida*, pues este calificativo, se lo oí aplicar más de una vez, hablando de su carrera.

Mi tío el solteron, ó don Juan, daba al traste con militares y *frailes*, como decía él, aplicando este depreciativo título, á cuantos llevaban hábito talar; y con sólidos argumentos, opinaba que yo debía seguir la carrera de letrado, para que así llenara el vacío que mi abuelo paterno, hombre de grandes luces, dejara en el foro peruano.

— ¡ Puf! — exclamaba mi tío el canónigo — Uno más cuando no sabemos qué hacernos con tantos abogaditos que son capaces de ponernos pleito hasta por el aire que respiramos!

—Sí, uno más—agregaba mi tía—que se coma los codos por no tener clientes á quien comerse.

Y su hermano abogando por la opinión emitida. replicaba colérico:—Qué es eso de comerse los codos, cuando en el Perú hay jurisconsultos que por unos enredos testamentarios se han ganado muchas libras esterlinas.

—Alto ahí con eso de ganar—argumentaba enérgicamente mi tío el canónigo—se gana con el trabajo se pilla con los fraudes: y luego que no todos los días han de haber muertos á quienes hacer testar.

Mi tía sin atender á este sólido argumento, llevábase las manos á la cabeza en señal de asombro y luego decía:

—Pero por Dios! cómo es que ustedes no me reconocen las ventajas de la carrera militar! Vengan ustedes aquí—y llevándolos por la mano, los obligaba á sentarse cerca de ella—hablemos claro y franco: ¿Quién fué mi marido? ustedes lo saben muy bién: un capitancito que cuando se casó conmigo. pidió prestados cincuenta soles á un amigo; pues bién si él no hubiera sido un derrochador, me hubiera dejado millonaria. ¿Saben cuánto ganaba cuando estuvo de prefecto en el Cuzco?......Cien soles diarios: esto sólo de las listas supuestas del cuartel, sin contar otras *buscas*, como multas, impuestos y otras tantas que calculábamos en otros cien soles diarios. Y ahora les pregunto yo, ¿qué carrera puede dejar sesenta mil......(mi tía no era fuerte en cuentas y después de meditar un momento rectificó) quiero decir lo que resulta mensual fuera del sueldo que, en

esos casos es siempre bién pagado? Y no me vengan ustedes, á decir que mi esposo no gozaba de buena reputación; la prueba es que murió por haber encabezado una revolución que debía proclamarlo presidente de la República.

Mis tíos encogiéronse de hombros y uno de ellos dijo:—Todo eso es muy cierto: pero yo detesto á los militares y no me resignaré á que un Bello vista de militar.

Lo cierto es que aquel día se suspendió la discusión como muchos otros, sin haber llegado á un acuerdo definitivo, respecto á mi porvenir.

Este eterno disputar, sobre sí sería más ventajoso que yo llevara espada y kepí, según la opinión de mí tía, ó vistiera sotana y cuello de mostacillas, según el deseo de mi tío el canónigo, ó mejor me matriculara en el ilustre colegio de abogados, según el sentir de mi tío el solterón, parecía no tener fin, y más de una vez convirtióse en serios altercados.

Y es el caso que, hasta que yo hube cumplido los catorce años, á ninguno se le había ocurrido el preguntarme, cuál era mi opinión sobre este punto que me tocaba á mí más de cerca que á ninguno de los que, tan acaloradamente lo debatían.

Al fin un día, mi tía (siempre las mujeres atinan en todo, mejor que los hombres) quiso consultar mi parecer, y con gran asombro de mis dos tíos, partidario el uno de la carrera eclesiástica y el otro de la del foro, me decidí por la milicia,—Yo quiero ser mimilir—dije con la más enérgica resolución.

Mi tía batió palmas y corrió hacia mí, para darme

un beso, entusiasmada por el tono y la actitud con que yo había manifestado mi voluntad.

En cuanto á mis tíos, ellos se contentaron con decir que yo era todavía un mocoso que no tenía el seso maduro, y que maldito el caso que ellos hacían de mis incautas opiniones.

Resolvieron pues que en tanto se me *asentaba* el juicio me matricularía en el Seminario de Arequipa donde mis compañeros de infancia cursaban sus primeros estudios.

Mi tío el canónigo creyó haber puesto una pica en Flandes, considerando asegurada mi carrera eclesiástica.



Siempre que mi tía argumentaba á favor de la carrera militar, traía á cuento las gollorías de los prefectos, pues que son siempre militares los elegidos para tan delicados puestos.

— ¡ Un prefecto!...... ¡Ah! — exclamaba — no saben ustedes lo que es eso! Yo después de haber sido mujer de prefecto, me río de las mujeres de los presidentes...... Eso sí que es mandar!

Un día la famosa disputa se verificó estando yo aquejado de una pasajera dolencia, más no por eso dejaron de obligarme á guardar cama, y llamaron al doctor, y víme precisado á tomar muchas drogas desagradables; y en consecuencia de estos cuidados, la

tertulia de mis tíos, entablóse cerca de la cabecera de mi lecho.

Recuerdo que mi tía, dándo pábulo á su locuacidad, relató un suceso, que por trágico y extraordinario, ha quedado hondamente grabado en mi memoria.

Referíase á la época en que su esposo fué prefecto de Trujillo, y decía: — Mi marido fué allí todo un autócrata. Y no pasamos malos sustos con sus temerarios abusos. Imagínense: un día tuvo conocimiento de que un coronel fraguaba una revolución, y sin más datos, lo hizo tomar preso; lo natural era que lo hubiese mandado á Lima; pero él decía: — Los presidentes mandan obedeciendo las leyes, y los prefectos mandan obedeciendo...... su propia voluntad.

Para castigar con toda severidad, al coronel en cuestión......¿qué creen ustedes que hizo? pues lè aplicó tormento. Y no así como quiera, sino tormento verdadero, y tan verdadero fué, que el hombre no lo pudo resistir y se quedó muerto.

Esta última palabra de mi tía, produjome involuntario estremecimiento de susto: y ella al notarlo llevóse una mano á la boca, cual si quisiera recojer esa comprometedora palabra, y muy quedo exclamó: — Estaba despierto!...... Me ha oído!......

Entónces yo respiré fuertemente, y me volví al otro lado, continuando siempre como había estado, con los ojos cerrados.

Mi tío Juan, mirándome la cara afirmó: — No, está bién dormido.

Después de un momento de silencio, mi tía continuó:—El hombre estaba muerto y bien muerto, y aquí si que principiaron los trancos largos del señor prefecto! Pues hijo! no hubo más remedio que llevar el cadáver á un lugar donde apareciera muerto á causa de un desafío á pistola, cuidando por supuesto de llenar todas las apariencias. Felizmonte el presidente y los ministros, eran muy amigos de mi marido, que de otro modo ¿quién sabe todo lo que nos hubiera venido? Así y todo, buenos sustos que pasamos al principio; porque en Lima, los periódicos de oposición, armaron la de Dios es Cristo, pidiendo que se investigara y se buscara al autor de aquel asesinato; pero sucedió.......lo de siempre!......El coronel se quedó muerto y nadie volvió á pensar en él!...

—Pero ese fué un crímen horriblè!...—dijo indignado mi tío el canónigo.

—Así lo creía yo al principio, y he pasado horas bien amargas. Cuando en la noche se me espantaba el sueño, la figura del coronel, se me representaba á lo vivo, ni más ni mènos que cuando lo ví muerto; y era tanto mi terror, que me arrodillaba y rezaba tres *padrenuestros* y tres *avemarías*, por el descanso del alma del coronel.

—Dios haya perdonado á tu marido por tan fea culpa!—dijo con tono sentencioso mi tío el canónigo.

—Si, creo que lo haya perdonado; primero, porque yo nunca he dejado de mandarle decir en todos sus aniversarios, su misa vigiliada, con capa de coro

y hasta música, que bastante plata me ha costado; y segundo, porque dicen que el coronel aquel en su vida de revolucionario, debía algunas muertes; y como yo sé que el mismo Dios ha dicho:—Quien á h*ierro* *mota á hiero morirá*: creo que la Providencia eligió á mi esposo, para que fuera el castigador de ese mal hombre.

Después de una corta pausa, mi tía agregó:—Que Dios lo tenga en su santa paz!......

Y reclinó la cabeza, y ví que movía los lábios, con la inconsciencia habital de las personas rezadoras y sin convicciones.

Inflero que agregaba un *padrenuestro* más, á los ya rezados, por el descanso del desventurado coronel.

Aquella noche la conversaciòn terminó, mística y tristemente.

***

Por aquella época fué necesario por asuntos de familia, que nos trasladáramos todos á Lima, y siguiendo los deseos de mi tía, pasé á ocupar un asiento en las aulas del colegio milìtar.

Y puedo decir que aquí en Lima, fué donde se decidió mi porvenir, puesto que yo me hallaba en esa edad, en que el carácter, el espíritu ó lo que se le quiera llamar, á eso que és la fisonomía moral del hombre, toma su forma definitiva.

No es la educación de la familia, ni tampoco la de os colegios, lo único que imprime su sello indivi-

dual en el hombre público; es más bien, el medio ambiente; esa atmósfera moral en que se amolda su espìritu y se animan sus ideas.

La educación y la familia forman al hombre de corazón y al buen ciudadano; al hombre de Estado, solo lo forman la sociedad y los acc ntecimientos.

Yo no encontré en Lima, más atmósfera moral que, de una parte el movimiento político con todo su séquito de perfidias é infidencias, de la otra, esa vida ligera, pueril, que lleva todos los gérmenes para el mal y tan pocos para el bien.

Lcs colegios, no hicieron más que llenarme el cerebro de ese fárrago de enseñanzas, sin método, sin orden, sin un solo principio de moral sólida, que pudiera servirme de guia en el curso de mi vida......

Y así, compelido por las carrientes sociales, y bajo la influencia de los acontecimientos, llegué á sentir aversión al trabajo, ya fuera comercial ó industrial, á la vez que todas mis aspiraciones se dirigìan hacia el vasto campo de la política.

Es que quizá entonces como hoy, llegaban hasta mí, los tristes lamentos lanzados por esa clase que con justicia se titula *productora*, en contraposición á la que puede llamarse consumidora. ó improductiva.

Y no me refiero aquí al proletario, sino al agricultor, al industrial y á todos los que consagran sus fuerzas á labores de ese género. Para ellos tados los caminos son escabrosos y difíciles, así como para el político ó empleado público, son fáciles y cómodos.

Lanzamos angustioso clamor al ver que las industrias decaen, la agricultura perece, siguiéndoles en

disminución ó aminoramiento, todo aquello que puede representar una labor productiva y progresista. En cambio vemos ir en aumento, el prurito de vivir respaldado en el cómodo sillón del empleado público, ó del oficinista expeculador. Y todos cual más cnal menos, contribuyen á ese resultado, que no es más que la lógica natural de los acontecimientos.

¿Qué es la autoridad para la industria? Es el fantasma temido que siempre la amenaza y jamás la proteje: es el gigantesco pulpo, que se le enrosca, la estruja, la comprime entre sus largas y chupadoras manos, hasta extraerle una parte del producto de su trabajo.

¿Qué es la autoridad para el oficinista ó empleado público? Es el padre tolerante y mimoso, que le perdona todas sus faltas, aún las más graves, eximiéndolo de impuestos contribuciones y de cuanto pudiera mortificarlo.

En el Perú no existe, como en Europa, la lucha del capital y el trabajo; pero sí existe, la lucha del trabajo de unos, contra la holganza de otros.

Aunque por entonces no alcancé á darme cuenta cabal de todas estas anomalías, comprendía instintivamente que, el camino cómodo y facil, es el del político atrevido y emprendedor.

Por aquella época, sucediéronse algunos acontecimientos de poca significación, al parecer, pero que para mí tuvieron la elocuencia, no del momento, sino la que más tarde forma el caudal de la experiencia.

Referiré uno solo de esos hechos: Sucedió que un hombre de Estado, un presidente, de aquellos que siguiendo inveterada costumbre, se parten al Viejo Mundo, para disfrutar allá, el producto de sus combinaciones, ó mejor dicho, expeculaciones financieras, quiso después de largo y ameno viaje, regresar al seno de sus amigos y al calor de sus partidarios; y á pesar de sus imperdonables faltas, y las acusaciones que sobre él pesaban, encontró de nuevo amigos y partidarios; y no es esto mucho, sino que hasta arcos triunfales, se pensó en levantar, el día de su entrada á Lima.

Y muy *sotto voce*, decíase que, en vez de ovaciones, debiera en justicia, llevársele á la cárcel pública para ser juzgado por graves culpas, como hombre y como magistrado. Pero esos juicios emitidos en privado, no impidieron que en público, se le tributaran los homenajes debidos al político en auje.

Esta atmósfera mal sana en que se alimenta el espíritu de la juventud, extravía desde temprana edad su criterio y pervierte el sentimiento del bien, innato en todo hombre civilizado.

Hoy que estudio con ánimo sereno el desenvolvimiento de mi personalidad política, he perdido la esperanza de ver realizarse una regeneración próxima y radical, que lleve à la juventud á elavorar una mejor era política y social.

El mal tiene aquí raíces muy hondas; el tiempo en su larga carrera, podrá quizá, inoculándonos la sangre pura y sana de otras razas, remediar los males que nos aquejan.

Quizá también una nueva doctrina sociológica, que cambie los ideales egoistas del mundo moderno, será la que llegue á moralizar estas sociedades.

Nuestro criterio se ha desviado de todos los ideales nobles y generosos, que pudieran elevar nuestra naturaleza moral. Vivimos en la lucha ruin de todos los egoismos, puestos en juego para llegar á un fin que nos sea beneficioso.

Y de ésta suerte seguirá el mal en progresión hasta llegar al último extremo, para que de allí nazca una de esas reacciones violentas, que son verdaderos cataclismos sociales, y que restablecen las leyes de justicia y moralidad, á semejanza de los cataclismos zoológicos, que restablecen las leyes del equilibrio y de la pesantez de los cuerpos............

Sin quererlo ni pensarlo héme dejado llevar por estas reflexiones, harto tristes y desconsoladoras, que surjen de mi mente, evocadas por los recuerdos de mis primeras impresiones.

Pongo aquí punto final, y continúo la risueña historia de mi vida estudiantil..................

III

Cuando cumplí quince años, era ya un mozancón muy espigado, y muy dado á hombrearme con mozos mayores que yo, y todo aquel raquitismo que mi tía explicaba con el feo y antipático calificativo de *sietemesino*, había desaparecido casi del todo; y aunque conservaba mí constitución delicada y nerviosa, sentía ya los primeros destellos de la edad viril, que rápidamente se manifestaba en mí. Las atipladas inflecciones de mi voz, principiaron á desafinarse, como cuerdas que al engrosar, hubiéranse tornado broncas y sonoras.

Con gran pesar de mi tía, que veía al Jorjecito, objeto de sus mimos, tornarse hombre; pero con gran alborozo para mí, que anhelaba *llegar á hombre,* apareció el vello viril, dibujando el bozo, y sombreando las mejillas.

Diezisiete años y de estudiante!...... Hay acaso en la vida, situación más deliciosa!...... Máxime si tenemos una tía que cuida de proveer de dinero los bolsillos, y mimarnos con frecuentes regalitos.

Dos años habían ya trascurrido, desde que llegué al colegio; y como yo era muy aficionado á buscar la compañía de los que en los colegios se llaman los *grendes,* acontecíame con frecuencia, sentirme cruelmente humilldo, cuando alguno de ellos, con aire confidencial y con detalles y peripecias, relataba sus conquistas amorosas, las que yo escuchaba con secreta envidia.

Y si bien mi caracter era atrevido y aventurero, la vida del Seminario, bajo la extricta disciplina religiosa, que nos obligaba á la humildad y al apocamiento de ánimo, debilitó mi espíritu, tornándome casi tímido y amilanado; lo cual se manifestaba más claramente, así que se trataba de empresas que llevaran mi acción fuera de las aulas estudiantiles.

Un año hacía que llevaba vida de colegial, siempre desempeñando el papel de forastero, encogido y medroso, que no contaba ni con una sóla fechoría de las que podían darme autoridad y valimento, ante mis compañeros; y terminadas las vacaciones del año escolar, debía ingresar nuevamente á mi encierro.

Pero ¡ay! en dos meses de holganza, y completa libertad para mis compañeros, ya me suponía que su catálogo de conquistas y amoríos, había de ser abundantísimo y lleno de lances, deliciosos para ellos, y de humillante realidad para mí, que no podía contar ni con una sola conquista amorosa, de aquellas que tanta importancia daban á mis compañeros y amigos.

Casi, casi estuve á punto de inventar una historieta, que sobrepasara en atrevimiento y felicidades á las de todos mis condiscípulos, pero es el caso que, era necesario decir nombres propios, citar hechos. y señalar lugares; y otros amigos míos que, antes que yo fueron descubiertos en *mentira*, quedaron en el más triste ridículo. ¡Ay! estaba pues condenado á que estos vencedores echaran piernas á mí lado, y me abrumaran con su desdén por no poder llegar á la altura de sus envidiables fechorías!

Sentíame humillado, martirizado al no poder, como mis camaradas, presentarme alardeando de amante dichoso y preferido; y la idea de desafiar su desprecio me mortificaba muy más, que la falta que pudiera hacerme la querida que ambicionaba.

En la calle después de echarnos una copa al coleto, que á mí me quemaba las entrañas, tirábanse el sombrero sobre la oreja y me llevaban á pasearme por bajo de los balcones de alguna dulcinea, que les esperaba; y muchas de ellas eran mujeres casadas: y esto era lo que á mi concepto, daba mayor importancia á esas envidiables conquistas.

Yo no sabía que hacerme; sentía en mi alma, toda

la idealidad que puede conducir á la pasión pura, arrebatada, sentimental; pero no me encontraba con valor para ir á solicitar á una mujer desconocida, ni ménos hacer una declaración á una mujer de calidad, que me hubiera echado de patitas, con la música á otra parte.

Yo pasaba revista á cuantas mujeres conocía y á todas las hallaba inaccesibles; y no porque fuera muy exijente en mis gustos, ni porque la deseara dechado de perfecciones, ni tampoco una Eloisa de pasión, ni una Cleopatra de gracia y sensualismo: bastábame con que fuera una mujer *presentable*, y capáz de conquistarme la admiración que yo había prodigado á mis compañeros.

Cejijunto y desazonado, miraba pasar días y más días, sin hallar el tesoro qne yo codiciaba: la deseada mujer que con toda propiedad yo llamaba « mi adorado tormento ».

Y no era ya sólo la vanidad estudiantil, la que me llevaba á soñar y desear el amor de una mujer; era algo más, que hondamente agitaba mi espíritu y estremecía mi cuerpo.

Y lo peor era que hasta la sirvienta de mí tía, tenía cincuenta años y no gustaba de bromas, que de nó, con sus cincuenta años y todo ... ¿ quién sabe ? ...

Consultéle á Ernesto ¿ qué debía hacer ? ......

— Mira — me dijo — yo he oído decir que las mujeres no resisten á la audácia ; emprender y ... ¡ adelante ! No dicen que las mujeres son tan débiles ? ... Y qué, caramba ! los colegiales somos cosa buena y no hay que afligirse por tan poco.

—Pero es el caso que yo me siento con más valor para ponerme delante de la boca de un cañón, que delante de una mujer á quien debo decirla que la amo—dije yo bastante compunjido.

—Pues, hijo, no hay necesidad de hablar, mejor es escribir. ¡Oh! una carta amorosa produce efectos admirables! Las mujeres son muy románticas y vanidosas; con decirlas: *yo creo* que la naturaleza—ó si quieres Dios que para el caso lo mismo dá—no ha producido una obra más perfecta que *tú*—el tú es muy necesario en una carta bién apasionada.—Y luego se le habla de la muerte que nos espera caso de no alcanzar la deseada correspondencia...... En fin escribe una carta á punto de caramelo y sales del paso.

Sonrióme la idea de escribir, y crecí un palmo, pensando que ya había hallado el camino, por donde debía llegar hasta donde una querida.

Resolví pues, declararla mi pasión á una jamona, rolliza de carnes y que, si bién podía ser mi madre, tenía la condición de ser casada, lo cual realzaba, al concepto de los estudiantes y al mío mismo, las conquistas amorosas.

Siguiendo el consejo de Ernesto, me resolví á escribir, de esta suerte obtendría la contestación y... ¡batalla ganada! quedándome la prueba del triunfo!

La mujer á quien yo había resuelto seducir, era la costurera de mi tía; y la buena mujer que en todo podría pensar, ménos en que yo pretendiera ser su seductor, tratábame con indiferencia generalmente ó con

fingido cariño, cuando se hallaba en presencia de mi tía.

No dejó de asombrarme, cómo era que antes no había caído en la cuenta qué tenía á la mano la mujer que yo necesitaba......

Una mujer casada y de treinta y cinco años!...... ¡Vaya! si no iba á dejar aturrullados á todos mis compañeros!

Francamente tuve lástima de los que tenían por querida á la criada de la casa, ó á la *china* de la vecindad.

Pero es el caso que, si antes no había parado mientes en la persona de doña Panchita, este era su nombre, era porque ella para mí no fué más que *doña Panchita*, algo así como una *cosa* que yo estaba acostumbrado á ver, desde que tuve uso de razón, sin que pudiera asegurar si era bonita ó fea, jóven ó vieja, flaca ó gorda, y casi estoy por decir hombre ó mujer. Yo había crecido viéndola siempre en mi casa de Arequipa—porque mi Panchita era mi comprovinciana—con el envoltorio de « costuras blancas » que llevaba y traía, con su aire de trabajadora y mujer honrada, que jamás interesó mi gusto, ni movió mi curiosidad; á tal punto que, si me hubieran preguntado por las señales de su fisonomía, hubiérame puesto indeciso , como si se tratara de persona desconocida.

Desde el punto y hora que la designé, en mi imaginación, para ser mi futura amada, parecióme que se hubiese metamorfoseado, tomando la forma de mujer; y, aunque poco agraciada en los contornos de su

rostro, parecióme que tenía expresión bondadosa, y aire simpático, y también buen talante.

Su traje, si bién era algo descuidado, y asaz modesto, pensé que el día que ella tuviera un amante, había de esmerarse en su atavío, y preocuparse en lo que tal vez, desde que fué casada, no le había ocurrido pensar; esto es; *parecer bién.* Y en último caso, yo la imbuiría esta idea, regalándola elegantes vestidos, comprados con mis economías.

Al presente, lo único que debía preocuparme era, de qué medio me valdría para entregarle mi amorosa misiva; amorosa en grado superlativo, puesto que la decía que, caso de desatender ella á la inmensa pasión que me había inspirado, pondría yo fin á mis días; y ella cargaría el remòrdimiento de haber sido a causa de mi muerte.

Para escribir este billete amatorio, hice más de diez borradores, con intercaladuras y llamadas al márgen, cambiando palabras y frases enteras; al fin quedé satisfecho de haber escrito una incendiaria carta.

Un día que ella fué llevando las consabidas « costuras blancas », le salí al paso tembloroso y ajitado, pero resuelto á entregarla mí billete amoroso, el cual cuidé de perfumar y atar con cinta color de rosa, dejándolo convertido en un paquetito que pudiera interesarla — Doña Panchita — díjele, alargando apenas la prueba del delito — guarde Ud. esto y sólo en su casa vea Ud. lo que contiene.

Ella que estaba acostumbrada á recibir frecuentes regalitos de mi tía, sin duda supuso que yo seguía

ese ejemplo y contestó: — Gracias hijito, así lo haré —y guardó mi regalo, ó mejor dicho, mi amorosa declaración en el bolsillo del traje.

El corazón me latió con violencia, y sentí como una llamarada que me quemó hasta las orejas. Felizmente ella no fijó en mí la atención, y más bién apresuró el paso como si temiera que yo pudiera arrepentirme de mi generosa dádiva.

Las costuras que doña Panchita traía, eran ropas de mi uso interior; y mi tía fué de opinión que la tijera de la cortadora, había sido tan generosa, que en vez de cortar una pieza, como para un niño, resultaba ser esta, como para un hombre. Doña Panchita se defendía y argumentaba y argüía que yo estaba creciendo y engordando que era una maravilla, y que de dos lavadas había de quedarme todo al cuerpo. Luego volviéndose hácia donde yo estaba, díjole á mi tía:

—Pero no ve usted señora que el niño Jorge es ya un jovencito hecho y derecho ¿qué le falta para ser un hombre?

—Tener una querida; —dije yo para mis adentros, é instintivamente llevéme la mano al naciente bozo, y me imaginaba que retorcía unos largos mostachos.

Aquella opinión emitida por mi futura amada halagó hondamente mis esperanzas de conquistador.

***

Pocos días después de haber entregado mi apasionada misiva, paséabame yo, con aire satisfecho, de-

lante de la puerta del tenducho, donde vivía la mujer á quien yo consideraba ya, como víctima de mi primera aventura amorosa. Más ¡ay! que en el momento ménos previsto, sentíme vigorosamente asido por el cuello, no de mi cuerpo, sino de mi *chaqué*.

Describir mi terror, cuando me dí—¡quién había de esperarlo!—con la mismísima hercúlea figura del marido de mi Panchita, es algo que necesitaría una de esas plumas artísticas, que alcanzan describir, con la corrección del pincel, las impresiones violentas en su mayor grado y perfección. Yo confieso que me considero completamente inhabil, para pintar lo que en ese momento sentí.

Sin intentar oponer resistencia alguna cual si me hallara ante superiores y poderosas fuerzas, fuí llevado, ó mejor diré, arrastrado hácia la tienda, donde él y yo entramos: es decir me entraron.

He olvidado advertir que el marido de mi Panchita, era un italianote de hercúlea figura, cuyas manazas asentáronse sobre mi débil cuello, con la brutal pesadéz de sus fuerzas.

Lo más ofensivo del caso es, que el pícaro italiano ni siquiera estaba furioso, sino que muy risueño y con su acento y pronunciación italiana díjome:

Dé *usté gracia* á que pertenece á una familia que yo *rispcto* y que no es *usté* un hombre, sino un muchacho; y yo á los mocosos como *usté* los agarro por la *sentura*, les bajo los calzones y les arrimo unas palmadas en el...... (No puedo escribir la palabra). Después, señalándome la puerta con sumo desprecio agregó: — Lárguese *usté* de aquí y si vuelve *usté* á *es-*

crebir cartitas á mi mujer, ya sabrá *usté* quien es Bartolo Fachini.

Las últimas palabras las dijo cuando yo había ya ganado la puerta de salida.

Y mis amigos que me aseguraban ser cosa bién fácil conquistar á una mujer casada!......

Así terminó mi primera y desgraciada conquista amorosa, y semi-picarezca.

Era pues inevitable volver al colegio sin la querida, y muy más humillado que lo que antes estuve!

¡Ah! yo sentía en mi alma todo un caudal de ternura, de apasionado amor hácia una mujer ideal, que entre mis sueños yo vislumbraba, como angélica visión, como la dulce esperanza de futuras felicidades!... ¿Quién era ?...... ¿dónde estaba?...... yo mismo no hubiera sabido explicarlo; pero me imaginaba que debía hallarla muy luego.

Cuando en la calle fijaba en mí la atención, ó casualmente me miraba alguna mujer, aunque no fuera joven si era hermosa, yo sentía la conmoción de sensaciones desconocidas, y como atraído por irresistible imán, seguíala diciéndome á mi mismo; — !Oh! si ella quisiera amarme, si ella escuchara estos latidos de mi joven corazón, cuán dichosos podíamos ser y cuanto la amaría yo á ella!

Y seguía sus pasos, anheloso, esperanzado, imaginando haber encontrado á la mujer que yo debía amar, mas siempre,estas esperanzas me resultaron fallidas.

Yo era demasiado joven y ninguna mujer hermosa fijaba en mí su atención.

¡Oh! en esa edad, un joven, es como un millonario que llevara un tesoro, buscando á quien ofrecerlo, y sin hallar una hermosa que quiera aceptarlo; y pasa desconocido y olvidado, entre muchas mujeres que van en pós del amor!......

Más tarde, cuando ese tesoro se ha derrochado, y no queda de él más que unos cuantos céntimos, entonces vienen á nosotros, mujeres hermosísimas, vestidas lujosameute á pedirnos aquel caudal de pasión y afectos, que para siempre hemos perdido!...... Y entónces, nos convertimos en monederos falsos, y repartimos profusamente un amor falsificado, que tiene ménos de verdadero amor, que de plata fina tiene una moneda falsificada.

Mas tarde tuve novias y tuve queridas, amé y fuí amado; pero el amor no llegó entónces á ser más que un incidente, quizá el más pasajero de mi vida.

¿Será esta la causa de que hoy sea el amor el árbitro de mi destino, el tirano que á mi pesar ha decidido de mi suerte?...... Quién sabe!......

IV.

Era víspera de un *28 de Julio*, aniversario de la Independencia del Perú. Encontrábame yo en compañía de algunos amigos, de los que yo era el número cuatro; todos íbamos alegres, expansivos, y en la mejor disposición de tenorear, aprovechando la ocasión.

Las vísperas de 28, como aquí decimos, són de gran golgorio y regocijo para estudiantes y gente alegre, de la que vive en pós de diversiones; y no lo es ménos para la alta clase, que también participa de la popular alegría.

La *noche buena*, esa tradición semi-religiosa, que toma su orígen y su nombre, de la noche de Navidad, es en Lima bulliciosa, animada y convida á la alegría y al placer.

Y ya que á cuento viene, no dejaré sin mencionar algunos tipos nacionales, que por cierto no han de carecer de novedad, para el extranjero que no haya visitado esta tres veces coronada ciudad de los Reyes.

Para conocer el tipo criollo limeño, necesario es haber asistido á la Plaza de Armas, en una *noche buena* de 28 de Julio, allá por los años en que Lima conservaba todo su sabor criollo y semi-andaluz; y este tiempo no es muy lejano: lo conservaba todavía por los años en que yo y mis compañeros de colegio, hacíamos novillos, y nos íbamos á tracamundar en las noches buenas.

Como el más popular tipo, estaba allá la buñuelera, la que vende *buñuelos calientes con almibar*, y que, con todos los trastos y chismes de su oficio, se instala en plena calle, junto con otras muchas de su gremio, y forman su batería de fogones y ollas, para freir los buñuelos; este es el tipo ménos simpático; pues que, necesitando usar de combustible para sus frituras, que deben estar *calientitas*, atestan de humareda todo el trayecto ocupado por ellas; á tal punto que en algunos sitios, es imposible no sentir sofocación, y mal á los ojos; pero los buñuelos con almibar són tan ricos que...... á nadie se le ha ocurrido hasta hoy, suprimir á la buñuelera!......

Mucho más simpática que esta es la misturera, la que vendía *pucheritos* de mistura, que consistían en un conjunto de fragantes flores, colocadas en una hoja de chirimoyo.

Los *piquines* y los novios, debían á *precisión*, obse-

quiar uno de esos pucheritos á la hermosa niña de sus amores.

La *gala* como entónces decíamos, consistía en tirar una moneda (un sol por ejemplo) en pago de un pucherito que costaba medio real; esto tenía por objeto el aparecer rumboso y rico, y no mezquino y económico, grandes defectos de los que siempre hemos huido los peruanos.

Ménos simpática y ménos aristocrática también, es la tamalera; la que no sólo en las *noches buenas,* sino que también en los domingos y días feriados, nos aturde con su ininteligible pregón, que se diría pertenecer á cualquier idioma ménos al español.

Todos estos tipos, son hoy todavía de actualidad; pero el tiempo y las costumbres, hanlos degenerado, y casi podríamos decir despoetizado.

Aquella noche, la plaza estaba profusamente iluminada, y siguiendo la costumbre, debían lucirse los espléndidos fuegos artificiales, con los cuales la Municipalidad contribuye á la celebración de la «víspera del 28».

Mis compañeros y yo, nos paseábamos alegremente por el Portal de Botoneros, cuando acertó á pasar cerca de nosotros una linda y seductora chica que, con aire provocativo, mirábanos y sonreía, como diciendo: — Síganme. Acompañábala una mujer, que frizaba en los cincuenta. Seguímoslas no sin tener que repartir codazos y empujones á cuantos se oponían á nuestro paso. Siguió ella hasta una calle que por aquella época era para estudiantes y jaranistas, promesa de placenteros resultados.

Cuando llegó á su morada detúvose de pié en la puerta de calle, y nosotros aprovechamos la ocasión para entablar conversación.

Estas cosas se hacen en Lima con la mayor naturalidad, máxime si la dama vive por aquellos barrios, y al llegar á su casa os la ofrece diciendo: *Catay* mi casa, aunque pobre, puede Ud. visitarnos.

No necesitamos que nos repitieran esta invitación, y los cuatro nos apresuramos á aceptarla.

En la casa hallamos á algunas otras jóvenes más, que sin duda esperaban á la que parecía haber salido á *reclutar* jóvenes para divertirse.

Muy pronto se armó una de esas reuniones que ellas pulcramente llamaban *tertulias de confianza*, y que nosotros llamábamos «una jarana Abajo del Puente»; esto como quien dice un jaleo de *primo cartelo.*

Por primera vez iba á encontrarme, entre lo que se llama gente de vida alegre, ó de vida airada, cosa hasta entónces para mi desconocida.

Yo sentía las violentas emociones del que prueba algo nuevo y desconocido; veía que, de todos esos calaveras que se entregaban á la alegría, yo era el más joven ; esto me impresionaba y conmovíame, y quizá por lo mismo, deseaba desempeñar bien mi papel, y me decía á mí mismo: — «Una noche de orgía es lo único que dá la convicción de ser *hombre* en toda la extensión de la palabra; ánimo pues, es necesario ser calavera, beber sin tasa y enamorar á roso y belloso».

En algunos momentos de silencio, mortificábame

el recuerdo de mi buena tía; veíala, trayéndome la tasa de café puro, para disipar el dolor de cabeza que infaliblemente iba yo á cojer, con esa maldita mezcla de bebidas alcohólicas, que tanto daña la salud; y que por experiencia (adquirida en un cumpleaños de mi tío) sabía que debía producirme ese maléfico efecto.

Se nos obsequió con una suntuosa cena, por supuesto costeada por algunos de los visitantes, que no siempre es el más rico, sino el más enamorado; eso sí á la hora de pagar, ya sería otro cantar, que á rumbosidades sin dinero, no hay quien gane á los estudiantes.

La hora de la cena, fué la hora de absoluta libertad. Todos estábamos apareados, y ninguno se ocupaba de lo que hacía su vecino. Yo estaba, más que alegre, aturdido. Apenas si me daba cuenta de si aquello era bueno ó malo. A mi alredor se gritaba se disputaba, muchas veces sobre temas nécios é inconducentes. El ruido de las botellas que se descorchaban y de las copas que se rompían era atronador. Muchas otras mujeres llegaron después, pero yo no fijaba la atención sino en la chica á quien seguí desde la plaza.

Por momentos, parecíame que una nube se interponía entre mi persona y las que me rodeaban; algo así como un manto de plomo extendíase, y me separaba de los demás, gravitando pesadamente sobre mi cabeza. Distinguía confusa y vagamente las miradas ardientes y las voces acaloradas de los comensales. Todos se me aparecían como alumbrados por una luz amarillenta y mortesina; hasta los colores,

asáz chillones de los vestidos de las mujeres, fueron tomando esa opacidad, de los colores oscuros. Era el *pisco* que se me había subido á la cabeza.

De pronto — aquello fué imprevisto — un desconocido llegó por mi espalda, y golpeándome furiosamente dijo: — Vengo á tomarle á Ud. cuenta, conqué derecho está Ud. enamorando á esa mujer?......

Yo me puse de pié; apenas podía sostenerme. Echando ternos y llenándonos de improperios nos fuimos á las manos, y......

Aqui acaban mis recuerdos.

Al día siguiente me encontré acostado en mi cama y rodeado de mi familia. Sentía el cuerpo magullado, dolorido; la cabeza me pesaba como si la tuviera llena de plomo, un dolor lancinante é insoportable, atravezaba mi frente fijándose en ambas sienes. Cerca de mi cama, colocada sobre una silla, y con las mangas caídas á los costados, estaba mi camisa, cubierta de manchas de sangre, asemejándose á un mudo y elocuente testigo, que sin más comentarios habíale referido todo el lance á mi tía. Ella siempre prudente y buena, miraba la camisa sin decirme una palabra de reconvención.

Ya no quedábame más que el arrepentimiento; pero es el caso que también me quedaba la tunda de trompadas aplicada por el otro borracho.

Cuán estúpidos somos los hombres!......

*
* *

Yo había abandonado el colegio militar, sin más instrucción que la de un recluta; y sin preocuparme por lo que aún me faltaba aprender, sólo anciaba tomar parte en la política de aquella época, tempestuosa, como la que más, y por lo mismo, apropiada para impulsar al que se entregara á los fuertes vientos revolucionarios, que en el Perú tan propicios suelen ser para los ambiciosos y atrevidos.

Bullía en mi alma la noble aspiración de figurar, de ser hombre público y levantarme sobre muchos ambiciosos é ineptos, que yo consideraba inferiores á mí. También es cierto que entónces antojábaseme todo el monte de orégano y cominillo, y á mi ambición todos los caminos accesibles.

Sentía el amor al yo, ese egoismo de los jóvenes, tan diverso del egoismo de los viejos: el uno nace del amor que sentimos á nosotros mismos; amor mezclado de admiración al sentirnos fuertes y capaces de todo lo más grande y noble; el otro, el egoismo de la vejéz, es la compasión que nos inspira esa pobre máquina humana, deteriorada y gastada, que nos demanda la consagremos todos nuestros cuidados y atenciones.

El amor propio, que puede ser noble ó ruin, según sean los móviles que le dirijan, dominábame entónces á tal punto que, hasta por los amoríos juveniles, sentía la mayor indiferencia.

Cuando mis amigos me hablaban de sus conquis-

tas amorosas, y preguntábanme, cuál era la mujer de mis afecciones, aquella á quien yo le consagraba mi afecto y mi corazón; yo muy ingenuamente contestaba — ¡Eh! las mujeres quitan mucho tiempo, no quiero ocuparme de ellas.

Y era la verdad.

No hubo reunión política á la que yo no asistiera, ni periodiquillo de oposición que se fundara, en el que yo no me desatara contra ministros y prefectos y demás gente palaciega, á quienes detestaba convirtiéndoles en el blanco de mis aversiones, tan sólo por considerarlos impedimentos ú obstáculos á la realización de mis ambiciones.

Entónces surgieron en mi mente, alumbradas con los vívidos destellos de las impresiones de la infancia, las figuras de los revolucionarios de aquella época, junto con las historietas que alimentaron mi niñéz; cuando mis tíos comentaban con tanto asombro, la felicidad con que los más oscuros ciudadanos, se improvisaban grandes hombres, sin otro esfuerzo que seguir las corrientes revolucionarias, que «echaban abajo» á los Gobiernos, y colocaban en su lugar á los que con arrojo y valor, les dieron el primer impulso y las llevaron á su término.

Yo soñaba, y puedo decir que deliraba, con grandes conspiraciones que debían aparecer de un día á otro; imaginábame vivir sobre encendido volcán, cuya explosión había de iluminar mis futuras glorias.

Muchas veces, tendido indolentemente sobre mi lecho, veía desfilar batallones sublevados que, en completa confusión, y arrebatados de entusiasmo,

asaltaban el Palacio de Gobierno; imaginábame sentir el chocar de las armas, acompañados de los *vivas* y *mueras* que allá en mi infancia, atronaron los aires llenando mi alma de pavura, y que hoy habían de llenarla de contento.

Y calenturienta la frente, palpitante el corazón, me lanzaba fuera é interrogaba á mis amigos, temiendo que aquello pudiera realizarse y quedarme rezagado en aquel tumultuoso movimiento revolucionario.

Mi inquietud sólo podía ser comparable, á la del viajero que, de pié en la orilla, espera la nave en la cual debe embarcarse y partir para llegar á tierras encantadas, que habían de brindarle eterna dicha.

Ser ministro de Estado!...... Quiá! Era bien poca cosa para mi ambición! Y con innumerables ejemplos de hechos sucedidos, deducía, yo que una cartera no podía ser cosa muy halagüeña á mi vanidad. Los ministerios—decíame—están en el Perú relegados para los talentos inéditos, para los que han dado pruebas de saber precisamente lo contrario de lo que necesitan, ó simplemente no saber nada, que es otro de los caminos que conducen allí.

Yo no pretendía pues tan poca cosa; mis aspiraciones estaban fijas en punto mucho más alto, y hácia allá quería yo dirigirme, con todas las fuerzas de mi voluntad y toda la energía de mí espíritu.

***

En los revueltos, campos de la política, dragoneaba entonces, un hombre de talento, el cual mere-

ció ser bautizado con el apodo de *El Conspirador*, y por cierto que muy bién ganado tenía este nombre, pues ya por entónces contaba más de media docena de revoluciones perdidas, y otros tantos motines abortados.

Demás parece decir que, yo era entusiasta partidario del Conspirador, y esperaba la primera ocasión, para ir á plegarme á su partido y engrosar las filas de sus amigos.

Esta ocasión no podía retardarse largo tiempo, dada la situación borrascosa por la cual atravezaba el Perú, á causa de los contínuos conatos de motines y asonadas, con que el Conspirador traía revueltas las poblaciones del Sur, y cariacontecidos á los políticos de aquella época.

Los que esperaban entónces una revolución, como espera el marino el viento amigo que debe impeler su embarcación, no debieron impacientarse largo tiempo, pues que el Conspirador, no cesaba un punto en sus conatos revolucionarios.

Yo, que era uno de los que aguardaban esas conmociones políticas, escuché con grande regocijo la nueva dada por los periódicos que decían: Revolución en Arequipa! El Conspirador se ha proclamado Jefe Supremo de la República.

Y allá corrí yo de los primeros, á enrolarme en las filas de los que, sin otras probabilidades para el buen éxito, que la de ser revolucionarios, considerábanse ya, colocados en la ruta que debía llevarlos á la tierra de promisión.

Para evitar suceptibilidades personales y comen-

tarios de hechos que pertenecen á la historia, no quiero entrar en detalles ni pormenorizar los sucesos, ocupándome de los principales actores de aquel movimiento revolucionario; referiré no obstante, á grandes rasgos, lo más notable que con mayor viveza ha quedado impreso en mi memoria. Aquella revolución, como otras muchas promovidas por el Conspirador, tuvo su trájico desenlace en Arequipa, en el mismo lugar de su nacimiento.

Sus campos talados, sus pobladores diezmados por las fuerzas enemigas no fueron los únicos males que Arequipa debió lamentar, quizá arrepintiéndose de sus aficiones revolucionarias y de las expansiones dadas á su belicoso espíritu.

Yo, sin otros méritos que el de revolucionario y amigo del Conspirador, fuí favorecido con el grado de coronel y á continuación se me dió el mando de un cuerpo. Este honor, hubiera halagado muy mucho mi vanidad, si no hubiese tenido en perspectiva una batalla muy próxima, pues que el Gobierno había enviado el grueso del ejército para atacar á la ciudad rebelde.

El Conspirador podía ser todo menos militar: era un artista, un poeta, un soñador, por eso fué un Quijote de la política de aquella época.

Y yo con la inexperiencia de la juventud, parecíame que él era el perfecto modelo que yo debía imitar sin desviarme un punto de su ejemplo; y con secreta vanidad, me figuraba que semejanzas admirables existían entre nosotros dos.

Y él, conocedor de mi ciega admiración, corres-

pondíame con toda suerte de deferencias; á tal punto que, después de pocos dias, fuí su amigo íntimo y preferido; y allá en su alcoba fascinado por la mágia de su palabra y el brillo de su talento, pasaba yo las horas muertas escuchándole hablar.

Y cuando él desenvolvía los maravillosos planes políticos, y las portentosas reformas que había de realizar, para convertir al Perú, en el mas floresciente y hermoso país del mundo, yo me extasiaba y sentía el arrobamiento que solo puede producir el verdadero talento.

Cuánto lo envidiaba, y con cuánto empeño trataba de imitarlo!

Llegar á ser un caudillo como él, adulado por los hombres y mimado por las mujeres, era la ambición mas vehemente de mi alma. Y luego su aire marcial, su porte caballeroso me encantaban. ¡Oh! desde aquella época datan todas las grandes ambiciones que fueron móvil de mis acciones y mis constantes anhelos!

Con mi inexperiencia juvenil, no supe darme cuenta que, el Conspirador era el hombre ménos apropiado para tomarlo por modelo, ni como militar ni menos como político; y si bién él hubiera sido un buen artista, no fué jamás ni estadista ni político de mérito.

Recuerdo que, mientras el General enviado por el Gobierno, para atacar la ciudad rebelde, se ocupaba en darle á su tropa la disciplina y pericia necesarias, para el ataque de la plaza que debía efectuarse de un día a otro; nosotros, él, el jefe de la revolución

y director de la guerra, y yo, su amigo íntimo, y tambien jefe de un cuerpo del ejército, que debía defender la población y librar la batalla, nos ocupábamos con suma consagración en dictar unos *Estatutos* para una *Sociedad de bellas artes*, que nos proponíamos fundar en Lima, cuando él hubiera alcanzado el triunfo de su causa (!!!)... Las noches las pasábamos discutiendo sobre nuestra *Sociedad de bellai artes*, ó tambien combinando planes financieros, cuya magnitud y bastedad, dejarían apabulladas y boquiabiertas á todas las naciones de la vieja Europa.

Todos sus partidarios, jóvenes inexpertos unos, y pobres agricultores otros, vivíamos fascinados é hipnotizados bajo su elocuente palabra.

Las horas desocupadas, aquellas que podíamos robar á las disertaciones artísticas, ó á los convites de nuestros amigos, yo las consagraba á leer la *Táctica del Marqués del Duero*, con el fin de refrescar los recuerdos de lo poco que en el Colegio Militar aprendí.

Yo era un coronel de manga ancha, no tanto por blandura de carácter, cuanto por conquistar simpatías entre mis subordinados que, por lo mismo de ser ellos, más entendidos que yo, en el arte militar, hubieran podido cubrirme del ridículo propio del jefe ignorante, á no abonarme su buena voluntad.

Cuando el Conspirador no hablaba de sus grandes innovaciones y reformas á la Constitución, hablaba de alta literatura, tocando temas de lengüistica de los más delicados; y con esto es suficiente para que se comprenda lo mal que estaría el servicio

militar, y todo cuanto con la defensa de la plaza sitiada se relacionara. Aquello estaba en pleno desbarajuste.

Para dar idea de los desaciertos del Conspirador, bastará decir que, estando frente al enemigo, y en víspera de una gran batalla, se ocupaba, ¿en que creerán ustedes?...... pues se ocupaba en cambiar los vivos rojos de los vestidos de los oficiales por vivos azules. Y esto cuando faltaba el dinero para forjar balas y vestir á la tropa.

Para premiar á los que ya suponía vencedores, dió decretos churrillerescos é inconvenientes; y como en el terreno militar no conocía de la misa la media, quiso por inspiraciones pueriles, realizar cambios de jefes de uno á otro batallón, sin comprender toda la significación de esos cambios, en vísperas de un combate.

Sin cuidarse de los asuntos de mayor importancia, se preocupaba con nimia perseverancia, de cosas superficiales y vanas, y dando vuelo á sus vanidosas ostentaciones, se aprestaba desde antes de librada la batalla, con los arreos que había de lucir en su entrada á Lima. Por más que parezca inverósimil, he de apuntar aquí un detalle típico en su género: cuando el dinero faltaba y el tiempo urgía, él se ocupaba en hacer fundir un gran casco de oro macizo, con el cual había de llegar en Lima, hasta el Palacio de Gobierno.

A semejanza del *gran casco*, eran todos los aprestos bélicos de mi amigo el Conspirador ......

V.

Si me he detenido en estos, al parecer, insulsos pormenores, es porque allá recibí yo mi bautismo de sangre, y mi primera lección práctica del militar en campaña.

Quizá esta sea la causa, de los repetidos fracasos que en mi vida de conspirador político he sufrido.

La necedad se pega, dice un antiguo proverbio chino, y tal vez si quedé inoculado de esa enfermedad de mi *maestro*.

Qué de trabajos inútiles, qué de planes abortados. para venir á darnos con la realidad de que nos faltaba una cabeza que dirigiera la acción; un hombre á quien pudieramos investir del título de Jefe político y Director de la revolución. Valor, entusiasmo, adhe-

sión, al jefe, en todo eso abundábamos; pero éramos cuerpos, brazos, corazones que necesitábamos un cerebro que pensase, y una experiencia que dirigiera.

Recuerdo que, con la descabellada dirección dada á la defensa de Arequipa, arrasábamos sembríos, talábamos campiñas, donde se nos decía que debíamos de establecer ya un puesto de avanzada, ya una barricada de defensa; y luego de estar terminado este trabajo, veníamos á caer en la cuenta, de que todo era completamente inútil, y quedaba aquello asolado como si hubiera pasado por allí furioso huracán.

¡Ah!—decíame yo—no es basante que la guerra se harte de carne humana, necesita también devorar el ganado, los sembríos y cuanto vive y florece al calor de la paz y del trabajo del hombre!

Y cuando en mi condición de militar, debía aceptar la guerrera imposición de matar y destruir, sentía romperse las fibras sensibles de mi alma.

Un día, yo había salido en compañía de cuatro tiradores: el cielo estaba hermoso y la campiña parecía olvidar, que bajo sus frondosos árboles, encerrábase la muerte y el exterminio. La temperatura era dulce, y ráfagas de viento cargadas del ambiente de las flores, llegaban hasta mí. Quise hacer una excursión fuera de trincheras, y nos internamos en un soto, formado por yerbas silvestres y árboles frutales, los que luchaban por resistir la invasión de las *yerbas* oriundas de aquellas zonas.

De súbito sentí el ruido del galope de un caballo, é instintivamente detuve el mío. Me hallaba en la zona ocupada por el ejército sitiador.

Aquel galope, debía estar muy próximo á nosotros, pues percibíamos el chocar de las armas del jinete. Mis soldados se acercaron á mí, y me rodearon mirándome, cual si esperaran mis órdenes. Apenas tuvimos tiempo para desviarnos del camino, y ocultarnos tras un grupo de *ranchos* vacíos, formados de malezas y totora. Muy luego apareció un jinete; era un arrogante joven que sin duda por haber percibido el ruido que produjeron nuestras cabalgaduras, detúvose á mirar á uno y otro lado; pero sus investigaciones, no le dieron feliz resultado; ocultábanos el follaje de los árboles y la sombra de la *ranchería* que teníamos delante.

Yo le examinaba mirándole inmóvil, y esperando siguiera su camino.

—Es un *maca mama*, es necesario matarlo—dijo uno de mis soldados en voz baja y amenazadora.

Este nombre ofensivo, tomado del quechua y que quiere decir: *pegador de su madre*, era aplicado á los arequipeños que estaban al servicio del Gobierno, y que en cumplimiento de su deber, habían, ido á atacar á la ciudad rebelde.

Evidentemente era un *gobiernista*, es decir, un enemigo nuestro; sus vestidos y sus arreos de militar, decíanlo á las claras.

Era un hombre hermoso y bién formado, y parecía no haber frisado en los veinticinco años.

Quedóse inmóvil, erguido, asemejándose á una estátua ecuestre. La vida circulaba vigorosa y jóven en aquel cuerpo bién conformado, y diríase capáz de desafiar á la muerte, ganando siempre la partida.

Contemplaba la campiña, y parecióme ver en su semblante esa idealidad, esa emoción propia, más que del soldado, del poeta.

El cielo irradiaba luz clarísima, iluminando el grandioso panorama, en el cual, destacábase el Misti, surgiendo imponente y magestuoso de sus ámplios velos de vapor, sombrío y ceniciento; y los primeros rayos del sol naciente, ensanchaban la llanura alejando el horizonte que iba á confundirse con los lejanos matices de la campiña.

¡Ah! nada más opuesto á las ideas que á todos nos animaban, que aquella naturaleza ubérrima y llena de vida, impregnada con las auras cargadas de ese olorcillo, que sin ser un perfume, tiene el balsámico sabor de todo lo que es forestal y deliciosamente embriagador!

—Es un poeta—decíame yo—quizá un artísta. levado á servir al Gobierno, en cumplimiento á sagrados deberes.

Y seguía con la mirada aquel hombre, que era mi hermano, mi compatriota, y al que, quizá una bala nuestra, le cortaría bién pronto la vida.

Su fisonomía se entristeció, sus ojos se clavaron allá en el horizonte, donde se alzaba gallarda, con sus altas cúpulas y sus macisas bóvedas, la hermosa ciudad de Arequipa; allí estaba quizá la amada, la mujer á quien rendía culto su corazón...... ¿Volvería á verla? Yo sentía lástima por aquel hombre; hubiera querido ir, hácia él, para decirle;—Ven entrégate prisionero, seremos amigos, y tú verás la ciudad donde naciste. la ciudad donde sin duda te esperan

los tuyos, implorando al Dios de las batallas por tu vida.

Y por un momento, contemplando la naturaleza y á aquel hombre, que tanta simpatía me inspiraba, quedé sumido en tristes reflecciones; y él con una mano apoyada en el robusto muzlo de su pierna, y la otra levantada, cual si quisiera detener las vibraciones del aire, miraba presentándosenos casi de frente.

De pronto, él hizo un movimiento, como para llevar la mano á sus pistoleras, y casi instantáneamente estalló una detonación, que había partido del grupo que me rodeaba. A travéz del humo producido por el tiro, ví caer al suelo el cuerpo del hombre, y oí el choque de un sable, y después el galope desenfrenado de su caballo que huía espantado......

Y de aquel hermoso jinete, que se alzaba lleno de vida y poesía mirando el cielo, el campo, y quizá su propio corazón, sólo quedó un cadáver, tendido en el polvo, con la cara contra el suelo y los brazos caídos sobre la cabeza.

¿Que había sucedido?......

Uno de mis soldados encargóse de responderme, mostrándome su fusil humeante, y su cara iluminada por la satisfación de un certero punto.

—Era un *maca mama* y no debía vivir, dijo.

—Magnífico tiro!—exclamó entusiasmado otro de mis soldados, tirando al aire su gorra.

Yo, desmontando de mi cabalgadura, corrí mudo

de horror, hácia aquel desgraciado; le alcé sobre mis rodillas, le llamé...... no se movió.

Su cabeza inerte, caía de un lado á otro, con la horrible pesadéz de la muerte. Coloqué mi mano sobre su corazón, buscando allí los últimos destellos de la vida, y no latía.

La bala había penetrado por el lado izquierdo del pecho, atravezando el corazón y los pulmones.

— Está muerto! — exclamé horrorizado.

— Viva Arequipa! — gritaron casi á una los soldados que me acompañaban.

Yo no sabía que decir, ni qué hacer. Por primera vez veía tan cerca de mi, los estragos de la guerra civil.

Contemplaba el cadáver que con sus ojos fijos, parecían mirarme tristemente, cual si me reprocharan aquella muerte de la que era yo involuntariamente cómplice; y sus ojos, no manifestaban rencor, ni odio, ni su boca estaba plegada por la menor impresión de dolor, formando horrible contraste con la salvaje alegría de sus matadores.

Alejéme de allí, no como el guerrero que ha muerto á un enemigo, sino como el criminal que lleva en su conciencia el peso de un asesinato.

Aquella noche, no llegué á conciliar el sueño: veía los ojos del militar muerto y su expresión de bondad, más martirizante para mí, que las contorciones del moribundo: veía humareda de combates; llanuras cubiertas de cadáveres; campos asolados por la mano fatricida de los revolucionarios; y luego imaginába-

me, que más tarde esos campos blanquearían iluminados por la luna, sembrados de huesos de hombres que entónces estaban llenos de vida!......

Y en esos momentos, pensaba que nada había más opuesto á los sentimientos humanos y al progreso de los pueblos, que la guerra civil, ese grito feroz, lanzado siempre por los ambiciosos y cobardes; ellos vienen—decíame—á despertar los malos instintos de los pueblos, para lanzarlos cual fieras los unos contra los otros, con el fin infame de verlos devorarse, para luego levantarse sobre aquellos montones de cadáveres de hombres, que la insensatéz y la ignorancia condujeron á la muerte.

Y yo me reprochaba á mí mismo, mis ambiciones políticas, que lleváronme á formar número, junto con esas turbas que, incapaces de elevarse por la senda por donde deben subir los hombres superiores, con talento y virtudes cívicas, van á las encrucijadas tortuosas, para dar el asalto del foragido, que tala, roba y mata!......

Por dicha mía, aquellas aflictivas ideas, no me dominaron, sino en tanto duró la conmoción de las primeras impresiones del militar en campaña; pocos días después, ni compadecía al coronel muerto, ni me indignaba contra los autores de motines y sublevaciones.

Cuando á los argumentos del buen sentido, oponemos los de la propia conveniencia, es fácil acallar, ó cuando menos contentar, la voz de la conciencia!...

***

La batalla fué reñida y disputada palmo á palmo, tanto del lado de los sitiados, como del de los sitiadores. Y puesto que he hecho confesión de mis culpas, haré también mención de mis hazañas.

Yo merecí especial aplauso por mi extraordinario valor, y heróico comportamiento; baste decir que fuí uno de los heridos en la batalla. Y este valor fué, al concepto de mis amigos, tanto más meritorio, cuanto que yo sentía por vez primera el olor de la pólvora. muy distinto ciertamente del que yo conocía en simulacros y fuegos artificiales de *noche buena*. En cuanto al silbido de las balas, fué tan nuevo para mí, que arrostraba el peligro inconscientemente.

En vano buscaba yo en aquel imponente panorama de esa batalla, algo parecido á lo que yo habíame imaginado; algo semejante á esos cuadros descritos por la pluma del poeta ó el pincel del artista; no veía más que la densa humareda que á todos nos envolvía; y allá, á lejana distancia, divisaba algunas líneas negras, que se movían, al parecer sin orden ni concierto. Eran los batallones que se batían en el campo de batalla.

Yo no alcancé á ver el resultado de la batalla: en lo más récio de ella, caí herido, y fuí llevado, junto con otros muchos, á un hospital de sangre.

No sabría decir de qué lado vino la bala, ni cómo

fué que recibí mi herida. Recuerdo solamente que, habiendo querido dar ejemplo de valor á mis soldados, me encaramé en un muro, sin prever que así quedaba de blanco de las balas enemigas.

En los campos de batalla, la muerte llega en el momento menos pensado: muchas veces es una amiga que viene á librarnos de horribles angustias.

Cuando volví en mí, me encontraba en un cuarto de poco más de cinco metros cuadrados, donde yacían diez soldados heridos, cuyas fisonomías, eran á cuál más angustiadas; estaban con los vestidos destrozados, las camisas manchadas de sangre, y sus lúgubres ayes, confundíanse en un solo y largo gemido.

La sangre, formando caprichosos dibujos con sus grandes coágulos, corría en el suelo, simulando una carta geográfica en sus largos culebreos.

Yo me sentía casi asfisiado, respirando aquella atmósfera saturada del olor acre de la sangre, recargada con las emanaciones de aquellos cuerpos, sudorosos y desaseados como estaban los revolucionarios.

Tan pronto como pude disponer de mi persona, pedí y alcancé, el ser trasportado á Lima, donde los mios, debían prestarme sus importantes servicios.

Qué largas y crueles fueron en Lima mis horas de enfermedad. ¡Las curaciones!...¡ah! para qué entrar en esos detalles, que aunque terribles, han sido ya olvidados! El dolor físico pasa, deja quizá una cicatriz en el cuerpo; pero el olvido la cubre y no volvemos á pensar en él. Solo el dolor moral, deja cicatrices que eternamente sangran y eternamente

duelen, como si el tiempo y el olvido, fueran remedios inútiles para él.

Cuando en Lima, algo repuesto de mis dolencias· tuve conocimiento de los detalles de ese hecho de armas, dirigido por el Conspirador, profunda y rabiosa indignación apoderóse de mi ánimo. Todo un pueblo decidido y patriota; todo un ejército de valientes y denodados soldados, habían sido víctimas de un hombre, que no pensó sino en su engrandecimiento, ni obedeció sino á nécias vanidades y ruines emulaciones.

Toda la admiración y afecto que antes le tributé, trocáronse en desprecio y desdén por ese vulgar Caudillo.

Con sus pretensiones de militar ducho y valeroso, y sus hipos de Jeje Supremo, se arrogó el mando del ejército, imaginando, sin duda, que dirigir una batalla y ejecutar una maniobra, son cosas tan hacederas, como fueron para él, calzarse botas granaderas y llevar insignias de General. Y cuando las balas silvaron en sus oídos, y el humo de la pólvora penetró en sus pulmones, desapareció, no solo el General, sino hasta el hombre, el sér moral, quedando tan solo un ente atontado, estúpido, aplastado, que no obedeció sino al ciego instinto de huir del peligro, y salvar la vida.

Los incidentes capitales que concurrieron al adverso resultado de la batalla, parecen inverosímiles, tanta era la cobardía del Jefe, que en ellos se manifestaba.

Una ala entera del ejército quedóse sin tomar

parte en la acción, y sin disparar un solo tiro; y sucedió que en lo más encarnizado de la batalla, en el punto decisivo para el General...... el Conspirador tomó soleta!!!......

***

Mi comportamiento en la batalla de Arequipa, creóme grande reputación de *hombre valiente*, y esta reputación en el Perú, es la vara mágica que allana todos los caminos, aún los que conducen á los puestos más pacíficos y tranquilos, como son los cargos concejiles, y los de beneficencia; y no digo el de la presidencia de la República, porque de antiguo se ha establecido que aquel sea el premio del vencedor en la última batalla librada contra el Gobierno.

Si he de decir verdad, preciso es declarar que aquella fama de valeroso, que mal de mi grado, me dieron, después de la batalla de Arequipa, me provocaba á reirme de mí mismo.

Mi esforzado valor en aquel hecho de armas, no fué sino resultado de mi falta de conocimientos militares, y quizá tambien de mi falta de serenidad en aquellos momentos. Pero no soi yo el único hombre político, á quien el público le ha atribuido cualidades y méritos que jamás tuvo, ni aún fingidos.

Malograda y sofocada en su cuna la revolución, quedéme yo, como es de suponer, en el número de los *caidos*. Un militar *caido* es algo así como la rueda de una máquina rota y desarmada; no sirve para

cosa alguna. Es que el militar en tiempo de paz, es como llave sin uso; va llenándose de moho, hasta quedar completamente inutilizada.

Como felizmente yo, no tenía de militar más que el grado de coronel, dado por los revolucionarios, fuéme fácil entrar de nuevo á la vida activa que yo buscaba, como un medio de elevarme y manifestar mis aptitudes de hombre de Estado.

En el lapso de tiempo trascurrido, desde la batalla de Arequipa, hasta la época á la que voy á referirme, habíanse sucedido algunos cambios políticos, favorables á mi partido y al círculo de amigos mios.

Yo había alcanzado uno de esos puestos concejiles, que son el primer escalón de los que aspiran subir más arriba. Allí adquirí gran número de amigos, muy adictos á mi persona, y conquistados con favores y concesiones ventajosas para ellos.

Decíase que yo era «muy amigo de mis amigos»; y esta reputación es la más valiosa y eficaz, para conquistar fácilmente simpatías y adhesiones.

Mis amigos, sin olvidar aquella reputación de valiente, conquistada por mí en la batalla de Arequipa, alcanzaron que el Congreso, que á la sazón funcionaba, me acordara la efectividad de mi coronelato.

Un dia, Su Exelencia el presidente de la República, envió á buscarme con uno de sus edecanes. La presencia de estos galoneados señores, nos produce viva impresión, ya sea de susto ó de alegría, á los que nos hallamos en *espectativa* de la situación, como me encontraba yo entónces.

Por aquella época, el Jefe del Estado era un hombre honrado y bueno, es decir, resultó honrado y bueno, como pudo haber resultado pícaro y perverso. Los que le dieron su voto, no tuvieron el mérito de una buena elección; fué un candidato impuesto, elevado al mando, no debido á sus cualidades, sino á pesar de ellas. Su predecesor en la Jefatura del Estado, le hizo elegir *porque sí;* porque quizá en el retorno de servicios, resultaría él colocado en el mismo puesto más tarde, cuando llegara el turno de ser candidato, para un nuevo período constitucional.

Yo fuí á Palacio exitado, nervioso, sin saber, sin colegir de una manera cierta, si de aquella llamada, me resultaría una desgracia ó una felicidad; una prisión ó una cartera. El corazón me golpeaba fuertemente en la caja del pecho, y la respiración parecíame insuficiente para calmar la ansiedad que me ajitaba.

Después de los saludos y la vénia de estilo, díjome:—Le extrañará que yo le mande llamar, habiendo sido Ud. mi enemigo; pero es que quiero la fusión de todos los partidos, y me propongo formar un ministerio con los hombres más notables del país: en consecuencia, me he fijado en Ud. para que desempeñe la cartera de Hacienda, y espero de su patriotismo, no dejará Ud. de ayudarme en mis propósitos.

Yo contesté, siguiendo las prácticas usuales, con frases de fingida modestia, alegando la escasés de mi inteligencia y mi humilde nombre, para tan alto puesto.

Su Exelencia estuvo un tantico candoroso, pues perdió tiempo en convencerme, que yo estaba muy equivocado al pensar de tal suerte, respecto á mi elevada personalidad política.

Después de todas las discusiones y vacilaciones del caso, presté yo el juramento de estilo. Mi entrada al ministerio, fué pues, una de esas atrevidas combinaciones, que en el campo de la política, dán por resultado el fabricar un Gabinete, çon los hombres del bando contrario al del Gobierno, y cuyo fin y objeto, es el acallar la censura de los enemigos, dándoles participación, en aquello que puede ser arma ofensiva, en caso de mal resultado; es lo cierto que debido á una de esas combinaciones muy frecuentes en Lima, resulté yo Ministro de Hacienda.

Haré constar solamente que, ni mis méritos personales, ni mi lealtad de político, ni aún aquel supuesto valor de guerrero, fueron tomados en cuenta por los que me honraron, elevándome hasta el ministerio de Hacienda.

Mi nombramiento fué acaloradamente combatido por la prensa oposicionista, es decir, por la que hace oposición sistemática, con el mismo empeño que el que vende objetos falsificados, por dejarle mejor provecho que los legítimos. La prensa gubernista, que defiende á sus partidarios por idénticos móviles, abogó en mi favor, encontrándome grandes méritos y cualidades especialísimas para tan elevado puesto. Y miéntras con más empeño me atacaban como hombre público, mayor fué el calor de mis defensores y partidarios.

Y así, sin grande esfuerzo, y casi de la noche á la mañana, me encontré en condición de tener enemigos y partidarios, que es el mejor principio, y casi la base, para llegar á la popularidad de una candidatura.

En el ministerio, me propuse emplear todas las fuerzas de mi voluntad, y todos los resortes de mi posición política, á fin de crearme un partido, que yo pudiera llamar mio propio. Hasta entónces yo no había tenido más que amigos, y yo necesitaba contar partidarios.

A propósito, preciso es que conste lo siguiente: —Creo que ningun ministro puede ser austero y recto en el cumplimiento del deber, si pretende formarse un partido propio adicto á su persona. Y esto que se diría exagerado, fácilmente se explica. Un jefe de partido es algo asi como un comerciante; necesita dar para que le dén, y antes que la justicia, ve la conveniencia.

Qué honradez ni qué integridad, puede caber en el candidato, que necesita derramar una gota de miel en los labios de cada uno de los que se le acercan para atraerlo á su partido? ¿Qué honradez es posible, en el que vá á conquistarse partidarios, y entra de lleno en la corriente de influencias y favores, que se piden á cambio del voto ofrecido; favores, que no pueden negarse, so pena de perder á un amigo.

Yo de mí sé decir, que cuando un ministro con pretensiones de candidato, habla de su honradez y rectitud, me dan ganas de reir.

Sin pensarlo ni quererlo, sin casi poderlo evitar.

víme rodeado, estrechado, obligado á ceder y transigir con todas las exigencias é imposiciones de esos que se llaman, los áulicos de un Gobierno.

Quisiera, en descargo de mis faltas de hombre público, poder describir aquí con pluma maestra, la conmoción profunda, el cuasi trastorno moral que se operó en mi espíritu, cuando comprendí y valoricé con toda exactitud, las causas por las cuales había sido yo elevado hasta el ministerio de Hacienda. ¡Ah! no eran mis antecedentes honrados, ni mis cualidades de hombre de Estado, sino simple y llanamente, el habérseme juzgado bastante apto y apropiado, para realizar algunos negociados, que debían enriquecer á los del círculo gubernista... En una palabra: se me juzgó un pícaro de alto rango, y debido á esa suposición, llegué al ministerio de Hacienda.

Sería preciso que escribiera muchas páginas, quizá demasiado declamatorias y llenas de candorosidades, que harían reir á más de un político de mi tiempo, si hubiera de proponerme describir, aquel choque violento, aquel cambio radical de principios, que dá por resultado el desnudarnos, ó mejor, arrancar de nuestra alma, todas nuestras bellas ilusiones, todas nuestras honradas convicciones, para después, en presencia de la realidad, formar nuestro criterio y nuestra conciencia de hombre público.

Cuando llega ese momento en que, la convicción, resultado de la esperiencia, nos manifiesta que eso, que llamamos honradez, lealtad, rectitud, ó lo que se le quiera llamar, es un mito al que, en política,

solo los tontos ó ilusos le sacrifican su porvenir y bienestar. Y dolorosamente impresionado, rememoraba mis primeras y nobles ambiciones, mis patrióticas y rectas intenciones; cuando yo candorosamente imaginaba que, para elevarme, para conquistar partidarios y merecer el apoyo de mis amigos, necesitaba, andar muy largo camino en el que, mi honradez y mis méritós serían las fuerzas que habían de impulsarme adelante.

***

Mi historia en el ministerio de Hacienda, puedo resumirla en dos palabras; como que es la historia ya vulgar que, con escasas excepciones, se repite todos los dias entre nosotros. Firmé más de un contrato ruinoso para el país, sin tener en cuenta más que la utilidad que á mí me reportaba. Esta confesión sería bochornosa para mí, si razones mil no abonaran en mi favor. Yo era jóven, ambicioso, calculador; veíame rodeado de hombres acaudalados llenos de prestigio y de buen crédito, y cuya historia era con puntos y comas, la misma que yo me proponía seguir. Y con esa lógica sofística y artificiosa, decíame á mí mismo;— Por qué en mí ha de ser mancha deshonrosa, lo que en ellos es aureola que les presta grandeza y superioridad!... ¿Cuándo la pobreza honrada, se ha elevado debido á sus merecimientos?... Yo no tengo, ni encuentro, más que un camino que me conduzca allá, donde yo ambiciono llegar; y sin dinero, sin mucho dinero, no me

será dable adelantar ni un solo paso; y postergado, rezagado veré avanzar á los que han sabido aceptar, venga de donde viniere, lo que en estos casos es poderoso motor. Yo no me encuentro con aptitudes para desempeñar el papel de filósofo, que pretende reformar estas nacientes sociedades, con el sacrificio de su propio bienestar; no soy más que una pequeñísima parte de un todo que se llama *un pueblo;* soy una gota de agua lanzada en medio á las corrientes sociales. ¿Qué puedo yo hacer, sino obedecer y marchar, siguiendo el impulso dado?...

Y así dejando libre curso á mi imaginación, acallaba las voces de mi conciencia, dándome á mí mismo todas las disculpas que pudiera presentar, en descargo de mis faltas.

Era la realidad en lucha con mis propios sentimientos; era el amor al bien, abandonando sus últimos baluartes, para entregarse, vencido por la fuerza brutal del «hecho consumado»; era en fin, la lógica de los acontecimientos, la realidad de la vida, imponiéndose tiránicamente á la nobleza de un sentimiento que luchaba antes de ser vencido.

Es que la honradéz de los políticos, ha llegado á quedar en la condición de esas mentiras sociales, á las que, con tono declamatorio colocamos en las nubes, y en la vida práctica despreciamos soberanamente.

Y de tal suerte nos hemos acostumbrado á esas ficciones, que se llaman «*mentiras sociales*», que hemos concluido por mentirnos á nosotros mismos. Creemos estimar al hombre honrado. y no estimamos sino

al hombre rico. Enaltecemos las virtudes cívicas, y desestimamos al que las posee. Pedimos abnegaciones honradas, y rendimos culto al banquero fraudolento. Teorizamos admirablemente, y luego, en la práctica, desmentimos todas nuestras bellas teorías.

La prensa, la sociedad, todos claman contra los mercaderes políticos, y mientras ese concierto de voces se pierde sin eco ni resonancia, el ministro contratista, el presidente especulador, no ven más que manifestaciones de adulación, y testimonios de adhesión.

Parece que todos hubiéramos convenido en que aquella desaprobación al civismo, sea tan sólo en nuestro fuero interno; en cuanto á lo exterior y público, allá nos peleamos, por ser de los primeros en rendirle el homenaje de nuestros respetos á aquel que, se nos impone con la lógica de una sólida fortuna.

Yo, aunque por natural inclinación, soy dado á teorizar más bién que á las deducciones positivistas, y las obras imaginativas se adaptan mejor á la índole de mi génio, que las del razonamiento; en esa circunstancia, supe deslindar con precisión aquello que tenía valor verdadero, y lo que sólo tiene valor convencional, ó mejor, nominal.

Cuando los hechos derrotan á las ideas, estas pierden su virtud moralizadora.

Yo, que por genial temperamento y por honrados sentimientos, quizá hubiera preferido mil veces, el buen camino, el camino recto, mejor que el malo

y tortuoso; yo antes de resolverme y decidirme por aquello que mi conciencia rechazaba, miré hácia atraz, miré á todos lados para estudiar y someter á exámen á los hombres que estaban arriba, y á los que estaban abajo. Y entónces, trabóse tremenda furiosa lucha, entre mí razón que me demostraba la realidad, y mi conciencia moral, que la rechazaba'; entre mis grandes y nobles ambiciones, que me impulsaban hácia allá, y mis sentimientos que repelían aquella única senda, que yo debía seguir. Sucedíame que, cuando me resolvía á aceptar los nobles impulsos de mí corazón, me faltaba la resignación para quedarme rezagado entre los hombres honrados, y me sentía fascinado por el brillo de los que estaban arriba. Tal vez si mis buenas inclinaciones, no fueron suficientemente fuertes para contrarrestar ó resistir á mis grandes ambiciones; quizá también, la atmósfera social en que yo me eduqué, contribuyó á pervertir mi caracter, debilitando mí natural honradéz.

No sabría explicar, por qué anomalía, llegué yo, con el corazón lleno de amor á mi patria, y de levantadas aspiraciones, todas dirigidas en bién de ella, á la especulación ruin, propia de los mercaderes de la política.

Y para acallar mi propia conciencia, diariamente necesitaba concluir mis reflexiones con estas palabras: — ¡ Qué hacer! esta es la única solución......

Nada subyuga y avasalla tanto las convicciones, como la ambición de mando; y yo me sentía dominado, por esa que se convierte en poderosa pasión,

á tal punto que, llegamos á no reparar en los medios si ellos nos llevan á la meta anhelada.

***

Qué de menguadas combinaciones, pusiéronme delante de los ojos, dejándome conocer claramente la utilidad positiva que yo debía recojer! Y no siquiera hablábanme de ello en la intimidad de la amistad, sino con el descaro y la petulancia del que propone algo establecido y ya por la costumbre aceptado. Esas eran las *buscas* del Ministerio; y no buscas *piltrafosas* como las de hoy, que son una dedada de miel puesta en los lábios, sino que eran un gran bocado, que alguna vez resultó tan grande, que se atragantaba.

Y mientras más ruidosas fueron las tropelías cometidas, y las especulaciones llevadas á término, mayor la adhesión de mis amigos y el empeño con que me rodeaban y aplaudían.

Para dar prueba de esta inexplicable anomalía, referiré lo acaecido en un ruidoso negociado; uno de esos estupendos *Contratos*, que los escribimos con letra mayúscula, porque llegan á ser hechos históricos, que conmueven las bases y las cumbres del Estado, y dan fama y renombre á los que los llevan á término. Siguiendo la costumbre establecida, muy pomposamente se le bautizó con mi nombre, y el de los dos comisionados de las Casas inglesas.

Recuerdo que en este celebérrimo negociado, en el que yo y algunos otros, cuyos nombres no quiero di-

vulgar, teníamos parte como interesados directos en las utilidades; fué necesario arrojar del local de las Cámaras, y casi á bayonetazos á los diputados de la «minoría» que se oponían á la realización de nuestros planes.

Con un simulacro de elecciones, formamos nuevos diputados, y el contrato fué aprobado por mí órden y dirección.

Este hecho arbitrario y anticonstitucional, lejos de concitarme enemigos, y resfriar á mis partidarios, fué el que consolidó mi partido y me dió gran renombre, presentándome como hombre «enérgico y valiente».

Algunos de los que todavía tienen el candor de ser honrados, en el revuelto campo de la política, protestaron de lo sucedido, sin hallar eco entre los partidos, ni tampoco en la prensa de la República.

Corría entónces como muy válida la especie—y hasta algunos periódicos la repitieron—de estar la prensa de Lima lo mismo que la de toda la República, vendida á la Casa contratista; esta afirmación, ni me consta, ni ménos la creo cierta. Y no la creo cierta, porque un país, donde el cohecho y el vil soborno, ganan las altas y luminosas esferas en que el talento y la ilustración, hacen imposibles toda disculpa, ó atenuación de ciertas prevaricaciones, es un país cancerado hasta la médula de los huesos, y condenado á ser castigado con tremendas convulsiones sociales.

Y conste como protesta mía, que esto lo dice un hombre público, que no tiene reparos en con-

fesarse con toda franqueza, el principal culpable en aquel negociado; lo dice el que está familiarizado con el mercantilismo de los políticos, y ha comprado Padres conscriptos (vulgo diputados y senadores) para ese mismo negociado, como quien compra ganado vacuno y lanar, á tanto por cabeza; clasificándolos por secciones de la manera siguiente: —Tanto para los diputados mudos ó automáticos; —tanto para los que sabían decir cuatro disparates para fundar su voto:—algo más á los que tenían amigos é influencias en su provincia;—mucho más á los discursiadores, así fueran ensartadores de dislates—y la cantidad se doblaba, cuando llegaba á los que sabían manejar la oratoria parlamentaria. Pues bién, yo que he sido el principal actor en ese contrato, y he valorizado á los hombres y los he pagado, comprándoles su conciencia, no creo que la prensa de Lima, al ménos en su totalidad, estuviera vendida á los contratistas extranjeros.

En cuanto á aquella minoría encabezada por un hombre de talento que tan audazmente arrojamos del seno de las Cámaras, sin alegar otra razón que la de ser opositora á nuestros intereses, retiróse muy callada y tranquilamente á sus casas, sin recibir ni de los partidos, ni del público, la más pequeña manifestación de simpatía, en premio de su honrado proceder.

Yo tenía conocimiento de que válida y aceptada, corría, no sólo entre mis enemigos, sino también entre mis partidarios, la especie confirmada con mil datos, de ser yo el principal interesado, el mejor favorecido en aquel Contrato; pero no por eso me cuidé de protestar ni desautorizar tal aseveración; de-

masiado conocía yo, que aquello no ennegrece ni siquiera empaña la reputación de un hombre público, sino más bién al contrario la realza. Algunas veces ha sucedido, es cierto, cuando el hecho ha sido sumamente escandaloso, que ha producido mala impresión «por el momento» más pronto pasa todo, y la alta sociedad es la que nos dá primero el ejemplo, de inclianarse ante el gran político, que tan hábilmente ha sabido enriquecerse.

Aquel contrato, sobre el qué estudiosamente no quiero dar detalles, que serían tremendas acusaciones contra mis cómplices, no era más que uno de los muchos recursos para poder apropiarnos de algunos miles de libras esterlinas; pero como las discusiones político–financiero gozan de gran boga, en estas sociedades de América, el *Contrato* llegó á la mayor celebridad que es dado esperar; y tuvo enemigos tan furiosos que lo presentaban como una calamidad pública que debía hundir al Perú en insondable abismo; en cambio los partidarios presentábanlo como aquel maná bendito que debía remediar todas las miserias públicas y llenar de dicha todos los corazones.

Lo que hay digno de apuntarse es que tan ignorantes eran los enemigos como los partidarios.

Cándidos! en ese gran problema de Estado, y cuyas claúsulas tan acaloradamente discutían, haciendo y rehaciendo combinaciones, no había más que una simple combinación, por medio de la cual, debían pasar algunos milloncejos á nuestra gabeta, los que bién repartidos nos dejarían á todos perfectamente repletos.

Y conste que esta veracidad mía, no debe ser considerada como cínico descaro para confesar mis faltas, sino más bién, como noble abnegación, para demostrar mi culpabilidad, que no es mas que comprobante de la de los que fueron mis compañeros y cómplices revelando así, graves faltas que aún quedan impunes por estar toleradas por la costumbre política.

***

No obstante, debo decir que no siempre bogué con favorables vientos y bonancibles mares.

Momentos hubo, que temblé preveyendo tremolinos y noches turbias, que bién pudieron traer el total eclipse de mi reputación de político.

Cuántas veces ví acercarse la nube cargada de rayos que debían herirme, y todo quedó conjurado con una medida atrevida, con cualquier fraude llevado hábilmente á cabo, como el de forjar actas eleccionarias, y sentarme en las Cámaras para hallarme yo, en el banco de los acusadores, en vez de estar en el de los acusados.

Cuántas veces también, deseaba salir de esa atmósfera de favores mutuos, de servicios á cargo de devolución, para proceder con la independencia propia de mi carácter, y la lealtad del hombre honrado; pero lo confieso, sentíame débil, incapaz de contrarrestar aquella corriente, más incontenible que la de un torrente, al cual se le pretendiera desviar de su antiguo cauce.

Alguna vez también, ví desatarse tempestades de odios y censuras que, cual tromba marina se arremolinaron, amenazando mi popularidad; pero ya he dicho, esas son ráfagas que pasan fugaces sin consistencia, y pronto se desvanecen como nubes de verano.

Es más posible y hacedero, aplacar una de esas tempestades levantadas por el exceso de nuestras arbitrariedades y abusos, que elevarse en el campo de la política, pacífica y honradamente, sin poner en juego los malos elementos sociales.

En el mundo político, no reconocemos otra moral que la que podemos deducir del «éxito»: todo otro principio es erroneo y fracasa en la vida práctica.

Jugar con los hombres y los acontecimientos, como en un tablero de ajedréz, aprovechando todos los descuidos del enemigo, para hacerle una jugada que lo pierda: ésta es la táctica que mejores resultados me ha dado, cuando he sabido jugar con tino y osadía.

Después de estas, declaraciones es necesario agregar que ellas se refieren, tan sólo á ciertos círculos políticos de mi patria.

Como mi vida está relacionada con toda nuestra historia contemporánea, me es forzoso callar muchos sucesos que pudieran servir de punto de partida para inculpaciones de amigos y partidarios mios.

Mi libro no será un proceso criminal de las culpas de los otros, sino la confesión franca y leal, de mis faltas ó debilidades.

No alcanzo á prever qué trascendencia podré darle á estas memorias, que sin premeditación ni plan artístico, quiero escribir: de lo que si estoy cierto, es de que han de ser la historia sincera de una vida: flaca y miserable, cuando me dejé arrastrar de mis pasiones ó instintos; noble y levantada, cuando sentimientos y afectos patrióticos, guiaron mis acciones.

VI.

Por aquel entónces, dospertábase ya la censura en contra de los militares ignorantes é ineptos que, sin más títulos que su osadía, asaltaron la presidencia de la República y se adueñaron del Poder. La prensa haciéndose eco de la opinión pública, daba el alerta, previniendo los ánimos contra los mandones de espada y kepí, que impedían el paso á los hombres verdaderamente ilustrados, llamados aquí como en todo país civilizado, á ser los elegidos para tan altísimos puestos.

Citábanse y se comentaban burlescas historietas, referentes á la supina ignorancia, no científica que esto hubiera sido exigir demasiado, sino rudimentaria, de Presidentes que sabían apenas leer con dificultad, y escribir sin ortografía.

Entónces me ocurrió que yo, en mi condición de

militar improvisado como otros muchos, necesitaba presentar mis credenciales para que se me excepcionara de aquel número, contra el cual habíase declarado la opinión de los hombres ilustrados.

Escribir un libro sobre un tema cualquiera, con tal que llevara mi nombre me ocurrió que sería de gran efecto para inclinar la opinión en mi favor.

Por muchos días acaricié este proyecto, como el más apropiado á mis pretenciones de candidato á la presidencia de la República. En algunos momentos de reflexión, pensaba que un libro, es decir, una obra de aliento, digna de mi nombre y del público al que yo debía presentarla, no es dable escribirla, así de la noche á la mañana, máxime, si ha de versar sobre un tema como el que yo debía elegir; nada ménos que Ciencias Políticas y Administrativas.

Y la verdad sea dicha, yo había leído y estudiado mucho; pero como sucede siempre, estudié sin método, sin discernimiento, y de todas esas lecturas, mal digeridas y peor asimiladas, quedóme tan sólo en el espíritu, un cáos de principios mal fundados, de ideas incompletas, de ciencia difusa, en |la cual se embrollaba y confundía mi inteligencia. Deduje pues que, dada mi natural ignorancia, yo corría el peligro de publicar un libro incorrecto, que á todas luces dejára conocer la deficiencia de mi ilustración, y mi escasa versación en las materias que debían servirme de tema; pero tal vez mi libro como otros muchos, sería juzgado no más que por las referencias de los cronistas y quizá también, por la condición social y los «posibles» pecuniarios del autor, como con frecuencia sucede.

En todo caso, si la obra era mala, allí estaban mis partidarios, gacetilleros y escribidores, esos que en todo tiempo son los mismos, y que, excepción hecha de unos cuantos, los demás á la noticia de haber aparecido una obra escrita por un Ministro de Estado, se harían lenguas para ensalzarla.

El título de la obra fué para mí materia de largas meditaciones, pues que no se me ocultaba, que ello es, en ciertos casos, de alta significación. No sin pocas vacilaciones, me resolví á aceptar el título que sería de gran efecto; *El Estado* y *sus Deberes.*

Tres meses tardé en concluir mi libro, y un mes crugieron las prensas del Estado, en lanzar pruebas y más pruebas, y luego pliegos que iban á engrosar las páginas de mi obra.

La prensa de Lima, agotó el vocabulario de los aplausos y los encomios para anunciar «*El Estado y sus Deberes*». Yo por mi parte especulé el espíritu bajo y mezquino de algunos escritores, lagoteadores de ministros; uno de ellos á quién leí un capítulo de mi libro, salió á escribir un juicio sobre toda la obra, colocándola entre las más notables que en su género se habían escrito en América. Y aunque el escritor aquel, era de los de pacotilla, su crítica corrió autorizada, quedando así ejecutoriado el mérito de mi libro.

Sin vanidad confesaré que éste me resultó mejor de lo que yo esperé. Verdad que el estilo era tortu-rado y pretencioso, lleno de esa fraseología que reemplaza á las ideas, y pretende ocultar la ignorancia del autor. Cuando yo leía los pasajes más aplaudi-

dos, aquellos que habían sido trascritos, quizá al acaso por los críticos de mi obra, encontraba una mescolanza de todos los autores que consulté, y que me dieron el contingente de sus luces.

Producir con una obra pequeña un grande efecto, alcanzar reputación de sabio con una obrilla escrita á la minuta, era lo que yo me proponía; y esto que se diría inverosimil, es sumamente fácil y hacedero: basta el contar con amigos que sepan, lo que en estilo familiar llamamos, *saber manejar el bombo*; ó lo que también sucede, que el mismo autor escriba para las crónicas de los periódicos, sendos juicios encomiásticos.

Y como pocos se toman el trabajo de leer la obra, queda consagrada la reputación del escritor. Así yo, con la publicación de *El Estado y sus Deberes*, crecí cien codos sobre mi anterior grandeza; y recibí felicitaciones y plácemes de muchos de aquellos de quienes yo estaba segurísimo, que no la conocían ni por el forro. Mientras ménos lectores tanto más seguro el éxito; lo que yo necesitaba era llamar la atención, y que se me designara como al autor de un libro; en cuanto al mérito de él, esto es cosa secundaria, y de poca monta.

No faltaron algunos hombres ilustrados, que con sobra de argumentos y conocimientos de la materia, atacaron mi obra y la dejaron como ropa nueva; pero como se trataba, más que de ciencias, de partidos, nadie se cuidó de saber si aquellos ataques eran justos ó injustos; y lejos de perjudicar al éxito alcanzado, contribuyeron grandemente á él. Porsupuesto

que mis amigos salieron á la palestra, en defensa de mis profundos conocimientos, y de lo versado que suponían estuviera yo, en tales materias.

Sin saber como ni porqué, encontréme rodeado de aduladores y partidarios; en una palabra me encontré grande hombre. Y no así como quiera, sino grande en la opinión de aquellos á quienes yo consideraba superiores á mí, no sólo en inteligencia y carácter, si que también, en cualidades morales, de las que yo carecía.

Mi reputación y popularidad, crecieron como espuma batida por mano oculta y cariñosa.

¿Qué voluntad movía esa mano?...... La experiencia me ha demostrado, que en el Perú, no es el patriotismo, ni las afecciones desinteresadas, ni aún el mérito del favorecido ni sus cualidades de hombre político, lo que contribuye á elevar á los hombres públicos, sino sola y exclusivamente, los acontecimientos combinados felizmente, los intereses de acuerdo con las condiciones del individuo, y sobre todo esto, la constancia y atrevimiento para imponerse á las masas, y sobreponerse á los carácteres pasivos; á los espíritus modestos que, aunque con plétora de méritos, y relevantes condiciones, esperan impasibles y confiados, que el público les cumpla justicia, y los conduzca allá, donde sólo llegan los que saben bogar á toda fuerza de remo. Y así queda explicada la anomalía de tantas *nulidades*, elevadas sin otra fuerza impulsiva, que sus propias y audaces ambiciones.

***

Yo me hallaba seguido, perseguido y casi asediado por numeroso círculo de los que ya se titulaban partidarios mios. Cada día medía yo, como en un termómetro, cuánto mi reputación y valimento crecían, en el número de amigos, que desde las primeras horas de la mañana, me esperaban llenando las habitaciones contíguas á las mías.

Desde el dia en que, tácitamente, y sin más fórmula que la de mandar yo y obedecer ellos, quedé investido del título de jefe del partido, juzgaron cosa impropia á mi lustre y dignidad, el que yo saliera como todo el mundo á la calle, sin llevar un amigo, que me acompañara, y para otros lugares públicos, como teatros ó paseos, debían acompañarme dos ó tres de los que formaban mi séquito.

No había remedio; para ser hombre de importancia y candidato popular, necesitaba vivir importunado por mis partidarios, y hostigado por mis amigos, que debían, con su presencia, contribuir al lustre de mi alto rango.

Como los hombres que rodean á los candidatos son siempre pobres entidades, sin talento ni dignidad, yo, apesar de los buenos servicios que ellos me prestaban, había momentos en que sentía el hastío que produce la sociedad de la gente nécia.

En el público, y señaladamente en los banquetes, ó en las reuniones del partido, mis amigos me in-

dilgaban largos discursos y peroraciones, manifestándome ser yo el hombre más eminente de cuantos en la política de esa época figuraban, ó pretendían figurar, y por ende, ofrecíanme sus servicios, y si necesario fuera, hasta sus vidas y haciendas.

Yo me dejaba halagar y mimar, por aquellos mis entusiastas partidarios, y considerándoles muy adictos á mi persona, miraba complacido el grandioso porvenir que la suerte me deparaba, sintiéndome dulcemente arrullado, por el hálito embriagador que se llama *aura popular*.

***

Cuando salí del ministerio, podía decir que tenía mi partido casi ya formado. Hasta entónces, mi popularidad había estado sujeta á las intermitencias de las opiniones que aún no están definitivamente fijadas. Una feliz coincidencia vino á dar impulso y homogeneidad á las agrupaciones que aún fluctuaban, sin adherencias á otros partidos.

El Conspirador, aquel jefe de partido que por tantos años había sido el prestigioso caudillo á cuya voz se levantaban los pueblos y subvertían el órden público, había muerto; y con la muerte de este mi antiguo amigo, quedé yo con el campo libre para seguir, nó la malhadada senda por él trazada, sino la que yo esperaba que el destino me brindaría. Desde el punto, y hora, que principié á tener partidarios, el Conspirador debía convertirse en mi rival. La

muerte, que algunas veces hace felices supresiones, vino á llevarse este caudillo, que para mí tuvo fatídica sombra, como la tuvo para todos sus partidarios.

Murió como el veterano al pié del cañón; es decir, al pié de su última tentativa de rebelión.

Como un hecho típico, que pone en transparencia las aptitudes del político y las deficencias del conspirador, que mereció el nombre de tal, referiré aquel suceso que puso fin á su vida.

Una noche en el momento ménos previsto, un grupo de valerosos y decididos partidarios suyos, que sin duda obedecieron á sus sujestiones, asaltaron el cuartel de...... mataron al capitan que montaba la guardia, y se precipitaron revólver en mano, victoreando al Conspirador; éste, que esperaba á una prudente distancia el resultado de aquel temerario asalto, y que, de antiguo, ha esperado triunfos y glorias, donde solo habían descalabros y derrotas; supuso que aquel tiroteo animado al principio y apagado luego, era señal de que sus partidarios habían quedado dueños del campo, proviniendo sin duda tal error, de la gran distancia que lo separaba del peligro; ó más bién, de la imprevisión, que en todos sus actos se notaba.

Un Coronel que en esos momentos corría á ocupar su puesto en el cuartel asaltado, fué detenido violentamente por el Conspirador, que con el énfasis del vencedor, díjole:

—La victoria es mía. Soy el Dictador del Perú. Reconózcame U.

El Coronel por toda contestación, sacó su revólver y le voló la tapa de los sesos.

Así murió mi amigo el Conspirador.

Los asaltantes no encontraron eco en la tropa, y léjos de responder á sus *vivas*, fueron recibidos á balazos. Los que no murieron allí instantáneamente, murieron luego de resultas de las heridas.

Esta relación hecha así, sin pomposas descripciones, ni artificiosas reticencias, quizá le den á estos hechos el tinte de una ficción novelesca; no obstante, yo no hago más que relatar lo que entónces llegó á mi noticia. De lo que sí me quedan grandes dudas es, de que verdaderamente murieran los asaltantes víctimas de su denuedo, y nó víctimas de las balas de los soldados que los fusilaron; esta fué al ménos entonces la opinión pública de la gente imparcial.

***

Ahora que el Conspirador ya no existe, y no me asalta el temor de que se me pueda culpar de rivalidad, ó pequeñez de miras, quiero decir con la franqueza é imparcialidad, propias de mi carácter, lo que pienso y creo de él. Fué un hombre de talento; pero sus desmedidas ambiciones lo llevaron á empresas en las que siempre faltóle valor y entereza, propias de los hombres superiores.

Su vanidad fué colosal, por eso afrontó las grandes situaciones, contando con cualidades de que carecía.

Creo que fué patriota, y que sintió germinar en su alma el amor al bién para su patria; pero léjos de dar resultados benéficos, su patriotismo fué gérmen de inmensos y trascendentales infortunios para el Perú.

Pueril y frívolo en los detalles de la vida, no tuvo en situaciones dadas, esos rasgos de grandeza, que son compensación de las pequeñeces del hombre. Conspirar, ya fuera contra la autoridad, contra las leyes, ó contra los hombres, ha sido la acción capitalísima de su vida y el empleo casi esclusivo de su actividad. Cuando llegó al poder, más que un Dictador, parecía un conjurado. Hombre nada práctico, tomó la vida como una leyenda aventurera, caballeresca, en la cual la reflexión y el raciocinio, estuvieron supeditados, por lo maravilloso, inesperado y hasta inverosímil. Sus inclinaciones al bién fueron de contínuo avasalladas por la ambición de su propio engrandecimiento; y así que los obstáculos se amontonaban, así que los peligros le circuían, así que se encontraba rodeado de dificultades, de abismos, de enemigos suyos y de su patria, que debían de aniquilar á ésta y destruirlo á él; entonces esa ambición aflojaba sus resortes; ya no era fuego que produce vapor, sino humo que se escapa y se evapora en los aires.

Gustaba de la adulación sin medir los puntos que calzaba el adulador, olvidando aquel principio de Tácito que dice: Los aduladores son el peor género de enemigos.

Si el Conspirador viviera, yo, con la experiencia

adquirida, y el derecho de antíguo amigo, había de decirle:—Enderezad vuestros pasos por el camino del bién, sois hombre de talento y de corazón; y aún es tiempo de poner estas bellas cualidades al servicio de la patria, á la que tan positivos males habeis causado. Refrenad vuestra ambición, y poned coto á la vanidad; ámbas son las únicas enemigas que han de conduciros á la ruina.

Desgraciadamente, el Conspirador ha muerto ya, y preciso es confesarlo, su muerte fué motivo de albricias y gran contentamiento para mí; fué la supresión de un rival; un fausto acontecimiento, que yo íntimamente celebraba.

Algunos representantes á Congreso, celosos del cumplimiento de la ley, pretendieron hacer esclarecimientos, referente á las víctimas del cuartel asaltado; y yo que entónces ocupaba una curul en la Cámara de Diputados, tomé pié de esta iniciativa, para ennegrecer la conducta de los Ministros y crearle dificultades al Gobierno, y clamé contra la muerte del Conspirador, y pronuncié discursos enalteciendo los méritos de ese grande hombre; y en compañía de mis amigos, armamos grande batahola y alcancé que se diera voto de censura contra los ministros; y estos cayeron, y el Gobierno principió á ver el horizonte político, cubierto de nubes negras, y las cumbres de Estado se bambolearon y...... yo me decía con íntima satisfacción—ya que la vida del Conspirador, fué para mí como la sombra del manzanillo, preciso es que su muerte me sirva de combustible para encender la hoguera de la revolución.

***

Dos causas poderosas tenía yo para lanzarme á la revolución: primera, el Gobierno tenía enemigos; y segunda, que yo tenía partidarios. Digan lo que quieran mis enemigos, estos han sido en todo tiempo los móviles principales de las conspiraciones en el Perú.

Largo tiempo había trascurrido desde que los pueblos principiaron á señalarme como el único estadista llamado á salvar á la patria del precipicio hacia donde la compelieron, los políticos especuladores, y los ambiciosos corrompidos y corrruptores.

Mis amigos me rodeaban; casi me asediaban con sus repetidas instancias; y ya fuera en la intimidad de la conversación, ó ya en peroraciones y discursos, me señalaban el camino que debía seguir.—*Mesías esperado — Regenerador del Perú — Estadista enviado por la Providencia para traernos el íris de la redención. —Estrella polar hácia donde todos debemos dirigir nuestras miradas — Sol que ha de alumbrar las tinieblas de nuestro porvenir!......*

Estos y otros, igualmente exagerados y aduladores conceptos, escuchábalos yo á todas horas y en todos los tonos imaginables. Aquello era el servilismo de la impotencia buscando el apoyo que le faltaba!......

Mis amigos y partidarios me prodigaban reverencias y doblaban la espina dorsal, como si el peso de mi superioridad, agobiara su cuerpo. Todos ofre-

cíanme vidas y haciendas, que en bién de la patria debía yo disponer.

Y yo me sentía tan superior á todos esos hombres que, parecíame insensato, no aspirar á dominarlos, á mandarlos y conducirlos. como manda y conduce un sér inteligente, á una agrupación de irracionales!......

Y entónces me lancé á la vida de conspirador, como que era la única donde podía realizar mis ambiciones de mando, y mis anhelos de gloria.

Una revolución parece á primera vista una mina que estalla, casi espontáneamente, sin que mano alguna lleve á ella el bota-fuego que la incendia; y no obstante, para formarla y cargarla hasta el estado de una explosión, que pueda conmover el edificio social, y derrumbar á los que están arriba; para ponerla en este estado, cuánta actividad gastada, cuánto dinero derrochado, cuántos trabajos de zapa y á la sordina; cuántas emociones, cuántas zozobras, cuántas esperanzas frustradas, cuántas decepciones inesperadas, y en fin, cuánta sávia vital, consumida y gastada allí!......

No me es posible entrar en detalles ni pormenorizar los muchos incidentes de mi vida política, que, á no ser así, mi libro sería un proceso de los que junto conmigo conspiraron, y á quienes debo hacer inculpaciones y acusaciones muy sérias. Diré solamente que mi vida de conspirador fué agitada, intranquila, llena de contínuos sinsabores y decepciones; y ora sublevando un pueblo, para hacerme Jefe Supremo de la República; ora pagando á precio de oro la infidencia y traición de un oficial para que

me entregara la tropa de alguna guarnición; ó también llevando el grito de sedicción y guerra á los más apartados pueblos de la República, siempre procedí cegado por mis ambiciones, impulsado por los expeculadores extrangeros, y arrastrado por esas corrientes revolucionarias que, en otros paises, han sido como las epidemias infecciosas.

Por aquel entónces, yo había leído y releído la historia de las últimas ruidosas intentonas de conspiración, llevadas á cabo por Luis Napoleón Bonaparte, con el fin de reivindicar el trono ocupado á la sazón por Luis Felipe. Y yo entusiasmado con esas atrevidas aventuras del conspirador francés, soñaba con ser su imitador, copiándole en mis futuras hazañas.

La atmósfera política del Perú, era como de ordinario, adversa al Gobierno, y por ende, propicia para cobijar las maquinaciones de un conspirador.

Díme prisa para aprovecharme de la ocasión, y llevar á la práctica, atrevidos planes, que largamente madurados y combinados con mis amigos, esperábamos que nos dieran felices resultados.

Principié por partirme á Guayaquil, y allá en compañía de mis fieles partidarios, aparejamos dos buques; y después de prolijo alistamiento en el que no descuidamos ningún elemento indispensable á nuestra empresa, partimos con rumbo á uno de los puertos del Perú, situado al Norte de Lima.

En esta expedición quise imitar pié con pié, el desembarco de Napoleón en Boulogne, y calcéme botas granaderas, y caléme sombrero de Gran Mariscal.

Si de los simples ciudadanos se improvisan coro-

neles, que mucho que yo me diera el título de Gran Mariscal.

Verdad que esta distinción solo puede concederla el Congreso; pero un conspirador que viste los arreos de General ó Mariscal, fácilmenre alcanza dos cosas; imponerse primero al pueblo que lo aclama, y más tarde al Congreso que lo nombra.

Mis amigos y compañeros no me fueron en zaga en lo de vestir relumbrones; todos llevaban galones y charreteras de coroneles y generales. En cuanto á la gente de tropa que me acompañaba, toda era buena, entusiasta y resuelta; y si bién escasa en número, contábamos con la adhesión del pueblo, y el prestigio de mi nombre, que debía conquistarnos partidarios. Apénas pisamos tierra, nos entregamos al placer de celebrar tan fausto acontecimiento, con bríndis y comidas y felicitaciones, descuidando los asuntos principales, á pesar de estar todos sobrecogidos de miedos cervales.

Como, cual más cual ménos, éramos novicios en el arte de guerrear, nos asustábamos temerariamente, de cuánto nos oliera á enemigos, ó presentara visos de peligro para nuestra atrevida expedición.

Sucedió, que el día del desembarque de nuestros elementos bélicos, uno de los nuestros, creyó ver un humo en el horizonte (estos humos los veíamos cada y cuando el horizonte se nos presentaba de color ceniciento) y tal fué nuestro susto que...... ¡no hubo remedio! carabinas, rifles, municiones, vestuarios y galones, todo fué en confusa aglomeración á dar á la plaza; y nosotros huimos llevando á duras

penas nuestro armamento, y dejando las embarcaciones, á merced del que quisiera apropiársela.

El tal humo, resultó ser, nó de buques enemigos, sino de un vaporcito destinado al comercio de chanchos, y que pertenecía á un comerciante de la plaza.

En tierra, no fueron menores nuestras alarmas; nada ménos que en viaje al pueblo, tomamos á una carabana de cómicos de la legua, por un destacamento de caballería, que vendría á cortarnos el camino.

Confieso que esta vez, me ocurrió acordarme de los célebres molinos de Don Quijote.

El sub-prefecto del pueblo, que debíamos asaltar, dióse prisa en enviarme un emisario, asegurándome que, en su deseo de evitar un derramamiento de sangre, estaba llano á entregarme la guarnición, con tal que yo llenara las apariencias de asaltarlo y amarrarlo muy ferozmente, para enviarlo luego al puerto, de donde él se fugaría para ir *en cumplimiento de su* DEBER, á presentarse al Gobierno.

Yo respeté mi compromiso, y maniaté á mi subprefecto; y él cumplió con ir á presentarse al Gobierno, como víctima escapada de las manos de sus enemigos.

Los notables del pueblo de...... nos acogieron con entusiasmo, y fuí victoreado, y llovieron á mi paso las flores, los convites, los discursos; y todo se convirtió en golgorio y regocijo para los pobladores; y las guarniciones, muchas de ellas, compnestas de seis hombres, *se pronunciaron*, y todo parecía salir á «pide boca que yo te contentaré.»

Más, apénas principiaba á organizar mi gobierno,

para lo cual expedí un decreto, nombrándome, como es de uso, Jefe Supremo de la República; cuando cayó como llovido de las nubes, un bravo coronel enviado por el Gobierno, para batir á los conjurados.

La batalla se empeñó con entusiasmo y fé, por ambos bandos; pero, lo confieso con ingenuidad, en ese hecho de armas, faltáronme valor y serenidad suficientes para sostenerme hasta el fin.

A no ser así, cierto estoy que la victoria hubiera coronado mi expedición!......

Pero ¡qué hacer! el valor del guerrero, no es cualidad que puede adquirirse, ni ménos fingirse; y generalmente á los conspiradores, nos falta el valor en el momento que más lo habemos menester. ¿Será porqué, perdida una conspiración, nos queda la esperanza de emprender otra nueva?...

Lo cierto es que, cuando todavía mis soldados y partidarios, defendían sus posiciones, yo me dije: —«Lo principal aquí, es salvar el cuerpo» que en cuanto á batallas, aquí ó en otro lugar cualquiera, puedo volver á empeñarla con mejores probabilidades.

Aprovechéme de que el puerto estaría desguarnecido, y me dirigí en fuga hácia allá. En el camino me encontré con un buen sacerdote, que muy cristianamente me proporcionó unos hábitos, con los que me disfracé, embarcándome luego en calidad de padre misionero. Me proponía venir á Lima, donde me sería fácil dar golpe más certero y ménos peligroso.

Muchos amigos y partidarios míos, murieron en

aquella refriega, en la cual las tropas fueron batidas, las campiñas arrazadas, y los pobladores víctimas de exacciones y tropelías sin cuento.........................

***

El que conozca la historia de las revoluciones del Perú, estoy cierto que no ha de asombrarse ni ha de calificar mis planes de desatinados ó insensatos. Sin tantos elementos, ni tan sólido prestigio, realizaron otros caudillos, sublevaciones que derrocaron á muy fuertes Gobiernos.

Yo estaba convencido de que en punto á conspiraciones, la buena suerte del jefe, mejor que los poderosos cañones, decide del éxito final.

En América, esto se vé todos los días.

Cuando las cartas y los periódicos de aquella localidad, me trajeron las descripciones de ese heróico sacrificio, en el que la muerte había cegado las más preciosas vidas, lloré de rabia y desesperación.

Casi estuve á punto de arrepentirme muy sériamente de mis ambiciones de mando, y de hacer el solemne juramento de jamás volver á pensar en motines ni asonadas, que tan aviesa suerte, debían para mí tener.

Pero, lo confieso: el conspirar es un vicio como otro cualquiera; quizá más dominante que la borrachera ó el juego. El conspirador es un vicioso incorregible; lo digo con esperiencia propia.

VIII

El Gobierno expidió órden de prisión, contra mí y mis partidarios los más notables. Entónces principié esa vida fugitiva del conspirador perseguido, ora asilado en un convento de frailes, donde me ocultaron; ora en la casa del redactor de un periódico *gobiernista*, ó bién, en las antecámaras de un obispo, y hasta metido en esas pocilgas apestosas, criaderos de microbios y habitación de chinos.

Mi primer asilo fué el domicilio de un antiguo amigo mío, á quien daré el nombre de Diego Montalvo, para no descubrir el suyo propio. Este era un empleado de Gobierno, considerado como uno de los buenos amigos, del entónces actual Presidente de la República.

Ya que de estas memorias, han de resultar algunos

cuadros sociales, sin que sea ésta mi intención, he de darme el gusto de describir mis impresiones en los diversos domicilios donde estuve asilado.

El jóven Montalvo, mi amigo y partidario, era uno de esos oficinistas duchos, intrigantes y mui conocedores del terreno político, en el cual se desarrollan los acontecimientos, que él especulaba maestramente.

Cuando aceptó el desempeño de ese su oscuro puesto en las oficinas de Palacio, un su amigo habíale dicho:—Pero hombre, ¿cómo es que U. teniendo como dice, á su cargo el sustento de dos familias, que ya sé que son la familia de su madre y la otra que yo le conozco, acepta U. ese destinillo, que no le dá sino ochenta soles mensuales, cuando U. necesita quinientos?...

—Pues hijo—habíale contestado él—no sabe U. que los empleados de Gobierno, somos como los cocineros de Lima: el sueldo es lo accesorio, lo principal son las *buscas;* un nombramiento de estos, no es más que una autorización para dejarnos crecer las uñas; y diz que mi amigo llevaba hábilmente á la práctica esta desvergonzada máxima.

Yo había exigido que para mi asilo, se eligiera la casa de un amigo adicto al Gobierno, y que estuviera situada en barrio apartado de la ciudad.

El domicilio de Montalvo, llenaba todos los requisitos apetecidos para servir de escondedero á un conspirador, que como tal, necesita comunicarse con sus amigos y también contar con una salida desconocida y oculta, para el caso que fuera necesario escapar de las persecuciones del Gobierno.

Para la comunicación con el esterior, mis amigos habían descubierto, que podían llegar á la casa que yo debía ocupar, entrando por una tienda situada á espaldas de aquella. En cuanto á salidas apropiadas para caso de fuga, las había que ni mandadas construir expresamente.

Mi amigo Montalvo, cuidó de mostrarme que, oculto bajo el tapiz de mi habitación, hallaría una puerta secreta, que era nada ménos que el principio de un largo sótano, cuya salida se encontraba en el convento de......

—En tiempo de la dominación española—díjome Montalvo—esta casa ha formado parte del convento. Estas comunicaciones subterráneas tuvieron fines políticos y religiosos.

Por más que quise inspeccionar aquella salida, no me atreví á penetrar en ese antro tenebroso, del que se desprendía húmeda corriente de aire pesado y frio.

Pasado dos ó tres días, comprendí que en mi nuevo domicilio, gozaría de completa paz y tranquilidad. La familia se componía de tres personas, inclusive el empleado del Ministerio; las otras dos, eran una viuda que frizaba en los cuarenta y cinco años, y su hija de veinte, poco más ó ménos.

La señora se ocupaba de los quehaceres de la casa, y era sumamente hacendosa modesta y amable. La jóven pasaba su tiempo, leyendo libros místicos, tocando el piano ó bordando con grande habilidad.

En cuanto á su físico, sin ser hermosa tenía esa belleza simpática de la juventud; su mirar dulce y

lánguido, y su voz suave revelaban una alma sentimental y tierna. El pálido color mate, más aún, enfermizo la hacían aparecer cual una de esas flores encerradas en su invernadero, que no han recibido jamás los rayos del sol, que las vivifica y colora. Comprendí desde luego, que allí había una vida tan sedentaria del cuerpo como del espíritu, y tan exenta de pasiones como de placeres.

La señora, vivía de un pequeño montepío que al morir le dejara su esposo, quedando ella inscrita en la lista de las viudas de empleados civiles. Su hermano y mi amigo, les daban «*casa* y *mesa*» y era así cómo las dos mujeres, pudieron subvenir á sus gastos personales, con el reducido montepío que, malamente pagado, no les ofrecía seguridad ninguna.

Las salidas fuera de casa, tanto de la madre como de la hija, limitábanse á la misa de ocho de la iglesia vecina.

Inútil sería decir que, las visitas no se conocían en la casa; á no ser que por tales se contaran las de algunas beatitas de «correa á la cintura» y rosario á la mano, que muchas veces sin tomar asiento, llegaban y volvían á salir para «darle la voz á Lucía» por ser hora de la distribución.

Y aunque debiera contar como visita, la de un señor canónigo, que de vez en cuando iba á pasar largas horas al lado de éstas, sus hijas de espíritu, no lo hago ateniéndome al dicho de la buena señora, que muy convencida decía: — El señor Plácido que es un sacerdote ejemplar; no viene por visitarnos

sino por dirigirnos. Como él es nuestro padre espiritual......

La señora Clemencia y su hija Lucía, prodigaban toda suerte de homenajes al señor Plácido, y él retornábales su afecto, con buenos consejos y halagos que ellas estimaban en mucho.

Un día que una amiga de Lucía, dióle el título de Monseñor, queriendo sin duda manifestarle mayor consideración, díjole él:—Nó hija, no te apresures tanto; todavía no soy Monseñor; pero ya llegará el día que lo sea.

Para desviarme de toda mala sospecha, á causa de las frecuentes visitas del futuro Monseñor, principié á notar que Lucía me miraba con ternura, y no perdía ocasión de venir á mis habitaciones, ya fuera pretestando traer algún objeto que yo necesitaba, ó bién para anunciarme la llegada de algún amigo que muy ocultamente venía á buscarme. Y cuando yo salía de mis habitaciones, lo cual acontecía raras veces, encontraba al regresar, que ella había colocado sobre mi escritorio, alguna flor, que de ordinario era un clavel blanco ó encarnado. Estas flores, cojidas por su mano de los tiestos que adornaban los corredores, tuvieron para mí un lenguaje que no podía dejar de comprender. Lucía había principiado á amarme.

Si mi aversión al matrimonio no hubiera sido tan grande, tal vez hubiera pensado en él, después de conocer á esta virtuosa y bella jóven; pero yo entónces estaba muy léjos de doblar el cuello á la coyunda matrimonial; siempre he creído que para

ser conspirador y político atrevido, es necesario ser completamente libre, sin obligaciones ni deberes de padre de familia.

¿Por qué el amor no nació entónces en mi corazón?......

Aquel corazón de niña, aquella alma virginal, inocente y pura, inspirábame interés, ternura, más nó pasión; y no pudiendo hacerla mi esposa, parecíame ruin profanación, acercarme á ella, con malévola intención; y más aún prevalido del asilo que recibía en su casa.

Siempre fuéronme odiosos esos hombres alardeadores de conquistas amorosas, que con la inconsciencia del idiotismo, profanan lo que en el corazón de la doncella hay de más delicado y hermoso; sus impresiones amorosas. Creo que de todas las cobardías del hombre, ninguna tan reprensible, como la de seducir, ó simplemente engañar, á la mujer, cuyo porvenir está vinculado á las impresiones de su corazón.

También es cierto, que yo me encontraba en ese estado de ánimo en que el amor necesita incentivos más poderosos que los que puede ofrecer una pudorosa jóven, á la que no es dable hablar de amor, sino con sanas intenciones; y preciso es confesarlo: los hombres llegamos al matrimonio conducidos por la pasión ciega, por el interés de una fortuna ó por cualquiera otra causa, en la que entra por ménos la estimación de las bellas cualidades de la mujer: no había, pues, móvil suficiente que me indujera á casarme con Lucía.

Y yo á cada paso recibía pruebas elocuentes del amor de Lucía; y la veía temblar, palidecer, á la idea de cualquier peligro que me llevara ó alejara de su lado.

¿Presentía tal vez lo que debía suceder? No lo sé.

***

En el reloj de campana del comedor, acababan de sonar las siete de la noche. Lucía de codos sobre la mesa, parecía sumida en dolorosas reflexiones. Largos suspiros se escapaban de su pecho, y me pareció ver brillar una lágrima en sus ojos.

Yo habíame retirado á mi escritorio para ordenar algunos papeles que pensaba sellar y entregar á Montalvo.

De súbito sorprendióme el ruido de voces semejantes al de varias personas que disputaran acaloradamente; y casi al mismo tiempo, Lucía entrando desalada á mi habitación, cerró la puerta torciendo la llave, y como si esto no fuera suficiente, corrió un largo cerrojo del que jamás se hacía uso; luego azorada, balbuciente, y con el semblante demudado por el terror que en él se retrataba, díjome:—La policía!...... Sálvese U. por aquí!......

No bién hubo ella pronunciado estas palabras, cuando dejáronse sentir, golpes repetidos y furiosos, dados en la puerta, cual si pretendieran forzarla á culatazos.

Con ajilidad y fuerzas extraordinarias, Lucía había retirado una cómoda–escritorio que colocada intencionalmente allí, servía para ocultar la entrada al sótano. La impresión de susto, fué tan violenta en mí, que no atiné á prestarle ayuda á Lucía; y ella volviéndose á mí, con enérgico acento, díjome:—Huya U!......

Yo me arrojé á aquel antro, y la puerta cayó casi empujando mi cuerpo. Luego sentí rodar muebles y el estrépito de la puerta forzada por los policiales, fué seguido del ruido seco, pesado como el de un cuerpo que cae al suelo; era Lucía que privada de conocimiento, había caído desplomada, como herida por el rayo. Y yo allí bajo de sus piés, adivinaba y comprendía cuanto pasaba.

Sin atreverme á dar un solo paso, principié á tantear los objetos ó las dimensiones de aquel sótano. Las tinieblas más impenetrables, rodeábanme y me imaginaba que al primer paso que yo diera, podía caer en algún nuevo abismo.

Un temor asaltóme luego: si como era lógico presumir, la policía había sido traída por algún enemigo mio, ó quizá por algunos de los que se decían partidarios míos, ese escondite en que yo me hallaba, no debía serles desconocido.

Momento á momento, esperaba ver levantarse aquella puerta, y venciendo mis temores, me propuse alejarme de allí, arrostrando los peligros para buscar salida al convento á donde yo contaba encontrar buena acojida. Pero no bién hube dado algunos pasos, cuando tropecé y hube de dar una caída. Era

necesario resignarme á esperar que me viniera algún auxilio de fuera.

Sobre mi cabeza sentía el ruido sordo, producido por el ir y venir de los gendarmes que, á modo de trahilla de sabuesos, me andaban buscando.

En el instante más angustioso de mi situación, hirió mi vista el lejano punto luminoso de una linterna. Era Montalvo que en compañía del Prior del Convento, venía á prestarme auxilio.

Después de nó pocas alarmas y peripecias, llegué á salir al Convento de...... Allí hallé benévola acogida, pero me fué forzoso vestir el hábito de los padres del convento, y pasar á los ojos de los legos por un hermano recién llegado.

Nuestras precauciones para guardar el incógnito, fueron tales y tantas, que solo estababan en el secreto, el Prior y dos ó tres de los de mayor confianza para él.

Preocupado con mis angustias y zozobras de conspirador, apénas si tuve tiempo de consagrarle un recuerdo á Lucía; esa candorosa criatura cuyo afecto talvez me hubiera salvado de pasiones que debían ser más tarde la causa única de mi completa ruina, y de los irreparables males que han agobiado mi vida.......

¡Silencio! No quiero truncar el curso de los acontecimientos, que deben formar la historia de mi vida política. Aún me queda algo que relatar. Continuemos.

***

Á un periódico *gobiernista* le vino en gana dar la *noticia de sensación* de hallarme yo en el convento de...... (aquel en que yo me encontraba) y por ende pedía que debía vigilársele (siempre los periódicos han gustado decir secretos en público.)

Víme, pues, obligado á colgar mis hábitos—y dicho sea en su honor, encontréme cómoda y holgadamente, cual si hubiera vivido con ellos toda mi vida.

Debido á las influencias del prior del convento, alcancé el especial favor de que me ofreciera alojarme en su casa, un señor Obispo de muchas campanillas, á donde muy sijilosamente me trasladé, en horas avanzadas de la noche.

Pero es el caso que el señor Obispo, cuál si en mi figura hubiera columbrado la del mismísimo Lucifer en persona, espantóse atrozmente al verme en su propia morada; y arrepentido de su amable ofrecimiento, muy cortesmente y con tono almibarado díjome:—U. sabe señor Bello que en mi condición de pastor evangélico de las almas, no me es permitido ocultar á un conspirador, perseguido por el Gobierno; y lo más que por U. puedo hacer, es proporcionarle un asilo seguro, muy seguro.

Ganas me dieron de contestarle:—Y entónces ¿por qué me ha hecho U. venir á su casa arrostrando tantos peligros, y confiado en su generoso ofreci-

miento? Pero temí desafiar las iras del señor Obispo, que bién sabía yo, eran nada cristianas, y acepté su *bondadoso* ofrecimiento.

Qué de peripecias para trasladarme á aquel asilo *seguro* según opinión del señor Obispo, mi antíguo amigo.

Una noche pasé de claro en claro en la alcoba de una hermosa jóven, azas conocida en esta sociedad, por su bién conquistada reputación de linda y salerosa. Y no hay que adelantar malos juicios; ella me hizo compañía muy circunspectamente, y yo la entretuve hablándola de sus muchos pretendientes.



También estuve en la morada de un mi amigo y partidario, cuya familia, compuesta de su madre y dos hermanas, vivían pobremente en realidad; pero con apariencias de lujo y comodidades. Ninguna de las tres mujeres, tuvieron conocimiento de que yo era su huésped, y que por la proximidad de mis habitaciones á las suyas, podía observar hasta sus menores acciones.

Como muestra de la forma insegura y falsa, bajo la cual subsisten ciertas familias en Lima, haré aquí lijera reseña de las condiciones de vida de estas mis buenas vecinas, cerca de las cuales viví, no más que algunos días, y de qnienes guardo vivo recuerdo.

Como en estilo vulgar se dice, «la candela no se

encendía en la casa». Por la mañana, y haciendo las veces de almuerzo, se comía *cualquier porquería*, según el decir de la señora mamá. Pasadas las horas de almuerzo, tanto ésta como las dos jóvenes, se emperejilaban para ir á pasar el dia en casa de alguna amiga, donde lo suculento de la comida, venía á compensar lo flaco del almuerzo. Dicho se está, que estas amigas debían ser á precisión, gente dadivosa y que gozaba del *confort* de la vida.

Asi pasaban estas tres mujeres, ocupadas en las modas, en los noviazgos, en los matrimonios mal avenidos, en las novias enamoradas y *plantadas* por su amante; y en este batiburrillo de cosas mundanales, también entraba algún sermón muy «bién predicado» por el señor tal, ó cualquier otro comentario místico, ensartado con el mismo calor, en el cuerpo de sus animadas conversaciones.

Un día la señora hablaba muy indignada.

—Qué se habrá imaginado—decía—¡Un boticario! Qué lindo fuera que nosotras que estamos en la primera sociedad, resultáramos con que Lola se casaba con un boticario!...... Si se habrá creído el vendedor de *ingüentos* que con sus cuatro *riales* puede enrolarse con una familia de la aristocracia!......

—Sí mamá; pero al paso que vamos, concluiremos por morirnos de hambre—observó la interesada.

—Morirnos de hambre! cuando tenemos tan buenas amistades!...... Eso sí que nó. Lo que es por mí, yo prefiero *lamber* la tierra ántes que descender de mi clase. El hambre no debe de hacerla á *una* olvidar, que *una* tiene sangre azul en las venas, y que

sus abuelos fueron de los más nobles y sus padres tan nobles como ricos. El hambre puede taparse, miéntras que la vergüenza de tener en la familia una gentuza mal nacida ¿quién puede taparla?

—Pero mamá, si él es un hombre honrado, y todos lo estiman quién sabe más que á nosotras.

—Calla tonta; no hables disparates! La aristocrácia es la aristocracia, y nunca habrás visto en un salón, un vendedor de jeringas.

—Sí, buenos ladrones son tus *aristocracias*—dijo Lola algo emberrenchinada.

—*Quimportá* eso; cuando *una* pertenece á la primera clase, *una* puede hacer todo sin perder nada. ¿Que tú no sabes eso?

—Sí, mamá—observó la segunda—lo principal es que no perdamos nuestras amistades; así podemos esperar...... ¡quién sabe!...

—Ya lo creo, el que tú y Lola se casen con el mejorcito de Lima.

Y Lola enfurruñada contestó:—Sí, hace diez años que estoy esperando eso que tú me dices, y ya tengo...... tú sabes bien cuántos...... y ¡qué!

—Bueno...... bueno. Lo principal es mantenerse *una* en la *posesión* social en que *una* ha nacido, y no irse á emparentar con gentuzas que le hacen á *una* perder mucho sin ganar nada.

—Claro, yo digo lo mismo—agregó la nó interesada.

No dejé de maravillarme al ver estas tres mujeres que, sin contar renta ninguna, se veían precisadas á

ir de visita á las horas de comer donde sus amigas; y no obstante, manifestábanse furiosamente ofendidas de que un boticario, que tenía *cuatro riales,* es decir, un regular capital, pretendiera casarse con Lola, la mayor, la cual, dicho sea de paso, frisaba en los treinta años.

Más como las necesidades de su vida, no estaban concretadas á las que les dejaban sentir sus flacos estómagos, sino que debían llenar otras, igualmente imperiosas, sucedía que para arbitrarse dinero, hacían rifas de joyas ó encajes, ó demandaban limosnas pretestando socorrer á los pobres. Su proximidad con las familias aristocráticas, las pusieron al abrigo de toda sospecha respecto á estas estafas.

Y así, viviendo puede decirse, merced á los sentimientos caritativos, que en Lima, más que en parte alguna, son generosos é infatigables, mis buenas vecinas, vivían convencidas de pertenecer á la alta clase, tán solo porque allí, hallaban la complacencia de sus protectoras.

Esto no es nuevo en Lima, y puede comprobarlo todo el que quiera escudriñar de cerca esta sociedad, donde el comunismo tácitamente establecido, es el gran recurso de cierta clase de gentes que, imbuidas en aristocráticas ideas, y persuadidas que el ganar la subsistencia por medio del trabajo, es desdoroso y denigrante, transijen con toda suerte de humillaciones, á trueque de vivir *aristocráticamente.*

Y lo que hay de curioso, en la vida de estas mujeres es que, después de haber apurado tan crueles humillaciones y continuadas angustias para sostener

su falsa posición social, llegó un día en que, por dicha suya les cayó, como llovida del cielo, una inesperada y regular herencia: y entónces en vez de asegurar bajo de siete llaves esa pequeña fortuna, que las ponía al abrigo de la miseria, colocándolas en es á la vez feliz y tranquila *medianía;* ellas se dieron á la vida faustosa y derrochadora, y desplegaron el lujoso tren de la gente adinerada, quedando establecida «la mesa de rocambor;» y los convites y tertulias sucediérónse hasta que, agotado el último cuarto de la herencia, volvieron muy presto á sus atrenzos pecuniarios y á sus visitas con los estómagos escuálidos.

El tipo de mis vecinas, lo doy como cosa corriente y natural en Lima.

IX

Acercábanse ya las épocas eleccionarias, y el Congreso, para manifestar su imparcialidad, expidió un decreto de amnistía á favor de todos los enjuiciados y perseguidos por causas políticas.

Con tan favorable cambio de situación, mis amigos y partidarios pusiéronse todos en movimiento, y alborozados y llenos de esperanzas, principiaron de nuevo sus trabajos para organizar mi partido; y yo siguiendo tan benéfica iniciativa, lancé mi candidatura como quien lanza una jauría para atrapar una presa.

Cuán largo sería preciso que yo escribiese, si hubiera de esbozar siquiera aquí, mis impresiones de candidato, y jefe de partido! Cuando nos vemos rodeados de esas multitudes entusiastas, cuyo vocerío

resuena tan deliciosamente en nuestros oidos, porque es la expresión del entusiasmo—cierto ó fingido, que en esos casos lo mismo dá—de nuestros partidarios; cuando nos hallamos adulados, admirados, perseguidos por grupos de hombres, todos ansiosos de acercársenos, de hablarnos y estrechar nuestra mano, y solicitar una sonrisa, una mirada, una palabra cualquiera, que le deja satisfecho y feliz, ó triste y desesperado, según sea el sentido de ella, á aquel á quien la dirigimos.

La *vanidad*, esa hidrópica que jamás se satisface, nos dice entónces de contínuo al oído:—*aún quiero más*, y miéntras la satisfacemos, sentimos ese goce, si no superior á todos, cuando ménos tan íntimo y delicioso, como el que más.

Entónces, ya no nos parecen nauseabundos los bahos del obrero desaceado y sudoroso, ni el tufo alcoholizado del borracho grosero y petulante; y ni todas las exigencias de los traficantes y expeculadores, que no son pocos, ni todas las groserías de los patanes que no son ménos, agotan nuestra paciencia, con tal que todos esos hombres sean, una cifra que podemos agregar para completar el número que necesitamos.

Los candidatos hemos establecido en Lima la costumbre de las «exhibiciones del partido.»

Vano es decir que esas pomposas exhibiciones, no son más que farsas ridículas, que tan solo sirven para pervertir al pueblo, dándole la medida de la pequeñez y miseria de su candidato; pues que es el pueblo el principal actor de esas patrañas, conque se pretende engrandecer á alguna bién pobre figura política.

Dias ántes del solemne paseo, soltábamos unos cuantos capituleros, ó «jefes de sección» para recojer partidarios, tomándolos hasta en los cuchitriles, de los *callejones* de Lima; y el «día de la exhibición» se nos presentan ellos con sus legiones de hombres «medio *chupaditos*» según su gráfica espresión; y para darles toda la apariencia de órden y buena organización, deben estar divididas y numeradas por secciones, correspondiendo cada *club* á una de las parroquias de la ciudad, y llevando á modo de distintivo, una banderola, en la que se lee, el número de la parroquia á que pertenece.

Estas ruidosas manifestaciones, aseméjanse más á una de esas procesiones carnavelescas, del *buey gordo parisiense*, que á una ceremonia prévia (como debiera ser), para ilustración y enseñanza del ciudadano; y en cuanto á su objeto, no tienen otro que dar pábulo á la vanidad de los candidatos, que siempre nos pagamos de apariencias mejor que de realidades.

En un punto dado, y á una hora fija, reunióse todo mi partido, para salir de allí atronando las calles principales de la ciudad, al son de músicas y cohetes, y dejando tras sí, el eco del de los que iban victoreándome con gritos de: *Viva el Coronel Bello. Viva el Candidato popular!*.......................

Aunque á esas exhibiciones concurren algunos hombres de «posición social» no siempre son de los que llamamos «independientes» de convicciones y principios ajenos á toda mira interesada y especuladora; por regla general, puede decirse que so-

breabundan los vividores, trapisondistas y jorrones; los que viven medrando con la política de su patria, sin importarles cosa las cualidades ciertas ó supuestas del candidato.

Y no se diga que esto solo puede aplicarse al pueblo; también «la gente decente» que decimos en Lima, se afilia solo al partido que lleva mejores probabilidades de triunfo, sin que las ideas, ni los intereses de la patria, entren ni aún por ápices, en esas predilecciones á favor de tal ó cual partido; y en prueba de esta afirmación, citaré el que cada uno de los bandos, lleva el nombre de su candidato, sin que ninguno proclame una idea que le diera derecho á titularse, ya sea *conservador, liberal, radical* ó cualquier otro título, digno de un partido

No me explico cómo puede suceder que ciudadanos ilustres de verdaderos méritos y valimentos, se prestan para dejarse exhibir, formándole cola á un candidato, que casi siempre es un hombre, levantado como yo, por los vientos de la fortuna, ó quizá más bién, por vientos cargados de pestilenciales miasmas sociales.

Y no se dirá que en mi partido no habían hombres de calidad, de los que se llaman *ilustres*, ó cuando ménos, que pertenecían á la alta clase social; esto no impedía para que todos se agruparan allá á mi alrededor, mezclados y confundidos con esas turbas de vividores, cuyo entusiasmo compramos, pagándolo como cualquier otro medio de aviso ó propaganda del partido, que, en días tales, más que nunca, debe probar su fuerza y popularidad.

Nadie, ningun otro candidato, hubiera podido entónces decir como yo decía, que tenía verdaderos partidarios; hombres que serían capaces de dar mil veces sus vidas por defender mi persona, y este convencimiento nacía de pruebas palpitantes que entónces me daban mis amigos.

Los hombres de algún mérito que rodeaban á los otros candidatos, mis contendientes y rivales, más que partidarios de ellos eran enemigos míos.

Siguiendo la práctica de candidatos de alto rango y aprendices de idem, principió para mí la série de banquetes, que son para el candidato, lo que el *reclame* para los inventores de drogas curativas.

Y banquetear, es un verbo, que sin duda ha sido aceptado, para el uso esclusivo de los candidatos en auge. En Lima, los hombres públicos necesitamos ser como las mujeres públicas; comer tantas veces cuántas sea necesario para conquistar á un amigo.

Después de un mes de vida de no interrumpidos banquetes, tuve necesidad de acudir á mi médico por hallarme horriblemente indispuesto del estómago.

*
* *

No necesito decir, que fué necesario fundar un periódico. Un candidato sin periódico, es como santo sin devotos ó muchacha sin *piquines*.

Ajustándome á la práctica, fundé yo mi périódico; es decir, lo fundaron mis amigos con mi dinero.

¡Ay! y cómo especulan los editores, la vanidad de los candidatos! Ellos hacen el caldo gordo, con los que muy púdicamente llaman sus *amigos* ó sus *candidatos*, cuando en realidad somos las víctimas de sus marrullerías, que nos dejan turulatos y lelos, cada y cuando nos llega la cuenta del amigo *editor*.

Mi papelucho aquél, que con toda propiedad puedo decir, que me costaba un ojo de la cara, fué bautizado con el pomposo título de *El Demócrata;* y este demócrata, no tuvo otra divisa, que poner de manifiesto, como es de uso entre candidatos, mis grandes aptitudes y méritos; no solo de estadista, diplomático, codificador, político, sino también de guerrero. (Es de advertir que haber bién ó mal guerreado, es, en el Perú, título de gran valía, para un candidato;) pero sobre todo, debía resaltar notoriamente, mi acrisolada honradez; esto de la honradez, es punto sobre el cual precisa recargar la paleta con sumo tacto y discreción, máxime cuando el candidato ha sido, como lo fuí yo, acusado de malos manejos de la hacienda pública. Y aunque esta acusación, nadie la haya formulado, llega hasta nosotros, cual sordo

rumor; y por lo mismo, precisa insistir y repetir en todos los tonos imaginables, que el candidato es crisól de pureza y de inmaculada honradez.

Y la verdad sea dicha: con tal maestría y elocuencia, se portaron mis amigos, y tal maña se dieron para demostrar tan claro como la luz del día mi honorabilidad y la alteza de mi conducta, que concluí por convencerme, yo mismo, que aquello era la verdad pura y neta, sin sombra de mentira ni adulación.

Y conste, que con frecuencia acontecía, el ser yo, el más activo colaborador de mi periódico. En los primeros días, cuando aún no estaba familiarizado, con ciertas prácticas usuales, confieso que me era algo durillo, aquello de tomar la pluma para aplaudirme yo mismo, y atribuirme méritos y cualidades de que cerecía; pero muy luego, adquirí el desparpajo y la impavidez, de un candidato veterano; y como la cosa más natural del mundo, llenaba cuartillas y más cuartillas, que principiaban con éstas ó semejantes palabras: «El Coronel Bello, ese estadista notable en el que están hoy fijas las miradas de toda la Nación, reunió ayer en su casa á un grupo de sus numerosos amigos, para obsequiarles con un opíparo almuerzo, en retorno de los muchos que se le han dado.»

Otro día decía: «El Coronel Bello, ese filántropo amante del pueblo, estuvo ayer á visitar el Hospital de...... y ¡quién había de creerlo! hasta en ese lugar, ajeno á todo partido, quisieron los empleados y hasta las Hermanitas de Caridad, tributarle una elo-

cuente ovación; y fué victoreado y agasajado por todos los que entusiasmados, le señalaban diciendo: —«Ese es el futuro Salvador de la República.»

Y diariamente, era necesario llenar las columnas de *El Demócrata*, con artículos editoriales ó de crónica que, asi no fuera más que indirectamente, tuvieran relación con mi persona y mi candidatura.

Felizmente, mis enemigos me prestaban importantes servicios en este punto.

Qué tontos son los hombres públicos, que se enfadan porque tienen enemigos! Difícil, casi imposible, le sería al candidato, sostener periódico si no tuviera enemigos.

¿Quién refutaría nuestros asertos, dándonos lugar á la réplica? ¿Quién nos atacaría, presentándonos ocasión de hacer resaltar las cualidades del candidato?

No son los amigos, sino los enemigos los que con mayor afan leen nuestro periódico, y siguen nuestros pasos.

Y luego en el terreno político, cuánta importancia presta eso de *tener enemigos*.

Cuando un chizgarabiz, principiante *de candidato* (también los hay en Lima) habla de sus enemigos, todos los que tal escuchan, sienten el cosquilleo de la risa que inspira un alardeador pretencioso; pero cuando se trata de un hombre que con toda propiedad habla de *sus enemigos*, esas dos palabras vienen á ser sinónimo de estas otras dos: *mi grandeza*.

En política son más constantes los enemigos con

su ódio, que los amigos con su amor; y aquellos cooperan más eficazmente al engrandecimiento del candidato, formándole esas campañas que, bién ó mal libradas, son las que dan renombre y lustre al hombre político.

***

Los candidatos nos hallamos en la ineludible necesidad de explotar las malas pasiones del pueblo; pues que son las más apropiadas para servir de elemento explosivo, en la hora del combate. Mis enemigos me lanzaban emponzoñados dardos, explotando la aversión ó inquina que por aquella acasión manifestaban las clases altas, en contra del militarismo; yo á mi vez, en revancha, tomé por arma ofensiva, el ódio de razas que en el Perú, germina latente, pero listo para hacer explosión.

Y con tal intento, yo azuzaba á las razas inferiores, indios, negros y mestizos, manifestándoles que eran víctimas de las extorsiones de la raza opresora; de aquella cuyas depredaciones y latrocinios—decíales yo—eran causa única de las desgracias y trabajos que en su vida pasan los *pobres*.

Nada gusta tanto al culpable ó desgraciado, como el que le señalen al causante de sus faltas y desdichas, en otra ú otras personas, á quién él pueda castigar. Así fué que el pueblo, que es en el Perú indolente, perezoso, derrochador, vicioso é imprevisor, holgóse grandemente al encontrarse que se le seña-

laba á *los blancos*, como los factores únicos de las culpas y desvíos de *los pobres*.

Y al presentarme yo, como el vengador de los agravios sufridos y «los derechos conculcados» no necesitaba más para ser llevado á los cuernos de la luna.

El pueblo es crédulo y fácilmente se le engaña: máxime si se le habla de «*reivindicar los derechos de la justicia*», ó mejor, de conquistar *la igualdad, la fraternidad* y la *perfecta felicidad*, que, muy solemnemente le prometemos; ó de cualquiera otra zirigaña con que los candidatos, embaucamos á los inocentes y crédulos.

De mí sé decir, que estas artimañas diéronme magníficos resultados; tanto que, más de una vez, asustado de las proporciones que tomaba aquella chispa, encendida por mi mano, y que amenazaba tomar las proporciones de un incendio, temí por mi propia seguridad.

De entre la gente del pueblo, llegaban hasta mí diálogos semejantes á éste:

—Ya llegará el día de cortar cabezas—decía un hombre del pueblo, refiriéndose á los *blancos*, nombre depresivo é insultante, con el cual, la *gente de color*, como aquí decimos, designa á la clase alta, formada en su generalidad, por la raza blanca.

—Yo he oído decir—agregó un indígena—que el Perú con todas sus riquezas, fué de nosotros, y que ellos nos robaron y nos pusieron á trabajar.

—Si matar blancos es matar ladrones,—repuso

un hijo de la ardiente África; lo cual fué confirmado por otro que agregó:

—Por eso yo me meto en las elecciones; porque así me agarro de la ocasión, y entónces les ajusto la cuerda á todos y puedo hacerles que me *paguen* las hechas y por hacer.

—Quitarles su plata, es agarrarnos lo que ellos nos han *robau*.

—Y las elecciones son la ocasión *pa* que nos *hombriemos* con ellos.

—Ya verán esos *blancones* lo que puede el pueblo.

—A bién que tenemos *uno* que nos proteja y nos dirija—observó un tercero.

—Sí; y ese dice que el «pueblo es rey» y que por supuesto, nadie debe mandarnos.

—Es necesario que no quede un solo *blanco* con vida—dijo enérgicamente el primero que había hablado.

Y á semejanza de estos diálogos, fueron los que hasta mí llegaron, como expresión de las ideas que predominaban en mi partido.

***

Es necesario haber visto esa abigarragada mescolanza de hombres de todos colores y razas, desde la que nos trajeron de Mozambique, hasta las que, cruzada con la raza europea, lleva cabellos y pelo de barba rubios; es preciso haber visto aquel enjam-

bre de hombres, ignorantes de la importancia de sus deberes y preocupados, nó de las cualidades del candidato, ni de la conveniencia de su elección, sino sola y esclusivamente de aquello que puede servir para la satisfacción de sus propios vicios y groseras necesidades. Emporcachados y beodos, guapeando ántes del peligro, y cobardes así que llega la vez de afrontarlo, por faltarles las convicciones que en tales situaciones vigorizan el ánimo; es necesario haber visto todo eso, para medir hasta qué punto es imperfecta nuestra manera de ser en todo lo que se refiere al voto electivo de los pueblos.

No obstante, preciso es confesar que, es allí entre la gente sencilla y sana en sus costumbres, donde suele encontrarse al verdadero patriota; el que con su despreocupación y desprendimiento natural, abandona su chacra ó su taller para ir á cumplir sus deberes de ciudadano; y se presenta allí, abrochado su levita nueva, y brillando su camisa limpia, tieso, circunspecto, considerando el Comité como el templo donde debe cumplirse la ley.

Estos son raros y el tiempo concluirá por dar fin con esos buenos ciudadanos.

Hoy, sobre-abunda la gente resabiosa, calculadora y desconfiada, los que han perdido la fé en la rectitud y honradez de los candidatos, y comprenden que son explotados y que deben á su turno explotar ellos.

Mis amigos, aquellos más diligentes, ó mejor dicho más interesados, formaron el Comité Directivo y arreglaron un local con el objeto de reunir allá á

mis partidarios. Estas reuniones, son indispensables para organizar el partido, y hacer uso de la palabra y del *pisco*, (aguardiente) más elocuente éste que la primera, para mover el entusiasmo de los ciudadanos.

Dicho se está, que la casa estaba de bote en bote, en los días señalados, amen de otros en que expontáneamente se reunían. En cuanto á peroraciones y discursos de *efecto*, fueron tantos, tan entusiastas y encomiásticos, que más no serían si de conquistar el mundo se tratara.

Y cada vez que el alcohol hacía subir el termómetro de su entusiasmo, juraban derramar su sangre en pró del candidato de sus simpatías.

La toma de mesas!......

Cuestión de reformas de la Constitución, de las que no quiero hablar aquí.

Solamente los que hemos vivido en estos pueblos, donde sucede que, proclamando la justicia, triunfa la fuerza, y con el nombre de *votaciones* se dán batallas reñidas, podemos conocer hasta qué punto son temerarias é incorrectas, las campañas electorales.

Bastará apuntar que entónces, sucedió lo que en estas Repúblicas de América siempre ha sucedido: el Gobierno lanzó su candidato *oficial*, y después de las elecciones yo y todos mis partidarios, nos quedamos mirándonos las caras.

El candidato oficial obtuvo el triunfo!!..............

Tan injusta derrota, debía sublevar tanto más los ánimos de mis partidarios, cuanto que todas las

probabilidades de triunfo, estuvieron de parte nuestra; esta fué al ménos nuestra convicción; y un partido que ha sido víctima del fraude y la violencia, queda autorizado para tomar el camino de las conspiraciones.

Los candidatos impuestos por la fuerza de las bayonetas, son sin duda una de las primordiales causas que entre nosotros han dado vida al conspirador político. Yo de mí sé decir que, apesar de mis ambiciones, de mis gustos y tendencias, quizá si me hubiera eximido y para siempre alejado de la vida del conspirador; quizá si la experiencia recogida, y las decepciones previstas, me hubiesen dado el dominio suficiente para sobreponerme á mis naturales tendencias y poderosos instintos. Haré constar sí, que inicuamente derrotado me consideré legalmente autorizado para conspirar. Y entónces me dije, como se han dicho otros muchos en el Perú:—Cuando no se puede entrar legalmente por la puerta, se entra violentamente por la ventana.

Los abusos que vienen de arriba, dán vida á los que nacen abajo. Cada imposición tiránica de un Gobierno, engendra un conspirador.

Comprendí no obstante, que cuando ménos por corto lapso de tiempo, me sería forzoso resignarme con aquella situación ántes de llevar á la práctica mis propósitos revolucionarios.

En el Perú, los Gobiernos son como los sirvientes; todos son buenos al principio, y para pensar en derrocarlos, precisa esperar que pase el entusiasmo del primer momento.

X

Pasadas las luchas eleccionarias, y naufragada mi candidatura, me hallé como el que cae de una inmensa altura á un estrecho sitio que no le deja lugar á movimiento alguno.

Mi fortuna, aquella que pude allegar en el Ministerio de Hacienda, estaba casi arruinada, ó más bién diré agotada, puesto que los gastos habían excedido á las entradas.

¿A qué arbitrio recurriría, cuando ya no tuviera dinero para subvenir á mis necesidades más urgentes? Trabajar...... ¿en qué? ¿cómo? ¿de qué manera? ¡imposible!...... El trabajo me horrorizaba. Recorría todos los caminos que sin rebajar mi dignidad ni herir mi amor propio podía seguir, y todos los hallaba inaccesibles. ¿En qué puede ocuparse el

hombre público, que ha sido caudillo revolucionario, y candidato eminente?......

Cuando aún resuena en nuestros oídos, el clamoreo de nuestros partidarios, y la adulación de nuestros amigos no es posible la serenidad de ánimo que requiere el trabajo, ya sea físico ó intelectual.

Y luego, es casi imposible descender desde las alturas de una candidatura presidencial, ó la jefatura de un partido para ir á enrolarse entre el vulgo que vive de su trabajo.

Las Cámaras que son el refugio de los candidatos *boleados*, no pudieron serlo para mí, por estar aún lejana la época eleccionaria.

La verdad es, que yo me encontraba como si me hubieran mutilado de piés y manos, tan inhábil me sentía para todo otro trabajo que no fuera conspirar; conspirar, ya fuera como caudillo revolucionario ó como candidato para vencer á mis contendientes y rivales.

Y después de pasar todo un día combinando revoluciones y fraguando conspiraciones, sucedíame que dormía mal, sobrecogido por visiones y sueños que terminaban en angustiosas pesadillas.

Muchas veces me acontecía, dejar el lecho apresurado, vestirme agitado, nervioso, y luego correr á la calle, resuelto á buscar á mis amigos para participarles que me lanzaba á la revolución, que era necesario levantar la bandera que había de poner en pié á todos los pueblos de la República...... Sentía en mí un algo inexplicable, que me compelía á

conspirar, como si yo llevara en mi sangre, el fuego inextinguible que puede encender un pueblo con la rapidez de la chispa eléctrica. Y calenturiento, sobreexcitado por mis propias ideas, me lanzaba á la calle, esperando contagiar á cuántos encontrara del entusiasmo que á mí me devoraba.

Y sin haberme atrevido á hablar á un solo amigo, yo regresaba á mi casa, cabizbajo, desalentado, para ir á dejarme caer sobre mi lecho, quedando sumido horas enteras en las más crueles reflexiones.

En este estado de sopor de mis sentidos, permanecía largo tiempo, hasta que una nueva impresión, venía á sacarme de aquella dolorosa situación.

Así pasaba los días, sintiendo que el ocio, lentamente iba corroyendo mi espíritu, como corroe el moho una fuerte pieza de hierro.

La pereza intelectual, ese marasmo del espíritu, habíase apoderado de mi cerebro, produciéndome embotamiento y pesadez en todo mi sér.

Y así indolente, hastiado, crecía cada día más mi aversión hácia todo aquello que me trajera la idea de un trabajo físico ó intelectual.

Algunas veces me sucedía, que pasaba largas horas con la imaginación ocupada en hacer desfilar ante mis ojos, á aquellos individuos, cuyas maquinaciones y fraudes, yo conocía con sus más ocultos detalles: y entónces, arrepentíame de haber perdido tan lastimosamente mi tiempo en subir allá, donde yo debía conceptuar que aquello no era para un hombre honrado un ascenso, sino un desdoroso descenso.

Ideas sóbrias, con deducciones tristes, surgían en mi mente, y como si trabajosamente culebrearan por las circunvoluciones de mi cerebro, rara vez llegaban á su completo desarrollo.

Y de una pasaba á otra idea, y todas venían á converjer en un solo punto; y ese punto lo veía yo, entre las multitudes que me aclamaban, entre el estruendo guerrero de ejércitos vencedores á quienes yo con mi voz apaciguada mandaba, como diz que manda el Omnipotente; las embravecidas aguas del Océano.

Otras veces, sentía aversión profunda, hastío invencible por todo lo que se relaciona con la política de mi patria; parecíame que respiraba una atmósfera nauseabunda, esa que se desprende del fango social, más pestilente que el que se forma con las aguas detenidas y cenagosas. Y gustaba irme días enteros á la campiña, á la casa de algún amigo hacendado, para ver allá al hombre en su condición más natural y noble, explotando, nó las malas pasiones y la perfidia de los hombres, sino la tierra, esa madre agradecida, que siempre retorna ciento por uno. Y después de haber pasado ocho días allá, me sentía con ánimo, con disposición de vestir el traje del agricultor, y entregarme á cultivar la tierra; y mi alma se solazaba sintiéndose como aliviada de la inmensa pesadumbre de mis propias ideas.

¡Ah! quién me hubiera predicho entónces el cúmulo de decepciones que yo debía apurar! Quién hubiera podido prever la cadena de males que se me esperaban y que entónces aún podía evitar! Sí, pude

renunciar á mi vida de político, pude haber contraido matrimonio con Lucía, ese ángel de bondad que hubiera embellecido mi triste vida con sus virtudes!......

¡Pobre Lucía! Poco tiempo después supe, que pálida, ojerosa y consumida por la fiebre de la tísis, se había entregado con mayor fervor á sus prácticas devotas, rehusando el cambio de clima, aconsejado por los médicos.

—Yo no me curo con cambios de clima—decía—se equivocan los médicos, la causa de mi mal, no es el clima; es que...... he sido muy desgraciada!......

¡Ah! ella murió bien pronto, y yo entónces no supe valorizar, que pudo ser el ángel que debía salvarme; la madre de familia, el centro de un hogar que para el hombre público es cual el fértil terreno que le dá su sávia y vigoriza el frondoso árbol, que ahonda allí sus raíces para dar mas tarde magníficos frutos!..

II.

LA CAÍDA

I

Precisa hacer aquí largo paréntesis á mi historia de hombre público, para dar lugar á otros hechos que, aunque solo atañen á mi vida íntima, y á mis afecciones de hombre, debo relatar aquí, ya que se trata de impresiones que han ejercido su influjo en todos los acontecimientos ulteriores.

¡Ah! yo diría que hasta en el destino del hombre público, siempre es la mano de la muger la que traza la senda que infaliblemente debe él seguir!......

También es cierto, que la vida desocupada, y cuasi ociosa, que me era forzoso llevar, predispuso mi ánimo para cierta clase de impresiones amorosas.

El trabajo, ya sea físico ó intelectual, es el mejor preservativo contra todo género de impresiones amorosas.

El amor es una manifestación de la actividad del alma, y es posible neutralizar su ardor con la actividad corporal ó la ocupación intelectual. La mujer siente el amor con mayor vehemencia, no tanto á causa de su sensibilidad sentimental, cuanto á causa de su vida inactiva y desocupada.

Un día, conocí á una mujer y la amé; digo mal, la conocía de vista de tiempo atrás, y hasta creo que la amaba, sin darme de ello cuenta.

Yo había querido acorazarme contra esas pasiones que esclavizan, ya sea imponiéndonos el matrimonio, como imperiosísima necesidad, ya encadenándonos á los piés de una mujer, á la cual debemos sacrificarle nuestra libertad y hacerla árbitra de nuestra voluntad. Pero ¿quién puede disponer de su destino sin contar con sus propias impresiones?...... Quién, puede prever el curso que tomarán los acontecimientos?...

Hoy nos encontramos con una mujer; nos parece linda, la miramos un momento y pasamos, creyendo no volver á pensar jamás en ella. ¿Qué nos importa su belleza? Mañana no volveremos á recordarla más.

Pero quizá, miéntras la miramos, miéntras la contemplamos sin más interés que el que puede inspirarnos una hermosa obra de arte, sucede que, allá en los limbos de lo porvenir, queda desde ese momento, trazada la ruta que ha de seguir nuestro destino!......

La vez primera que ví á Ofelia fué en casa de Ernesto. Diré ántes quién es Ernesto.

***

¿Os acordais de aquel compañero de colegio, confidente de mis atrenzos estudiantales y amorosos?... pues él había llegado á ser uno de mis entusiastas partidarios; y yo le retornaba su afecto, llamándole amigo íntimo, de lo cual él vivía envanecido y satisfecho; y con las intermitencias de las amistades interesadas y calculadoras, fuimos *íntimos*, unas veces afectuosos y sinceros, otras tibios y desabridos.

Decían de él, que era envidioso (mal crónico de los pequeños) y que no podía soportar el aplauso del ajeno mérito, siempre y cuando en su conciencia. sintiera que ese aplauso era justo; no así cuando se trataba de *medianías* escasas de todo merecimiento: entónces desplegaba todas sus cualidades oratorias, para ensalzarlo y exajerando su entusiasmo, decía: —La justicia ante todo; es necesario aplaudir al que tiene méritos reales y verdaderos, para darse uno la satisfacción de *fundir* á todos los pícaros y farsantes.

La lucha por la existencia, —esa novísima invención que debiera tener su aplicación tan solo allá en las viejas y gastadas sociedades europeas, y que dá pasaporte limpio, cohonestando cuantas perfidias é infidencias sociales puedan cometerse —él la ejercía en provecho propio, sin limitación ni medida.

En su infancia, diz que probó la pobreza suma, aquella rayana en miseria; pero su familia á costa de ímprobos sacrificios, le sostuvo en colegio, hasta que se graduó de Doctor en Leyes.

Más tarde, entró á Congreso en representación de su Provincia, y allí parece que hizo el caldo gordo; pues nada ménos que en un negocito ferrocarrilero, vendió su voto en diez mil soles, y este fué el principio de su hoy regular fortuna.

El domicilio de Ernesto, situado en un barrio central y aristocrático, era una casa perfectamente amueblada, y aunque vivía con su familia, tenía su departamento independendiente, donde recibía á sus amigos.

Un día estábamos ámbos en lo que él llamaba su estudio—apesar de no tener de estudio, sino un pequeño escritorio que jamás estaba abierto y un par de estantes, cuyos anaqueles estaban vacíos, y cuyos entrepaños no guardaban ningún libro—la conversación rodaba, como de ordinario, unas veces sobre asuntos políticos, otras sobre confidencias íntimas que ambos, con la confianza que inspiran las amistades de la infancia, nos hacíamos.

En lo más animado de nuestra conversación, oímos, llamar suavemente á la puerta de entrada.

—¿Se puede pasar?—preguntó una hermosa cabeza de mujer, cuyo cuerpo quedaba oculto trás el tupido cortinaje de la puerta.

—Adelante señora—y Ernesto fué á su encuentro.

—Ya sabe U. que mis visitas son siempre interesadas, así que......

Y fijando en mí su vista, detuvo el paso y cortó la frase principiada, como si dijera:—Hay un desconocido.

—Muchos días que no tengo el gusto de ver á U.—y diciendo estas palabras, Ernesto ofreció una silla, que ella aceptó sonriéndose con esa, á la vez encantadora y triste sonrisa.

Yo la contemplaba, deslumbrado por su belleza, y adivinando que trás el velo de su sombrero, color lila con flores silvestres, se ocultaba, no solo un lindo rostro, sino también un gran espíritu y un gran corazón.

Sus ojos claros, de ese azul verdoso y poético, propio de la raza sajona, diríase que la iluminaban todo el rostro, manifestando esa movilidad, signo seguro de vivacidad de carácter, y expresión de infinita ternura.

Vestía sencillamente, sin rebuscados ni pretenciosos adornos; solo sí parecióme exhalar demasiado perfume para tan aristocrático porte.

Después que se hubo sentado con el busto algo inclinado, y abriendo y cerrando un rico abanico *color ala de cuervo*, dijo:

— Quizá he llegado á interrumpir......

—Nó, señora. ¡Ah! permítame U. que le presente á mi íntimo amigo, el Coronel Bello.

Ella, saludándome graciosamente, extendió su mano, que yo estreché conmovido deliciosamente.

Deseando Ernesto, darle á mi presentación toda la importancia necesaria, agregó en tono de broma:

—¡Ah! se me olvidaba: el Coronel Bello es el caudillo que ha de derrocar al Gobierno espúreo que tan arbitrariamente se nos ha impuesto; con que

así señora, mucho cuidadito, ya sabe U. que está U. en presencia del jefe del partido......

La dama sin darse por notificada, de las inconvenientes palabras de mi amigo—Sí, conozco de vista y de nombre al Coronel Bello—contestó mirándome con interés.

—No vaya U. á hacerle creer, que es U. su partidaria.

—Puede ser que dijera verdad, si afirmara así.

—Una mujer jóven que se entusiasma por un candidato, concluye siempre por enamorarse de él.

—¡Oh nó, nó! eso no es verdad.

Y ella pronunció esas palabras con tal vehemencia, que se colorearon sus mejillas, y su voz parecióme esparcirse en la sala como los trinos de un ave.

Yo, habíame puesto de pié, en aptitud de retirarme.

—¡Cómo! ¿se vá Ud.? preguntóme Ernesto admirado.

Sentíame turbado é intranquilo......

—Señor Coronel—dijo ella dirijiéndose á mí—si Ud. quisiera quedarse, se lo estimaría mucho; precisamente he venido á rogarle al señor que es tan amigo de Ud., para que prestáramos un gran servicio á una pobre viuda, que......

—¡Una viuda!...... veamos quién es ella y será hermosa—dijo riendo Ernesto.

—Sí, una pobre viuda, que vive en la mayor miseria. ¡Ah! si viera Ud. qué historia tan triste es la suya! Su esposo fué un militar valeroso que murió

cumpliendo su deber en defensa de un Gobierno; ella es hija de un vencedor de la Independencia, y honrada y buena como pocas. Ya Ud. vé, tiene títulos para......

—¡Cómo! y ¿con tales antecedentes, vive en miseria? pregunté yo queriendo manifestarme admirado.

—Sí, es que como su familia está entre los *caídos* no hay esperanzas de que empleen á su hijo ni le decreten su montepío.

—Esa es la parte difícil—dijo Ernesto, encojiéndose de hombros.

—Si el señor quisiera interesarse por mi protejida!......

—Señora, será para mí alto honor servir á Ud.

—Gracías, gracias—dijo ella con suma xepresión y dulzura.

Continuamos hablando de la viuda y de su desgraciada situación; de los méritos del difunto militar; de la honradez del hijo, que por no haberse prestado á una infidencia en su condición de empleado, estaba en el número de los *caídos*; de la resignación y entereza de la viuda y sus hijas para arrostrar la miseria; hablamos en fin, de todo aquello que forma la urdimbre de esta sociedad en que vivimos, asombrándonos de contínuo de lo poco y mal recompensadas que están las virtudes, y lo fácil y llano que es el camino de los pícaros. Nuestra conversación fué animada y amena, como sucede siempre que nos engolfamos en el eterno lamento lanzado por los que, quisiéramos ver al vicio casti-

gado y á la virtud recompensada. Como si el mundo fuera de ángeles y nó de hombres!......

Al fin llegó el momento en que la dama púsose de pié dando por terminada su visita.

Después de las frases de estilo de:—*Mucho gusto de conocer á Ud.*, ella agregó: Todos los Juéves recibo á mis amigos......

Yo no sé lo que la contesté; pero sospecho que no tuve acierto para decir lo que debía, porque en sus lábios dibujóse burlona sonrisa.

Así que se hubo retirado, despertóse en mí, vivísima curiosidad de conocer quién era esta simpática y hermosa dama de la cual apénas sabía yo que era una viuda de alta posición social.

—Quién es esta jóven?—pregunté á mi amigo.

No me doy cuenta de lo que en todo el tiempo de la visita expresaría mi semblante; lo cierto es que Ernesto fijó en mí su mirada, nó sin manifestarse algo asombrado; luego hizo un jesto de disgusto y guardó silencio

Quise repetir la preguuta, pero retuve la palabra al ver que él se había dirijido á su escritorio y principió á escribir, como para eludir toda respuesta.

En ese momento, me ocurrió pensar que quizá era la querida de Ernesto, y que sería poco prudente despertar sus celos; pero luego reflexioné que su distinguido porte y su aire de gran señora, quitábanme todo derecho á hacer esa ofensiva suposición, abonando en favor de la honradez de la jóven.

***

Mi curiosidad por conocer algo más que la figura de la hermosa que acababa de salir, no era del todo vana. Hay mujeres que se nos hacen interesantes desde el primer momento que las conocemos.

La curiosidad en ciertos casos no es más que una de las formas que toma el amor, para apoderarse del corazón.

Después de haberse alejado aquella mujer, quedóme en el alma algo nuevo, pero vago é indeciso, como si ténue vapor hubiérase desprendido de ella para infiltrarse en todo mi ser; como si en mi cerebro hubiera dejado una huella, ó impresión profunda, que continuába presentándome su figura, sus movimientos, su voz, su gracia, y sobre todo esto, sus ojos; dos ojos luminosos, parleros, reveladores de un mundo, para mí quizá hasta entónces desconocido.

Yo miraba el sitio donde estuvo sentada, y la ilusión era tan viva, que hubiera asegurado que estaba allí todavía, con la sola diferencia de haberse hermoseado como iluminada por misteriosa luz.

Ernesto había tomado un periódico, talvez para eludir toda pregunta referente á la dama que acababa de salir; pero yo estaba ya mordido por la curiosidad, ó diré más bién por el amor; y sin poderlo evitar repetí mi anterior pregnnta, cuidando solo de tomar el aire indolente y distraído del que habla de personas indiferentes:

—Quién es esa mujer?—dije.

—Qué mujer?

—Hombre, la que acaba de estar aquí.

—Y ¿por qué le interesa tanto conocerla?

—Por lo que nos interesa todo lo que es hermoso y simpático.

—¡Phist!...... Una de tantas...... Nó...... nó, una de tantas grandes señoronas—y después de haber dicho estas palabras con satírico acento, continuó revisando el periódico.

Yo me puse de pié, y procurando ocultar mi impaciencia, le quité el periódico de las manos diciéndole:

—Es que no le dejaré leer, si no me dice quién es, cómo vive y cómo se llama esta hermosa.

—Vaya una curiosidad muy digna del jefe de un partido y candidato á la presidencia de la República—dijo él queriendo quizá herir mi amor propio.

—Cierto, es mera curiosidad; pero me ha interesado, no lo puedo ocultar.

Y Ernesto revisando indolentemente el periódico que tenía en la mano, contestóme con negligencia:

—Pues esa mujer es tan honrada como hermosa, esto si Ud. la encuentra hermosa. Se llama Ofelia Olivas de Vesale: es decir, que es casada......

—¡Casada! esclamé yo, sin poder ocultar mi asombro.

—Y ¿por qué se asombra de que ella sea casada? tiene la primera cualidad para ello; y luego que no todos los maridos se han á de ir la otra vida.

— Pero, es que yo tenía evidencia de que era viuda.

—¡Hem! así son las evidencias de los que no se ocupan en conocer la vida de las gentes como yo, que la conozco aquí...... aquí......

Y Ernesto movía los dedos de su mano, como para manifestar que las conocía al dedillo.

Después de una pausa agregó:—Y para gobierno de merodeadores en ajeno huerto, debo decir que su corazón es fortaleza que ningún asaltante ha forzado. ¡Vaya! como que es una virtud que está fuera de duda.

En ese momento reflexioné que debía de hallarme en presencia de alguna reputación incólume para que mi amigo, cuya fama de maldiciente tenía bién ganada, se expresara de esta suerte.

—Maldita la gracia que me hacen á mí estas mujeres honradas, que alardean su virtud, con más vanidad que un candidato de sus méritos—dijo Ernesto.

— Pero y entónces, ¿por qué yo la tenía por viuda? álguien debió habérmelo dicho así.

—No es del todo absurda esa creencia. Es el caso que la señorita Olivas, contrajo matrimonio con uno de esos aventureros que desde la vieja Europa vienen dándose el título de nobles en pos de una dote; y después de llevarse la dote con la mujer, abandonan á ésta y se aprovechan de la otra. ¡Bah! Cuándo se convencerán que los nobles que aquí vienen son nobles hechizos de choleta y percalin!

—¡Ah! esta es la mujer del conde francés?......

—Sí, y que resultó ser hijo de cochero; pero que con la dote remendó el entuerto; pues compró el título de conde......

—¡Ah! ya comprendo; se trata de un matrimonio por interés y de una mujer abandonada de su marido.

—Exactamente: solamente que el interés, estuvo también de parte de la novia. Y á propósito me llama la atención que no conozca Ud. á la familia Olivas, de tantas campanillas en esta sociedad. Està es la *Condesita del pescante.*

—Hombre si hubiera Ud. principiado por allí......

—¡Ya! Me hubiera economizado el decirle, que ésta es una de esas Condesas cuyos maridos han estado muy alto en Francia, nada ménos que en los pescantes de los coches......

—Pero en fin, hoy parece que se halla en buenas condiciones, á lo que se vé......

—Sí; la familia se ha dado por bién servida con haber comprado el título de Condesa para la jóven, algo caro es cierto, pues que á más de los dineros de la dote, es necesario hacer cuenta de algunos mojicones dados por el señor Conde á la señora Condesa.

Yo escuchaba á Ernesto, y él con esa maligna verbosidad que le era propia, cuando se ocupaba de la vida privada del prójimo, continuó:

—Dicen que es mujer virtuosa; pero yo no me confío mucho de estas reputaciones, porque en Lima llaman virtuosas á las beatas, y ya Ud. sabe, yo tengo una idea muy distinta de la virtud.

—¡Hombre¡ no en vano le dán á Ud. reputación de maldiciente y pesimista.

—Sí, maldiciente y pesimista porqué digo la verdad, sí, la verdad limpia y neta; lo desafío á Ud. á que no me toma jamás en una afirmación que no pueda comprobarla ántes de veinticuatro horas.

—Ya lo sé, que se precia Ud. de decirle las verdades al lucero del alba.

—Al lucero del alba y al Sol por salir—dijo Ernesto, envanecido de su maldiciente veracidad.

—Bueno; pero no nos desviemos del punto principal. ¿Quién es esta jóven que ha estado aquí?

—Me avergüenzo de conocer tan escasas noticias, pero le daré algunos apuntes ciertos y seguros.

Y Ernesto arrellenándose en su sillón, dijo:

—Ofelia Olivas, pertenece á una familia rica y noble; rica oliendo á salitre y guano, y noble con bahos de cuartucho de Abajo del Puente.

—¡Bravo! la definición es prometedora.

—Sí, como que la madre escandalizó á la sociedad de Lima; pero supo sostenerse á grande altura, debido á su vida rumbosa y derrochadora. Ya sabe Ud. que en esta sociedad no hay vindicta pública, siempre que el brillo del oro cubra las manchas del honor. Los amantes de la madre, pasaron á ser novios de las hijas, y la sociedad toda iba á casa de la señora Olivas á comer y beber, fingiendo ignorar lo que ella jamás se cuidó de ocultar.

Déspués de una páusa, Ernesto continuó:

—Ofelia es la única de entre sus seis hijas que no

aceptó á uno de los amantes de su madre, para hacerlo su marido; la razón es fácil de explicarse; estaba locamente enamorada de uno que se decía Conde de Vesale, y que llegó á Lima en calidad de agregado á la Legación de Francia, su patria. El perillán aquél resultó ser hijo de un cochero, que había heredado algunos realejos de un tío que estuvo en América, y aunque hijo de un plebeyo, es hoy en realidad un legítimo Conde, con título comprado por supuesto.

Ernesto con la expresión del que saborea algo muy de su gusto, continuó:

—Dicen, á mí no me consta, que el marido á más de hijo de cochero, resultó también un villano de esos que en Francia toman el oficio de acomodadores y que, como un medio de lucrar, buscan mujer bonita, para ganar dinero con ella.

—Parece—díjele á mi amigo—que recarga Ud. demasiado de negro y bermellón el cuadro biográfico que está Ud. trazando.

—Nó; lo que hago es, repetirle lo que me consta y á más he oído decirlo; yo solo afirmo lo que puedo probar; en ese punto soy hombre íntegro—dijo Ernesto con la vanidosa satisfacción del que habla de asuntos profesionales. Después de una pausa, continuó:

—Desgraciadamente el Conde se dió con una jóven que por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, no quería someterse á las leyes de la herencia. La hija de la señora Olivas, resultaba ser mujer honrada!...... Tá...... tá...... tá......

Y Ernesto afianzó su sátira, con una estrepitosa carcajada.

—Y la verdad del caso es que la jóven vá resultando hasta hoy, honrada de todas veras. Qué le parece á Ud. esta anomalía? Nada ménos que aquel amante de su madre, que ella desechó en sus pretenciones de noviazgo, está hoy que bebe los vientos por ser el elegido para consolarla de las ingratitudes del Conde; pero ella...... ni ésto!......

Y en este punto, Ernesto hizo vulgar y significativo ademán, muy usado allá en los tiempos en que ámbos éramos estudiantes, y con el cual significábamos que no había ni una miaja de sospecha.

Al escuchar esta afirmación de boca de Ernesto, sentí que inefable, deliciosa satisfacción, inundaba mi corazón. Hubiera querido abrazarlo y manifestarle mi gratitud por sus noticias. Y sin poder ocultar mi entusiasmo, dije:

—Qué hermoso, qué grande debe ser alcanzar el amor de una mujer como ésta!......

—Cuidado, cuidado señor *político*, que hay mujeres que son como una bala de á trescientas atada á los piés de un candidato; lo hunden, ni más ni ménos que si se hallara en medio del Océano.

—Sí, es cierto; pero también hay mujeres que elevan al hombre que aman y saben identificarse aún con los más grandes.

Después de un corto silencio, Ernesto continuó:

—Con esta mujer hay un gran peligro. Yo creo en las leyes de la herencia y la trasmisión viciosa de padres á hijos. La hija de la prostituta es prostituta, como el hijo del borracho, hereda ese vicio y lo heredan también los hijos de los jugadores viciosos y

recalcitrantes. Tenga Ud. muy presente éstaque es ley invariable de la naturaleza, y no dude Ud. que un día, veremos á la señora Condesa siguiendo el mismito camino de la señora Olivas, su madre.

—¡Imposible!—exclamé yo, sin poder dominar mi exaltación—Nó; la mujer que es honrada sufriendo los desmanes de un marido infame y corruptor, es porque lleva en su alma, algo tan sublime, tan inextinguible, que solo puede ser esa chispa divina que se llama virtud. Nó, esa mujer, esa alma que se revela en su semblante, no llegará á prostituirse jamás; ¿no le parece á Ud. una gota de rocío límpida y purísima, como esas que salen de entre las aguas cenagosas de un fangal? ¡ah! se lo ruego Ernesto no insulte Ud. á esa noble señora!......

Yo habíame exaltado hasta sentir que la sangre se me agolpaba al cerebro, coloreándome el rostro y Ernesto mirándome, asombrado y con ese acento satírico que le era familiar, díjome:

—¡Hombre! ha hablado Ud. como si se tratara de una novela romántica; pero nó como si se tratara de saber, si esa ley de la trasmisión hereditaria, es ó nó cierta.

—Puede que sea muy cierta: pero todas las reglas admiten una excepción que Ud. no podrá negar.

—Nó, ciertamente; y si es que nos hallamos en presencia de una *excepcional*, seré el primero en saludarla quitándome el sombrero.

Quise en este momento cortar la conversación, y me despedí de Ernesto, puesto que sabía lo suficiente para estar satisfecho de haber conocido á Ofelia.

II

Una jóven hermosa abandonada de su marido, y cuya honradez ha sido puesta á prueba, es algo que bién puede estimular la ambición de poseerla, al más apático enamorado. Y aunque hasta entónces yo había sido poco vehemente en mis pasiones amorosas, parecíame que por esa vez algo nuevo, despertába en mí, hasta entónces nunca sentido.

Conocer á Ofelia, hablarla en la intimidad de una buena amistad; estudiar su carácter y cerciorarme de sus vicios ó defectos, ó admirar sus cualidades, si las poseía, era la idea fija y constante que me embargaba desde el momento que la conocí. Habíaseme presentado con todo el misterio y el encanto que atrae y seduce, por lo mismo que allí vemos algo desconocido que se presta á idealizarlo.

De qué medio me valdría para llegar á ser su ami-

go, su íntimo amigo?...... y no dije su *amante*, porqué siempre gustamos engañarnos á nosotros mismismos, cuando pensamos cometer una mala acción.

—Todos los jueves recibo á mis amigos—habíame dicho Ofelia, lo cual puede descomponerse así: sólo el día jueves debe Ud. de ir á mi casa. Y me encontraba en lunes!...... dos días de espera en los comienzos de un amor vigoroso y vehemente, parecen una eternidad interminable.

Y ¿porqué no había de ir á visitarla desde luego ó cuando más tade al día siguiente? Esto ciertamente sería una imprudencia, pero nada gusta tanto á las mujeres, como ser causa de las imprudencias de un enamorado. Un amante prudente es siempre un enamorado tibio: esto lo comprenden ellas por intuición.

Al día siguiente con gran pesar, ví frustrados mis propósitos de ir á visitar á Ofelia. Es que algunos amigos míos llegaron en el momento que yo me preparaba para salir.

Qué cosa tan difícil es conocer el momento en que nuestra visita principia á hacerse pesada.

Mis amigos estuvieron desatinados en este punto, y alargaron sus visitas más de lo que debían, privándome así de salir de casa.

Y en la noche, fastidiado, intranquilo lleno de ansiedad, por no haber cumplido mis deseos de ver á Ofelia, dirigíame á mi mismo esta pregunta:—¿Estaré yo enamorado de esta mujer?

Al siguiente día, después de haber dormido mal, ajitado y hasta nervioso ni más ni menos que una

doncella, dejé el lecho con la primera campanada de las ocho; y al fijarme en el corte de mi levita, y por primera vez notar que no estaba á la «*última*», y en el nudo de mi corbata, que me pareció poco *chic;* no sin cierta ansiedad decíame á mí mismo:—indudablemente estoy enamorado de esa mujer: y cuando un hombre hace esta observación, es porqué la imágen de *ella* está ya incrustrada en su cerebro, y el amor anidado en su corazón.

—Y ¿si me encontrára con una virtud incorruptible?-preguntábame yo, no sin cierta ansiedad, mientras me vestía de prisa, pensando ir á......no sé donde, creo que tampoco lo sabía en ese momento; pero no sé qué fuerza desconocida impulsábame á salir fuera de la casa. Me imaginaba que había de darme con ella al voltear de una esquina, y que su cariñoso saludo, había de solazarme dulcemente.

Recordaba á ese miserable, á ese infame que llevado de su interés, la hizo su esposa, para aprovechar de su fortuna y luego explotar su belleza; y sentía ternura infinita, anhelo vehemente de ser su amigo, su protector. Quizá su virtud estaba á punto de flaquear; quizá después de haberse separado de su mal marido, había venido á dar al lado de su corrompida madre, que la conduciría y la impulsaría por el camino de la perdición.

Y ya me imaginaba ser para Ofelia, el escudo de su virtud, el admirador de su belleza, el amante tierno y desinteresado, que había de considerarse feliz con una palabra cariñosa, con una sonrisa de sus labios, con una mirada de sus ojos.

Siempre al nacer el amor, es generoso, tímido y abnegado. Sólo cuando se le concede algo, pide mucho, y cuando se le dá mucho, pide más aún, y siempre más, sin adivinar que la hartura le trae la muerte.

Niño obediente y sumiso al nacer, se torna luego atrevido y audáz, para llegar un día á ser pérfido, artero y al fin huir, sin dejarnos más que su recuerdo.

Yo pensaba en Ofelia, no con las intenciones malévolas de un seductor, sino con la sana intención del que, ha encontrado una mujer virtuosa y bella, que merece ser amada y admirada.

Y me indignaba contra el marido infame y contra la madre corrompida.

A las ocho me dirigí á las calles principales, pensando que tal vez podía encontrarla, si por acaso acostumbraba salir á esa hora para hacer sus compras.

El aire de la calle, los amigos con quienes me detuve, y con los que me ví obligado á hablar, con unos del actual ministerio, con otros de la próxima reunión de las Cámaras, con esotro de nuestros amigos del interior; todo éste cambio de ideas y atenciones, disiparon un tanto la impresión que me dominaba al salir de mi casa.

Anduve por los portales; entré donde mi sastre, mandé hacer un terno según el último figurín. Este —el sastre no el figurín—asombróse sobre manera al escuchar mis recomendaciones respecto al corte de la solapa del chaleco, el cuello del levita y el doblez

del pantalón al caer sobre la bota; y picarezcamente díjome el muy ladino:

—Ya se va Ud. convenciendo, señor, de que es necesario vestirse á la moda!

Hasta entonces yo no le había hecho más que esta recomendación:—Tela muy séria y nada de modas exageradas.

Dos horas después, regresaba á mí casa sin haber visto á Ofelia.

Al cruzar hacia el ángulo del Portal de Botoneros, recuerdo que distinguí á una mujer con un vestido tan parecido al que llevaba ella el día que la conocí, que llevé la mano al sombrero para saludarla.

No era ella; pero sentí viva emoción. Muchos años habían trascurrido sin haber sentido aquel golpe eléctrico, que acelera las palpitaciones del corazón, y produce ese lijero desvanecimiento de la vista; esa impresión que cuando está acompañada de una esperanza, nos hace sonreir, y sí de una decepción, nos pone azorados, como si viéramos á la muerte.

Por primera vez, desde que era jefe de partido, fuí á comer á un hotel. La idea de comer sólo en mi casa, ó quizá acompañado de algún amigo, que había de hablarme de política y de partidos, me inspiró aversión. Principié á sentir disgusto por todo lo que antes me había seducido. Por vez primera también, encontré difícil el trazarme el programa de aquel día: es decir, ocuparlo todo en cosas agradables.

Necesitaba escribir algunas cartas para mis ami-

gos y partidarios; pero pensé que no me eran urgentes, y podía aplazarlas para el próximo vapor. También debía hacer algunas visitas, y estas como las cartas, fueron dejadas para mejor ocasión.

Mis amigos, aquellos que me rodeaban á todas horas, notaron mi estado de perturbación é intranquilidad, y para desorientarlos, pretesté cualquier incidente, el primero que me vino en mientes.

Por la noche determiné ir al teatro.

—Allá veré quizá á Ofelia—me dije.

Y vistiéndome con todo esmero pensaba:

—Sería cosa graciosa que yo viniera á enamorarme de una mujer casada, y que para colmo de males, me diera con una virtud incorruptible, que me condenara al papel de enamorado desgraciado...... Vaya! puès el tal suceso sería digno de escribirse; digo. en le supuesto que sólo se escribieran las cosas extraordinarias é interesantes, y no como sucede hoy, que se escriben tantas sandeces.

A las ocho y media de la noche, me instalé en mi palco de abono, en el Teatro Principal.

Sin darme cuenta de mis acciones, no tomé asiento sin haber mirado antes á todas las señoras que ocupaban los palcos.

—A quién busca Ud.—preguntóme uno de mis amigos.

—No busco á nadie—dije aparentando aire distraído.

Y cuando la puerta de un palco se abría y llegaba á entrever un vestido de señora, dulce emoción

me estremecía deliciosamente.—Es Ofelia decíame. y después de haberme desengañado, volvía la vista á otro lado, esperando siempre verla.

Yo estaba en un palco de amigos «*palco de hombres*» y la charla era animada y la sátira picante.

La pieza era chistosa; pertenecía al repertorio moderno; reí de buena gana, apesar de encontrar en toda ella ese gusto canallesco, que predomina hoy en las obras de arte; pero en esos momentos decíame:—Mejor es así, al menos de este modo se halla el anestésico del sentimiento y la pasión.

Aproveché el último acto, cuando ya comprendí que Ofelia no vendría, para hacer una pregunta á propósito de la pieza, y dije:

—Me han dicho que en noches pasadas le dió un accidente á la señora Ofelia Olivas.

—¡Ah! sí, á la *Condesita del pescante.*

Debo advertir que en Lima, damos el título de Conde y Marqués, no á los de viejos pergaminos que de puro ráncios, han quedado relegados al olvido, sino sólo á los Condes flamantes de título comprado. Y dígase lo que se quiera, en esto procedemos con estricta justicia. El que compra una cosa es porque la necesita, y negarle el título sería defraudarle su dinero, casi como robárselo.

Los que con cierta envidiosa inquina se sulfuraban contra tan monárquico título, bautizaron á Ofelia con el satírico nombre de la *Condesita del pescante*. en alusión sin duda, á la profesión de cochero que había ejercido en Francia el Conde.

—Quién es esa Condesita del pescante—pregunté yo, fingiendo ignorar á quien se referían.

—¡Pues qué! ¿no conoce Ud. á la hija del señor Olivas? la hermosa viuda del Conde de......

—Que papeles tan mojados tiene Ud. amigo, no sabe Ud. que el Conde está vivo y muy vivo, y resuelto á no morirse hasta que...............

—Pero entonces, cómo es que la jóven me ha sido presentada por viuda del Conde de...........

—Es que ella se presentó aquí, diciéndose viuda en venganza de las infamias cometidas por su esposo.

—Magnífica venganza, pues que le enterraba á él en vida.

—Y pensará entablar divorcio y quedar en completa libertad.

—No le faltará quien la consuele.

—Por si acaso está Ud. interesado, vive calle de... *catay* que no me acuerdo.

Y todos reímos del inesperado olvido.

Este diálogo fué sostenido por dos de los presentes, pero sin que yo dejara conocer cuán intimimamente me afectaban esos conceptos. Después cada cual emitió en este punto su opinión siempre con falsas y antojadizas interpretaciones, cual acontece, tratándose de una esposa separada de su cónyuge.

Y los comentarios siguieron, y la maledicencia de algunos gomosos, le indilgó algunas sátiras á la *Condesita del pescante*; por dicha mía, no oí una sola palabra ofensiva al honor de Ofelia.

Cuando me retiré del teatro, me parecía estar, mucho más enamorado que antes.

Como la fiebre de una terciana, asi el amor embargó todo mi ser, rápida y violentamente.

* * *

A los ocho días de haber conocido á Ofelia, tocaba yo la puerta de su casa, no sin sentir esa deliciosa emoción del que vá en pos de la felicidad deseada.

Mi visita no la causó novedad; parecía que me esperaba. ¡Quién sabe! Las mujeres poseen el don de la adivinación cuando se trata de pasiones ó afectos que ellas inspiran.

Las mujeres sólo se engañan, cegadas por la vanidad: en toda otra ocasión ven mas claro que nosotros.

Desgraciadamente, yo fuí allá bajo la fiebre del primer momento; bajo una ilusión forjada con el calor del amor naciente, y en ese estado es muy posible la decepción; pues que la imaginación nos lleva siempre más allá de la realidad.

Aunque elegí para ir á casa de Ofelia, un «día de recepción,» en que los salones estaban invadidos de visitantes, no me fué difícil hablar largamente con ella; y ora reclinados en un confortable confidente, ora de pié, cerca del *buffet*, nos juntábamos frecuen-

temente conducidos quizá mejor que por mi tino, por su artificio.

Ella me habló con insistencia casi con petulancia de su esposo, de las causas por las que él vivía alejado de ella; parecía tener empeño en manifestarse como modelo de fidelidad á la vez que me dejaba comprender que su esposo en viaje por el momento, no faltaba un solo vapor de escribirla, siempre anheloso de regresar á su lado.

Hablamos luego de cosas insignificantes; ella con esa animacíón propia de ciertas mujeres, que ponen mayor entusiásmo mientras más nécio y baladí es el tema; yo más preocupado en observarla y estudiarla que en atender á su animada charla. No obstante noté cierta ceremoniosa frialdad, con la que pretendía eludir, lo que en estilo de enamorados, llamaría yo mi *declaración.*

Cuando me retiré del lado de Ofelia llevaba el convencimiento de que igualmente descontentos habíamos quedado, ella con mi reserva, y mi aire observador, como yo con sus pretensiones de mujer honrada, y su conversación insulsa y bulliciosa.

Confieso también, que sentí algo de despecho, de la vanidad herida, al ver que Ofelia no me hubiera hablado de mi candidatura, ni de mi gran popularidad, ni de mís ruidosos triunfos políticos que ella conocía, según me manifestó en casa de Ernesto.

Además de una tonta, esa mujer es incapáz de comprenderme—decíame yo con ese puntillo de la vanidad herida.

No obstante, dejando á un lado mi opinión de aquel momento, que quizá no fué resultado sino del despecho que siempre nos produce la frialdad con que una mujer recibe nuestros homenajes, diré la opinión madurada é imparcial que hoy tengo formada de Ofelia.

Su inteligencia sin ser notable era viva, despierta y en algunos momentos chispeante. Su carácter, esencialmente femenil, era de aquellos que facilmente se adaptan á todas las situaciones, sin llevar más norte que el de sus afecciones ó simpatías. Hija de una familia que al presente ocupaba alta posición social, había vivido bajo la presión de sus preocupaciones, sin avenirse con ellas, y por consiguiente en lucha constante, entre su naturaleza y su educación, entre sus ideas aristocráticas y su condición de Condesa humillada y abandonada de su esposo. Todos sus gustos y preocupaciones parecían haberse formado en sentido inverso de su propio interés, divorciándola de las personas de su familia, y de todo lo que podía amenizar su vida. Daba grande importancia al honor de la mujer, y no ignoraba que los amantes de su madre formaban parte del brillante círculo de sus salones. Gustaba ostentar lujo y holgura, y la situación financiera de su familia, era cada día más apremiante, disponiendo ella tan solo de la pequeña herencia de un fundo que por herencia paterna, le fué adjudicado á la muerte de su padre.

La familia, había disfrutado de aquellos buenos tiempos, en que el huano y el salitre, eran manantiales de riqueza, donde iban á recogerla todos los privilegiados por su posición social ó política.

El apellido paterno de la madre de Ofelia, no me era del todo descouocido; recordaba perfectamente haberle oído hablar á mi tío el canónigo, asombrándose del auje y el *copete* de la familia Olivas, y haciendo memoria de cuando él estuvo en Lima y conoció allá por los años de 30 y 32...... al Olivas padre, que era un jornalero de *pata al suelo* y *poncho al hombro* según el decir de mi tío.

Y como sucede en estas familias de *nobleza oportunista* ó improvisada, los hijos que ignoran aquel oscuro pasado, imagínanse descender de la primera costilla derecha de Don Quijote. Así Ofelia, hubiera juzgado estupenda impostura aquella que la supusiera nieta de un peón jornalero.

La suerte le prohijó mas tarde tan decididamente, que bien pronto llegó á ser el señor Olivas uno de los *Consignatarios del huano*. Para los que hemos nacido y vivido en el Perú, estas tres palabras de «Consignatario del huano,» son suficiente explicación de como puede improvisarse una fortuna, pasando el favorecido desde peón á millonario.

Bien hube yo de cuidarme en no dejarle conocer á la *Condesita del pescante* que á tan lejos iban mis conocimientos respecto á su noble alcurnia.

Bien es verdad, que tan ofensivos recuerdos del lustre de mi amada, solo acudieron á mi mente á causa del súbito é inesperado resfrío, que, sin darme yo cuenta, había hecho descender el termómetro de mi amor á la baja temperatura de un grado bajo cero.

En el amor, nadie es responsable de la depresión ó

aumento del sentimiento, que es tan independiente de la voluntad, como el calor ó el frío que hiere nuestra sensibilidad.

Yo en esos momentos estaba persuadido que Ofelia quedaría en los recuerdos de mi corazón, cual ráfaga de luz que para siempre se había apagado; cuál bella visión de quien había estado yo enamorado, unas cuantas horas, desvaneciéndose luego como fantasma forjado por la imaginación.

III.

Después de haber casi olvidado á Ofelia, y también mi desgraciada visita á su casa, un nuevo é inesperado suceso, volvió á colocarme en presencia de ella.

Un día regresaba yo de Chorrillos, y en la parada que hace el tren para tomar pasajeros en las estaciones del Barranco, subió al mismo coche que yo ocupaba, una mujer lujosamente ataviada, que al pronto no alcancé á reconocer.

Como nos hallásemos en la época canicular de la estación de baños, los coches del tren estaban todos ocupados por la multitud de paseantes que acuden á esos pueblecillos balnearios. Pero siguiendo la tradicional cortesanía de las costumbres peruanas, que tan caballerosamente rinden culto al bello sexo, varios individuos pusiéronse de pié, para cederle el

asiento á la dama. Yo fuí uno de ellos, y mi ofrecimiento quedó aceptado, exigiéndome tomara yo el del costado, que también le fué ofrecido.

Cuando estuve á su lado un gesto de sorpresa, quizá de emoción, contrajo mi fisonomía. La dama á quien yo había cedido mi asiento, era Ofelia.

Tupido velo cubría su rostro, y cual brilla trás espesa nube de invierno, el lucero de la tarde, así brillaban sus ojos, expresivos y parleros más que nunca.

—Cuánto tiempo que no tengo el gusto de ver á Ud!......

—Sí, cierto, mucho tiempo — contestéle yo, sin poder agregar ni una palabra de disculpa, y casi resuelto á cortar la conversación.

—Todos los días esperaba verlo llegar. ¿Cuál es la causa de su alejamiento?

—He estado muy ocupado—dije, recurriendo á esta vulgar disculpa.

—Es natural; un hombre como Ud. jefe del partido más popular que ha habido en el Perú, candidato favorecido con los homenajes de los más eminentes ciudadanos del país, el hombre en fin más.........

Yo tosí fuertemente, enbarazado con esta avalancha de lisonjas que ella me dirigía. En ese momento ocurrióme preguntarme. ¿Si habrá adivinado mi disgusto, á causa de su falta de admiración por mi alta posición social y política?......Yo me apresuré á contestar.

—¡Oh! señora, U. me lisonjea demasiado.

Y ella con mucha gracia me respondió.

—Si yo pudiera trabajaría por la candidatura de usted.

—Gracias señora, si Ud. me protegiera yo contaría seguro mi triunfo.

—¡Ah! si supiera Ud. cómo me entusiasma la política, cuando se divide en partidos! Yo me muero por esas agitaciones, esas impresiones de los partidos en lucha: y si conspiran contra el Gobierno, mejor; así hay lugar á mayores impresiones, ya sean de angustia ó de esperanza, de zozobra ó de alegría, que es lo que á mí me gusta. ¡Ah! que felices son los hombres, que todo lo pueden! nosotras las mujeres nada podemos, por eso nos morimos de fastidio. Ofelia habíase exaltado y sus mejillas se colorearon suavemente. Parecióme bellísima.

En el curso de la conversación, díjome algunas galanterías, como esta;—Los candidatos como Ud. gozan de la satisfacción de ver que los demás hombres le sirven de peldaños para subir donde desean; y dicen que Ud. tiene peldaños forrados en oro de diezíocho quilates.

—Se equivoca Ud. señora, esos son partidarios de su interés y no míos.

—Yo creo que los hombres como Ud. conquistan verdaderos partidarios.

—Señora, algo más que partidarios quisiera yo conquistar.

—Sí, quisiera Ud. conquistar el Palacio de Gobierno ¿nó es verdad?

—No, yo quisiera conquistar el corazón de una mujer como Ud.

Ofelia rió con esa risa nerviosa que es síntoma de profunda emoción. Y con toda la coquetería de la mujer aleccionada en el arte de seducir, díjome:

—Esas conquistas las hace mejor el amor que la voluntad, ¿no lo sabe Ud?

—Sí, sé que solo el amor conquista al amor: pero..........

En ese momento llegamos á Miraflores, y el movimiento de nuevos pasajeros, vino á interrumpirnos.

Quiso ella darle otro sezgo á la conversación, y me habló del campo, de los paseos veraniegos. Ofelia se asombró al escuchar una opinión mía.

—Pero como es que no le gustan á Ud. estos pueblecitos tan encantadores?

—Es señora, que á mi me gusta el campo con campiña, con bosques de verdura, y esos cuatro arbolillos, raquíticos que bordan las calles de Chorrillos, no hacen más que despertarme el deseo de ir á buscar el verdadero campo, donde se respira el aire purificado por las plantas, y se divisa la pradera embellecida por las flores.

La conversación rodó sobre este tema, tornándose al fin, excesivamente vana.

El tren acortando pausadamente su andar, se detuvo al fin. Había llegado á Lima.

Ofelia tomó un carruaje é inclinando el cuerpo por el ventanillo, extendióme su mano para decirme —

—Hasta luego—acentuando estas palabras, como si fueran una cita.

—Adios señora—contestéle yo, sin intención de darla un rechazo.

Desde aquel momento en que me separé de Ofelia, quedé intranquilo, disgustado, parecíame que algo nuevo, desconocido se realizaba en mi espíritu. Y como si sus ojos velados por el tul de su sombrero, hubieran quedado incrustados en el fondo de mi cerebro, y en la retina de mis ojos, no cesaba de verla, con ese aire de abandono y coquetería que con tanto arte sabía adoptar. Hasta aquellos crespecillos que el aire del camino agitaba en la nuca de Ofelia, estaban tan presentes en mi imaginación, que había momentos que yo movía los labios, como si fuera á besarlos.

Pasados ocho dias, de aquel encuentro en el tren, me dirigí á casa de Ofelia. Como si corrientes irresistibles me hubieran llevado, ó más bien arrastrado hacia ella, fuí contra mi deseo, contra mi razón, contra mis convicciones y hasta contra mi corazón, que no buscaba el amor tempestuoso y reprobado de la mujer casada, sino el amor sereno, tranquilo y feliz de la mujer libre.

Ofelia me recibió con la naturalidad de la amiga íntima, como si fuera la cosa más corriente y por ella esperada, el que yo volviera á buscarla.

La ingrata impresión de la primera visita, habíase desvanecido de mi ánimo, y supongo que idéntica cosa, acontecía en el suyo.

Parecióme que un cambio radical y sumamente simpático, se había realizado en nuestra amistad.

Ocurrióme entonces pensar, que quizá me encontraba en los comienzos, no de uno de esos amoríos fútiles y perecederos, sino de una de esas grandes pasiones, que resisten al tiempo y á los embates de la vida; pero aquello no pasó de una reflección á la que no dí importancia alguna.

Los primeros días trascurrieron rápidamente, pareciéndome que se hermoseaba, y entónces hubiera dicho que su espíritu tenía resplandores que iluminaban todo su ser. Si debiera de hacer hoy una definición de Ofelia, diría que era una limeña parisiense; los dos tipos que á mi concepto pueden tomarse en el mundo, como modelos de gracia y belleza.



La señora Olivas madre de Ofelia, acostumbraba en los días jueves de cada semana, recibir á sus numerosos amigos: hablando en estilo aristocrático diríamos: «los jueves se quedaba en casa» y allá concurría la *high life* de la sociedad limeña; la que brilla por su posición social y financiera, más brillante ésta que la primera en esas reuniones.

La señora Olivas, era sumamente dada al juego de rocambor, ó como decían sus *íntimos*, era una rocamborista de primera fuerza, y muy arriesgada para «*hacer entradas.*»

Estas palabras que yo he subrayado en el papel.

muchos las subrayaban en la conversación, aludiendo á la equivoca conducta de la *noble* señora.

Haré aquí una salvedad importante. Al referirme á la señora Olivas *madre* de Ofelia, lo hago siguiendo mis informes de aquella época; pues que solamente poco tiempo despues, llegué á descubrir que Ofelia era sobrina y no hija de la señora Olivas: es decir *sobrina oculta* por ser hija de una hermana soltera de la señora; y así se explica que por su belleza, lozanía y gracia, aparecieran ambas mujeres, dos jóvenes hermanas mas bien que madre é hija.

Estas sobrinas que se dán por hijas, lo mismo que las hijas presentadas por sobrinas, son aquí como en todas partes, secretos que corren en boca de toda la gente habladora.

Extrañóme y mucho, el que Ernesto, apesar de sus alardes de estar perfectamente informado, ignorara aquel secreto que luego se hizo público; pero en esta vez aconteció un caso bien raro; los interesados vivían persuadidos de que su secreto bajaría con ellos á la tumba: inocentadas propias de los que miran el mundo á travez del prizma de la adulación.

El juego de cartas, era pues el más poderoso aliciente que atraía á los numerosos visitantes de la casa.

Allá encontrabánse aquellos *respetables veteranos del tapete verde,* que tanta admiración nos causaron, y á quienes en casa de la señora Olivas, rendíaseles el homenaje debido á su alto rango: pués que pertenecieron al número de los que jugaron á *chino apunte.* Este apunte merece una explicación; se entiende pa-

ra los que no estén al tanto, de la nobilísima tradición del rocamborista de alto rango.

Es el caso que, cuando se traficaba con colonos asiáticos, enganchados en su patria á muy bajos precios, casi por una bagatela, para ser vendidos en Lima, al precio fijo de cuatrocientos soles de plata fuerte cada uno, sucedió aquí, lo que en todas partes sucede, cuando el dinero abunda y la moral decrece: los vicios llegan á su mayor auge y difusión: y como en Lima los entónces comerciantes de tales *mercaderías* no sabían que hacerse con tanto dinero: ocurrióseles jugar su rocambor dándole á cada ficha la representación de *un chino*: de un hombre!!! ...... Y así *un solo de oros*, por ejemplo, con *matadores* y *primeras*, costábale á cada uno de los perdidosos, veinticinco chinos de á cuatrocientos soles. Un hombre convertido en una ficha! ....

Con tales abolengos, bien se colige que en casa de la señora Olivas, debía encontrarse lo más granado de los rocamboristas, entre los que se contaban también á todos los políticos en auge; á todos los oportunistas del éxito; á todos aquellos que viven danzando al rededor del gran polichinela social, que es el dispensador de cuantas recompensas y favores han menester ellos. Sí, allí estaban los hombres que á falta de honor se rodean de honores; los que para ocultar su escaso mérito personal, se revisten y engalanan con méritos de sus antepasados, alcanzados quizá por medio de la abyección del ser moral, que es lo que constituye al hombre de honor.

Allá estaban, mezclados, confundidos y barajados

todos los partidos políticos, ligados, sostenidos y hermanados por el gran partido del fraude y el peculado. Allá donde todos están de acuerdo tan solo para despreciarse mútuamente, y adularse recíprocamente, allí fuí yo á ocupar preferente puesto entre los «hombres públicos de consideración.» Y ya que debo confesar con entera franqueza mis impresiones, preciso es decir que, apesar de las grandes faltas que sobre mi conciencia pesaban, sentíame empequeñecido, casi avergonzado al verme allí, enrolado y formando número con aquellos hombres cuya negra conducta política y social, era para mi bien conocida.

Es que yo entónces tenía todavía todos los pudores del político inexperto y poco aleccionado en lo que yo llamaría los grandes rasgos caracterítiscos del hombre público. Hoy comprendo que indignarse y protestar, ni aun el hacer ascos y aspavientos, porque el ministro roba, el cajero fiscal especula, el diputado se vende y el secretario pone precio á sus buenos oficios, que son cosas que de puro corrientes rayan en vulgares; pueden bien hacer pasar, por un pobre de espíritu, con todas las cursilerías y chifladuras de un memo provinciano é inocentón.

Allá había un cajero fiscal que con cínico alarde, hablaba de *algunas finquitas* que actualmente estaba construyendo, y en las cuales llevaba ya gastados largo de docientos mil soles; amén de otras que tenía ya compradas, y del boato desplegado en su casa. Y en tanto que mi hombre hablaba así de sus riquezas, yo recordaba lo que él fué un año antes; cuando le

conocí, acosado por sus acreedores, y en pós de empeños para alcanzar el nombramiento de cajero fiscal, y lamentándose de carencia de dinero, aún para la satisfacción de sus más premiosas necesidades.

La cuantiosa fortuna del señor Cajero, no había necesitado para improvisarse otra combinación financiera, ni más medida gubernativa, que el obtener la connivencia de la gente influyente de Palacio, para apoderarse de las *papeletas* de pago; es decir, las ordenes del Ministro para el pago de las pensiones de viudas é indefinidos; órdenes que, compradas al *dos por ciento*, eran canceladas inmediatamente, dejando una utilidad líquida de un noventa y ocho por ciento!.................

Cuando el clamor del hambre arreciaba y el grito desesperado de los interesados, llegaba hasta las columnas de algún periódico; entonces la prensa subvencionada, se encargaba de aclarar el punto, motivo de queja, probando por a + b que era cosa impracticable, aquella de llenar esa partida del presupuesto que asignaba montepio á las viudas, y sueldos á los indefinidos. Y el tesorero en connivencia con altos personajes, continuaba comprando papeletas al *dos por ciento;* y tal fué la demanda que las hicieron subir al *tres por ciento.*

Y en tanto se cometía ese fraude, la viuda con hijos pequeñuelos, cuyas necesidades no le era dable satisfacer, el *indefinido* anciano enfermo y mostrando su honrosa foja de servicios y sus gloriosos antecedentes, todos inclinaban la cabeza y enjugaban sus lágrimas, sometiéndose resignados á su cruel des-

tino, y esperando la justicia de Dios, ya que la de los hombres les faltaba.

Y no se diga que presento el señor Cajero fiscal, como el tipo más saltante de la fraudulencia de esos caballeros; todos cuál más cual ménos, debieran en vez de la cadena de oro, engarzada al chaleco, arrastrar la del presidiario, condenado por robo con abuso de confianza, y estafa con circunstancias agravantes.

No por esto pretendo demostrar, que en el Perú no haya hombres honrados, entre los que se cuentan estadistas ilustrados y patriotas; nó, es que esos no formaban número en ese traqueteo chismográfico—político—bursátil de la corte de la señora Olivas.

Asistían también á esos salones, algunas señoras de mano guanteada y alto copete......... Respecto á ellas no me atrevo á emitir mi opinión.

Con la veracidad que acostumbro, diré solo, que *ellas* me parecieron muy superiores á *ellos*. Verdad que por regla general, paréceme que en el Perú, acontece la singular anomalía de ser, no solo en cualidades morales é intelectuales, sino también en condiciones físicas, muy superiores las mujeres á los hombres.

Será esta opinión la consecuencia de que en mi condición de político, he debido tratar con mayor conocimiento de causa á los hombres que á las mujeres?.........

No sabría contestarme, y dejo la cuestión para los que quieran resolverla.

***

Lentamente sin darme yo cuenta, adquirí la costumbre de ir todos los días á la cinco de la tarde á pasar dos horas al lado de Ofelia.

Esta costumbre tornóseme tan imperiosa, que era como el alimento de mi espíritu: una necesidad moral que no me era dable eludirla.

Ofelia desplegó todo el artificio de la mujer de talento, que valoriza y comprende que, en su sexo, el arte de resistir es una de las formas de la coquetería, y el mayor incentivo para las pasiones amorosas.

Comprendí que Ofelia, pertenecía al número de esas mujeres que, una vez que se les ha amado, ya no es posible olvidarlas.

Alcancé, merced á súplicas y protestas de mi amor y respeto, que ella me recibiera en un pequeño saloncito, destinado á recibir á sus amigas íntimas.

Allí, sin testigos ni temores, hablábamos de nuestro amor, con la vehemencia propia de esa edad, en que se ama no sólo con el alma, sino también con el cuerpo, con todos los sentidos que parecen creados solamente para el amor.

Allí pasaba yo, algunas horas á sus pies, considerándome el hombre mas dichoso de la tierra.

Sentíame rejuvenecido, regenerado; ideas nuevas, fuerzas superiores, aspiraciones levantadas, se despertaron en mí, como si por vez primera, sintiera la pasión del amor.

Jamás Ofelia había sido amada de esta suerte; jamás conoció este sentimiento apasionado vehemente, que tiende á confundir dos existencias, para formar una sola, aunque á ello se opongan todas las leyes sociales, y todos los principios, y dógmas que hemos acatado ántes.

Por más que parezca inverosímil, diré que Ofelia apesar de sus veinticinco años, sentía por vez primera, las satisfacciones del amor apasionado y correspondido.

Sn esposo no se tomó el trabajo de finjirle que la amaba, apenas si le fingió que la había considerado menos acaudalada de lo que era, cuando contrajo matrimonio, que fué en la época de mayor esplendor para su familia.

Y Ofelia que le había amado con el pudoroso amor de los quince años, no alcanzó adivinar, que tras las fingidas manifestaciones de su novio, no había mas que el vil interés de un mercader.

Al fin ella, se había resignado á vivir al lado de ese marido que la maltrataba, resuelta á no pedirle más que las consideraciones á que era acreedora por su posición social y sus bienes de fortuna.

Con tales antecedentes, natural era que ella correspondiera mi pasión. Jamás el verdadero amor ha dejado de seducir á una mujer, cuyo corazón se halla ajeno á otra impresión amorosa.

Es que la mujer más que al hombre se rinde al amor; ó más bien dicho, antes que el hombre la cautiva el amante; y así se explica tantos favore-

cidos por el amor, que no son los favorecidos de la fortuna, ni aún de la belleza física.

Y ya que dejo apuntada esta convicción mía, bien puedo decir, que pocos días después de nuestras diarias entrevistas, Ofelia se entregó á mí, sin reserva ninguna.

Desgraciado el hombre que al saborear los primeros trasportes de una pasión, no cree que ella ha de ser eterna é imperecedera, su dicha!......... Desde aquel momento mi amor y mi estimación por Ofelia, crecieron tanto más, cuanto habían disminuido otros amores míos, después de la posesión.

En el curso de los primeros días, llamó mi atención, el empeñoso afan con que Ofelia se precaucionaba, para que ni en el público, ni aun las personas de su familia, descubrieran nuestras ocultas relaciones. Muchas veces la ví desesperarse y llorar amargamente, suponiendo que alguna persona de las de su amistad, pudiera mirarla como á una «adúltera que se aprovechaba de la ausencia de su esposo, para divertirse con un amante» (palabras textuales)
— Sabes — me decía — si yo creyera que en el público, son conocidas nuestras relaciones, yo me suicidaría.

Y aunque éstas palabras tuvieran su tantico de exageradas, expresaban fielmente las primeras impresiones de la mujer verdaderamente honrada.

Y yo convencido de la veracidad de sus sentimientos, desplegaba toda mi elocuencia para disuadirla, dándola toda suerte de seguridades, respecto á su reputación, por la cual quedaba á cubierto de la maledicencia de los que pudieran agraviarla.

Pero no sabría explicar bajo que órden de influencias ó reflecciones, aquellas pudorosas precauciones de mujer delicada y discreta, principiaron á desaparecer, para dar lugar al más atrevido é impúdico descaro. Cual si en su espíritu hubiérase realizado una violenta reacción, Ofelia no ya trataba de ocultar nuestras relaciones, sino que hacía alardes de desafiar la opinión pública.

¿Cuál era la causa de este inesperado cambio? ¿Qué móviles tan poderosos impulsaban su ánimo, que así trastornaban todos sus principios de moral?

¿Querría vengarse de su esposo, y para ello me colocaba á mí, en el lugar que públicamente debía ocupar él?

Eran quizá consejos de su pervertida madre, que hallándose arruinada y casi perdida su antigua fortuna, pretendía acudir á la bolsa de los amantes de su hija por no poder hacer otro tanto con los suyos?......

No alcanzo á darme cuenta cabal de aquel fenómeno que en el ánimo de mi amada se realizaba; lo que sí quiero que conste, es el empeño con que ella descubría nuestros amores, muchas veces con innecesario escándalo.

Y todos esos incidentes vulgares de la vida de familia, como el recibir cartas y recados, contestando sin reserva alguna, cual si de un esposo se tratara, ella los aceptaba y los practicaba más de una vez, aún contraviniendo prohibiciones mías.

Y así amigos y partidarios, acostumbráronse á bus-

carme en casa de Ofelia , seguros de hallarme allá. mejor que en mi propio domicilio.

Sin respetar la presencia de un extraño, solía dar órdenes al criado, diciéndole con tono natural:

— Vé á llamar al *señor*. y dile que han venido á buscarle.

Esta palabra el *señor*, quería en esos casos significar, el dueño de casa ó lo que es lo mismo, el amante impuesto á la familia, y aceptado por la sociedad.

Y el criado dirigíase para cumplir esas órdenes á las habitaciones de Ofelia, bién conocidas por ocupar el ala derecha del gran patio exterior, y á donde ella sólo recibía á sus amigas íntimas. Estas piezas se comunicaban con el salón, por medio de una puerta sin molduras ni vidrios, y cubierta con el mismo empapelado de la habitación: de tal suerte que cerrada aparecía como una puerta secreta.

Y yo envanecido con mi título de amante oficial de la Condesa de Vesale, de la hermosa mujer á quien yo veía rodeada de adoradores desgraciados, y amigos con pretenciones de amantes, sentía íntima satisfacción al salir por aquella puerta, lo cual era una pública notificación de mi inapreciable dicha.



Por fin quiso, para tener más libertad de acción, salir á vivir sola, en una casita que arreglaríamos muy elegantemente, según decía ella: y este arreglo de nuestra nueva morada, absorvionos, muchos días

de atención, y á mí debía costarme, muchos miles de soles.

Nada entusiasma tanto á una mujer del gran mundo, como el arreglo de un nuevo domicilio. Horas enteras nos pasábamos, discutiendo sobre el color de los muebles y la calidad de cada uno de ellos.

—La primera salita—decía ella—llevará muebles oscuros, y la de recibo debe estar con colores claros, celeste ó crema floreado, con cortinajes de la misma tela. Ya los espejos no están de moda, me sabe á gente de provincia, la que tiene grandes espejos en sus salas; nosotros adornaremos nuestro saloncito de recibo con objetos de arte ¡ ay ! cómo me gusta á mi todo lo que es curiosidades y adornos elegantes !....

Y en medio de sus descripciones de las habitaciones, enlazaba sus brazos á mi cuello y entusiasmada decíame:

— ¡ Oh ! qué felices vamos á ser, en aquel lindo nido para los dos. Tú ocupado de tus trabajos de jefe de partido; y yo ocupada en...... ¡ ah ! porque es preciso que sepas, que por lo que más deseo que vivamos solos, es por trabajar yo, junto contigo. Lo primero que he de arreglar, es tu despacho, con muebles de marroquin cabritilla, y un escritorio muy elegante y.........

— El mío es bastante bueno — interrumpíle yo, para manifestarle que me interesaba en sus planes de arreglo de casa.

Siempre en estos casos llega tarde la reflección ; y cuando para mí llegó quedé espantado de aquella

publicidad que ella y yo habíamos dado á nuestros amores.

Y queriendo enmendar la falta, le manifestaba á Ofelia el deber que ambos teníamos de guardar miramientos y respetos ; yo por mi condición de jefe de un partido pólítico, y ella como mujer casada, cuya alta posición social la imponía deberes y respetos ineludibles.

La primera vez que expuse, estos mis timoratos consejos, Ofelia tomando la expresión satírica de la mujer de mundo exclamó.

— ¡ Bah ! No me hables de moralidad aquí en esta sociedad ; eso estaba bueno para cuando yo era una inocentona, que nada comprendía : la prueba es que nunca tuve tantos amigos y aduladores como ahora : y lo que es con respecto á tí, eres acaso el único hombre público que vive escandalosamente con una mujer casada, y recibe cartas y amigos en casa de su querida ? ...:....

Después de un momento de reflexión, agregó : — Qué cándida era yo antes ¿ nó es cierto ? Cólera me dá cuando recuerdo todo lo que yo he llorado , temiendo que se descubrieran nuestros amores. Ahora yo me pregunto : — ¿Por qué, por quién vamos á sacrificar nuestros gustos y satisfacciones? ¿ Por las amistades ? .... He ! hace mucho tiempo, desde que te amo á tí, que me fastidia la sociedad de mujeres. Ya sé á lo que vienen á mi casa ; si son solteras á mirarte á tí con ojos tiernos, y si casadas á buscar empeños para alcanzar algún destino á favor del marido ó de otra persona, que les interesa más. Dé-

jate de reflecciones; estoy resuelta á mirar las cosas por su lado positivo y nada más. ¿Lo sabes?.....

Después de muchas vacilaciones y repetidos viajes para «pasear casas» de ir y venir aparentando hacerlo todo muy sigilosamente; pero en realidad de todo lo que se practica bajo la luz del sol; al fin alquilamos «unos altos» bastante espaciosos para nosotros; pero que ella acostumbrada á los anchurosos salones y grandes corredores de la casa de sus padres, continuó llamándola «*casita.*» No me explico si este diminutivo, lo aplicaba en razón de la extensión de la casa, ó en razón del cariño que la inspiraba esta, que ella llamaba, nuestro nido de amor.

Nos dimos cita, donde un *mueblero* de la calle de Plumereros, para escojer juntos, el menaje de nuestra futura morada.

Ofelia hubiese querido comprar cuanto veía, pero fué necesario sujetar sus ímpetus derrochadores diciéndola:

— Primero compremos esto y después veremos lo que nos falta.

El tapicero que sin duda me conocía, miróme con cierta extrañeza, que no dejó de perturbarme.

No obstante mis reparos para no hacer gastos excesivos, escojimos lo mejor y más elegante de la tapicería, que por entonces era la más lujosa de Lima.

Después de muchas citas, ora donde el ebanista, ó donde el tapicero, ó bien en algún almacen de tripes y cortinajes; después de andarnos encontrando

como por casualídad, en cada una de esas tiendas; concluímos nuestras compras; y principiamos el arreglo y decoración de la casa.

— Estas cosas es necesario dirigirlas personalmente, decía Ofelia — so pena de que cuesten mucho dinero y resulten muy mal hechas.

Al fin un día, no sin grandes agitaciones, de ir, de venir, de traer muebles de una parte y devolver otros, que después de traídos á la casa, no habían sido del gusto de Ofelia; al fin un día, tomamos posesión de nuestro nuevo domicilo.

Y lo curioso de esta situación es que, sólo cuando ya estuvimos definitivamente instalados, y Ofelia llenando sus deberes de señora de casa, principió á dar sus órdenes, y yo como dueño de ésta, me dí la satisfacción de entrar y salir, ocurrióme el preguntarme, no sin honda angustia: si esa instalación al lado de mi querida, no sería una de esas locuras de enamorado, que tan caro pagamos en nuestra vida los hombres á quienes se nos apellida *públicos*, sin duda para manifestarnos, que debemos vivir más para el público que para nosotros mismos.

Tarde era ya para estas reflecciones, y procuré dar de mano á toda idea que pudiera enturbiar mi felicidad.

¡ Mi felicidad! Ah! porque nunca hemos de poder disfrutarla completa, sin alguna contrariedad que nos atormente! ....

Pero esta vez mis contrariedades, eran harto cortas al lado de mis horas de placer.

Yo amaba á Ofelia, amábala con toda la energía de mi alma, con todo el ardor de una pasión robusta, que no necesita para su alimento, más que las satisfacciones que la naturaleza le pide al amor.

Y Ofelia, cada día más afectuosa, correspondía á mi amor, colmándome de caricias y halagos, que me dejaban satisfecho y feliz, tanto cuanto es posible serlo, en aquellos momentos en que olvidaba todo lo que podía contrariarme.

Y yo la miraba pasar, gentil, arrogante, atareada en las faenas de la casa, enviándome cariñosas sonrisas, que yo correspondía con palabras de la más efusiva ternura,

Otras veces, yo corría á detenerla, sintiendo deseo de besar sus cabellos, su cuello, y después de estas expansiones, retornaba á mis tareas de político y Jefe de un partido, y volvía contento satisfecho, queriendo convencerme á mi mismo. que aquella dicha debía ser tan duradera como mi vida, por más que el porvenir se me presentara oscurecido bajo siniestras sombras. Considerábame tan dichoso á su lado, allá en su saloncito de muebles celestes, que ella había arreglado, siguiendo mis consejos, que muchas veces, sin hablar una palabra, yo contemplándola y ella, acariciando los rizos de sus cabellos, sentía que mis ojos se llenaban de lágrimas, y temblaba al pensar que aquella felicidad podía terminar. Y entonces, acercando mi cabeza á su seno decíala: Abrázame, abrázame Ofelia. dime que me amas, que me amarás toda la vida.

— Nada más que toda la vida? —decíame ella con

tono cariñoso, y luego agregaba: —También toda la eternidad! ....

Y en esos momentos yo experimentaba en todo mi ser, esa plenitud de sensación, de entorpecimiento delicioso, de la pasión satísfecha.

Y allá á su lado, olvidaba los partidos, olvidaba las conspiraciones, y hubiera renunciado á todos mis sueños y á todas mis aspiraciones, para vivir así, en la extática contemplación de la mujer, amada.

Abstúveme de participar á mis amigos mi cambio de domicilio, y Ofelia aprobando esta resolución decía:

—Sí, que no vengan con sus visitas á interrumpir nuestra felicidad.

Y así pasábamos las horas, los días y las semanas, en esa embriaguez, deliciosa y apetecible para el hombre que satisface todas sus aspiraciones, desempeñando el papel de amante; pero dañosa y soporífera para el hombre público, que ha menester poner en actividad todas sus facultades, en pró de la aspiración que se propone realizar.

Estas reflecciones cruzaban de contínuo por mi mente, y aquella vida ociosa, inactiva monótona, sin ninguno de los alicientes que pudieran amenizarla, debía dejar inmensos vacíos en un espíritu inquieto, vehemente y ambicioso de gloria y renombre como es el mío.

Y así fué que un día, el menos esperado, sentí algo que al primer momento no me atreví á llamar *aburrimiento*: pero que tenía de él todos sus síntomas.

Y no sin cierta ansiedad, mezclada de asombro. preguntábame yo: —¿Será posible que hasta la felicidad llegue á aburrirnos?

No, no era dable suponer tál aberración: y luego. mi amor, mi inmenso amor, no había disminuido un punto; y entonces cuando tales ideas me asaltaban. yo me acercaba á Ofelia para estrecharla en mis brazos y decirla con toda la sinceridad de mi corazón:

—Cuán felices somos. querida mía. ¿no te parece que esta dicha ha de ser tan duradera como nuestra vida?

—Ya lo creo: con tal que tú seas siempre el mismo, yo no he de cambiar jamás...........

Y yo con la cabeza reclinada sobre el seno de Ofelia, amorosamente acariciado por ella, y sintiéndome bajo la deliciosa embriaguez del amor satisfecho, yo me preguntaba: —Y qué vá ser de mis sueños de gloria, de mis grandes ambiciones, si todo debo sacrificarlo á esta situación!

Parecíame que el tiempo corría llevándose cada día una parte de mi mismo, una parte de mi energía, de mi reputaciún, de todo aquello que yo consideraba como la base de mi futuro engrandecimiento.

Huía de mis amigos, no ya por temor de que ellos vinieran, como decía Ofelia á interrumpir mi felicidad, sino por temor de que me hablaran de mi conducta, no fuera más que alusivamente á aquello que en mi posición social, no podía dejar de considerarse como grave falta.

Por lo mismo que Ofelia me encarecía á cada momento el inmenso sacrificio de su virtud, hecho en

aras de nuestro amor, yo no podía pensar sin negra ingratitud, en aminorar aquella intimidad, que ella generosamente consideraba como la recompensa de su amor.

Y por más que en nuestro programa de vida íntima, habíamos pactado que yo trabajaría con mayor actividad que nunca, para organizar mi partido, y seguir el rumbo que la política del país me trazara, yo sentíame sin ánimo, sin entusiasmo para lanzarme en ninguna empresa; y con más deseo de huír á un despoblado para esconder allá á mi amada, temeroso de perderla, y más inclinado á ocultar mis faltas y debilidades, mas censurables, mientras más espectable fuera mi posición social.

No sabría explicar lo que por mi ánimo pasaba. Decir que sentía vergüenza de vivir públicamente con mi querida, ó más bién, amilanamiento para arrostrar la opinión pública, sería decir una falsedad, porque nada semejante á esto sentía yo.

Pero entónces ¿ por qué á la vez era Ofelia para mí, el ángel de luz que debía irradiar todas las alegrías de mi vida, y también, la siniestra sombra que había de oscurecer toda mi pasada grandeza ?......

¡ Ah ! yo sentía en mi alma la tremenda lucha de dos grandes pasiones, que, igualmente dominantes, tan pronto me acercaban á Ofelia, con la misma irresistible fuerza con que atrae el imán al acero, tan pronto me alejaban de ella, y entonces considerábala, cual la traidora roca, escondida en el Oceano, para hacer escollar todas mis ambiciones de gloria y futura prosperidad!......

***

A mis horas de reflección y de lúcido raciocinio, sucedíanse, desfallecimientos sombríos, deducciones tristes, que luego eran seguidas de desahogos de enojo, que alguna vez rayaron en ímpetus coléricos, que érame cruel ocultar

Ofelia con esa adivinación casi sobrenatural, propia de las mujeres que aman, comprendió que aquel estado de ánimo no era resultado de un carácter violento ó irascible, sino de algo extraño, que ella cariñosamente quiso investigar.

—Algo me ocultas tú, ¿ díme ? ¿ qué te pasa ? ¿ qué te ha sucedido ? ¿ Has tenido acaso malas nuevas en las cartas qué recibes ? Te noto mal humorado y desabrido ¿ qué hay, qué te pasa ?

—No hijita, no hagas caso de mis rabietas, son desigualdades de mi carácter, pero luego desaparecerá todo.

— Algo hay que tú quieres ocultarme.

Y Ofelia buscaba hechos, donde habían pasiones: pasiones en perpetua lucha, que eran causa de las irregularidades de mi cariño.

Para disipar cualesquier motivo de queja ó resentimiento, que Ofelia pudiera tener, yo extremaba mis caricias y me mostraba tanto más afectuoso, cuanto había sido desabrido y hasta frío en los días pasados.

Y me prometía á mí mismo, ser para Ofelia, para esa noble y hermosa mujer, el más decidido y amo-

roso amante, que jamás hubo existido en el mundo.

¿No había ella sacrificado á mi amor, su posición social, su reputación de mujer virtuosa, y cuánto había de más caro para ella en el mundo?.........

¡Ah!—decíame á mi mismo—yo sería un infame, un miserable, si por cálculos egoistas, por ambiciones locas, sacrificara un bién positivo, una dicha verdadera, que hoy como el primer día disfruto en toda su intensidad; no, no, ésta sería la verdadera locura, sería como arrojar el oro de buena ley que tengo en las manos, para irme á buscar el que quizá no hallaré en esa mina que se llama *la política*, en la cual muchos dán con la veta, pero otros muchos más, dán con estupendos fracasos, que los anulan para toda su vida.

Y después de estas reflecciones, daba de mano á todos mis proyectos, y volvía á ser el amante cariñoso, sin más aspiraciones que cultivar el amor de su amada.

Y cuando me consideraba casi tranquilo, y bién seguro de lo que yo me empeñaba en llamar mi felicidad, volvía con nuevos bríos á reclamar su puesto el *yo* egoista, abatido y olvidado; volvían mis ambiciones de mando, mis sueños de gloria, á reclamar sus fueros, y á pedirme la consagración y el tiempo, que yo había dedicado á una mujer.

Y entonces, de nuevo la lucha se entablaba entre mi amor á Ofelia, y mis ambiciones políticas, sacrificadas todas á los piés de una mujer......

***

Cada día más y más dominado por mi amorosa pasión, eché en completo olvido mis cavilaciones y temores; y ya no me preocupaba el saber si mis relaciones amorosas con una mujer casada, producirían en el público, desfavorable impresión.

Y sin dañada intención, sin pretender ser inmoral en mi conducta, casi sin darme cuenta de mis acciones, acostumbréme á tratar á Ofelia, no con los miramientos que guardamos en las relaciones ilícitas, sino con la naturalidad propia de dos amorosos cónyuges.

Ya lo he dicho, Ofelia tuvo la primacía en esta impudencia de nuestras faltas; pero preciso es confesarlo, lo que en ella fué la valentía y entereza de la pasión avasalladora, que se atreve á desafiar las iras sociales, imponiéndose en fuerza de su energía y vehemencia; en mí no fué, sino la debilidad de ánimo del que, sin energía para protestar, se deja conducir por extraviado camino, aún con el convencimiento del mal proceder.

Ofelia indudablemente poseía el dón de fascinar y seducir; era de esas mujeres que llegan al completo dominio del hombre, sin que pueda eludirlo ni aún el carácter más enérgico y varoníl.

Ella tuvo para mí mil esquisiteces con que halagaba mi vida de hombre público, y mil refinamientos, con que cautivaba mi corazón de amante; y ésta sola consideración quizá puede atenuar mis faltas.

Legitimar con indisolubles lazos nuestra pasión, era en ella su dorado sueño, la suprema ambición de toda su vida; pero sin que tras ese noble anhelo se trasluciera ninguna mira interesada, ni móvil alguno egoista.

Un día, estando ella amorosamente reclinada en mi hombro, dirigióme esta pregunta.

— Dime, ¿si yo enviudara te casarías tú conmigo?

Y yo esperando descubrir la incógnita contestéle:

— No me casaría, porque creo que casado no te amaría tanto como te amo ahora.

Ella sin alterarse, con todo el artificio de la mujer de talento díjome.

— Es que si quiero que nos casemos, es sólo para exigirte que me ames más aún.

Mi contestación no la disgustó, por más que ella esperara oirme decir que ser su esposo era mi más constante aspiración.

Cada día con el frecuente trato, descubría yo semejanzas, tanto en nuestros caractéres como en nuestras ideas y sentimientos, que contribuían á darme la convicción de encontrar en su alma, esa bella mitad que completa nuestro ser, y que cual las cuerdas de un instrumento, vibra unísono al par de nuestro ser en todas las situaciones de la vida.

Yo la veía entusiasmarse, ó como decía ella, «morirse de gusto» cuando se imaginaba que yo, ya fuera encabezando un movimiento revolucionario, ó por medio del voto electivo de los pueblos, había de llegar á la presidencia de la República.

Entónces ella, estrechándome amorosamente entre sus brazos, acercaba su cabeza á mi oído para decirme: —Jorge, amor mio, yo quiero verte pronto llevando la banda presidencial del Perú.

Y yo al escuchar estas palabras, sentíame con ánimo suficiente para lanzarme como el Gran Napoleón á atacar un puente cerrado de cañones.

Cual si sus amorosas palabras, fueran dulce arrullo de mi amor propio, preguntábala yo: —Díme seré yo capaz de ser un gran presidente del Perú?

Y ella entusiasmada y con el tono de la convicción, decíame:

— Quién puede igualarte, ni ménos sobrepasarte? tú tienes valor, talento, energía: tú puedes ser más grande que Bolívar, ó Washington y quíza más grande que los dos juntos.

Y yo envanecido con sus palabras, confirmadas á cada paso por los mil y mil aduladores que me rodeaban, soñoba con glorias y triunfos que el porvenir había de regalarme.

Los pequeños homenajes que, como jefe de partido, yo recibía, Ofelia los agrandaba y comentaba menudamente, y así no fueran de los más insignificantes, ella con maternal delicia los aceptaba, y yo contagiado de su entusiasmo, y seducido por sus palabras, me imaginaba crecer moralmente tanto, que algúna vez antojóseme ser algo así como un semidios.

Las cartas llegadas de las provincias, escritas muchas en detestable castellano; pero en las que no

faltaban los consabidos conceptos de: *Ud. es el único hombre que puede salvar el país,* ó *Ud. es el prohombre de la situación,* Ofelia las leía y releía, y muchas veces pretendía contestarlas ella misma. Cuando yo recibía mi comunicación del correo, ella de pié reclinada en mi hombro, seguía con la vista lo que yo en alta voz leía: y acariciando mis cabellos con sus manos, escuchaba atentamente la lectura. Algunas veces al terminar una carta decíame: — No ves, no ves, sólo falta que tú te presentes allá y ya verás como todo arde como un castillo. Mira, si yo estuviera en tu lugar, mañana mismo pusiera fuego á la mina, y me proclamaría Presidente de la República. ¡Oh! qué cobardes son los hombres!

Y poseida de ardoroso fervor revolucionario, se paseaba en la habitación, y yo la daba pié, y juntos forjábamos mil proyectos de sublevaciones de cuarteles y pronunciamientos de pueblos, todos á cual más descabellados é insensatos.

Un día, supimos que para asegurar la tranquilidad del Departamento de M. debía enviarse allá. una guarnición comandada por un coronel, cuya fama de enamoradízo y amante del bello sexo, era bién conocida. Ofelia envió á llamarlo y con él tuvo larga conferencia que yo no me cuidé de presenciar. En la noche ella sumamente conmovida me hablaba de las seguridades y promesas dadas por el coronel. por las cuales quedaba él solemnemente comprometido á adherirse á cualquier movimiento revolucionario, que en mi favor se efectuara en ese Departamento.

Yo entónces no alcanzaba á preveer, ni podía dar-

me cuenta hasta qué extremo mis ambiciones llegarían á influir en la conducta de Ofelia.

Hoy que al fin me doy explicación de todas sus acciones, pregúntome espantado:—¿No seré yo el único causante de los deslices de esa mujer que en un tiempo fué tan honrada? ......

Esta idea me tortura y atormenta sin cesar; pues á ser ciertas las noticias que hoy llegan hasta mí, debo temer que Ofelia llegue al último grado de prostitución.

* * *

Sin conocer exactamente mi situación financiera, porqué nunca me tomé el trabajo de llevar un libro de cuentas, presentía que mi ruina era inevitable, y debía estar bién próxima.

Los especuladores de baja estofa rodeábanme, y siempre con nuevas exigencias, se llevaban mi dinero, muchas veces para no volver á verme más, ni aún darme cuenta de sus comisiones.

El oro caía de mis manos, en continuada corriente, como si fuera el agua inagotable de una fuente.

Y Ofelia, contagiada de mi fiebre derrochadora, seguía mi ejemplo, y á su vez, despues de haber gastado toda su pequeña fortuna, seguía gastando la mía.

Los desastres se multiplicaban, y un descalabro sería la ruina de mi posición social y política.

Yo habíame retirado del Ministerio de Hacienda, llevando como *utilidad* de mis negociados, no menos de un millón de pesos contantes y sonantes; los cuales coloqué en una casa comercial de Londres, no sólo para facilitar mis giros, si que también para ocultar aquella riqueza, que mis enemigos debían conceptuar mal avenida, como yo también, la conceptuaba. Bien hubiera yo podido, siguiendo ejemplos muy altos, aparentar pobreza un tiempo que nunca es muy largo, y luego, después de corto viaje al Extranjero, regresar convertido como por obra de encantamiento, en millonario. Y entonces, ante el « hecho consumado » no hay ningún osado que quiera conocer la procedencia de nuestra fortuna.

Un millón de soles, que debían desaparecer tan mal gastados, como fueron mal avenidos!

Desde el momento que mis partidarios comprendieron, que yo estaba resuelto á no poner reparos á los gastos de dinero, con tal de llegar á la realización de mis ambiciones; ya yo no tuve amigos verdaderos y desinteresados, sino viles é innobles especuladores, que me vendían su amistad, con mayor descaro y cinismo que una prostituta su amor.

No sólo de Lima, sino también del resto de la República, llovíanme cartas con petitorias de dinero que era forzoso satisfacer, á todo evento y sin observación alguna, pues que en tales casos, tras una negativa aparece un descontento que presto se torna en real enemigo. Yo veía agotarse mis caudales, sin poder evitar la corriente que se los arrastraba, dejándome en cambio desengaños y sinsabores.

***

Bien pronto nuestro domicilio, aquel que Ofelia bautizara con el cariñoso nombre de *nido de amor*, quedó convertido en punto de reunión de algunos de mis partidarios; de aquellos que medran especulando con los partidos políticos.

A las ocho de la noche de cada Sábado, el pequeño saloncito azul, estaba atestado de visitantes, asemejándose á colmena de hombres que se movían, hablaban, fumaban, como si se hallasen en un club de partido.

El salón resultó estrecho y escasos los asientos; fué necesario para que los concurrentes no permanecieran de pié toda la noche, acudir á las butacas del dormitorio, y hasta á las sillas del comedor. Aquello se convertía de más en más en verdadera invasión.

Ofelia habituada á sus rumbosidades de gran señora, no escatimaba los refrescos y la cerveza, y solía también invitar á sus visitantes algo más sólido con que refocilar los estómagos; lo cual infiero que fué uno de los atractivos de esas reuniones, donde había mucha gente, de esa que como á los peces, se les apresa sólo por la boca.

La Condesita del pescante, quedó pues, como ella decía, sin saberlo ni pensarlo, directora de mi partido; y se presentaba allá en médio de esa concurrencia,

amable risueña y lujosamente ataviada, dispensando frases seductoras, y amistosas con tal tino y discreción, como si toda la vida hubiera desempeñado ese puesto de directora de un partido.

Y ella mareada con la adulación, y yo enbobado con los éxitos del momento, no supimos prever, que caminábamos hácia el abismo.

Para dar idea de la manera como mis amigos adulaban á Ofelia, apuntaré aquí algunas frases, tomadas al paso, en ocasiones que me encontraba cerca de ella.

— Señora — decíale un diputado que había entrado á las Cámaras con actas escritas, *confeccionadas* firmadas y falsificadas, en las antecámaras de Palacio. — Señora: la Providencia coloca siempre cerca de los grandes hombres, mujeres extraordinarias que los acompañan y los guían; en Ud. veo á una de esas mujeres predestinadas á grandes cosas.

— Quiera Dios que así sea — dijo Ofelia con naturalidad, como mujer acostumbrada á oír este género de adulaciones.

Otra noche, un hijo de Esculapio, que sin más ni más, queria meterse á político y dejar sus *recipes* quizá por poco lucrativos decìale: — *Señorita* Ofelia — Esta palabra de señorita dirigida á una mujer casada, merece explicación. En Lima la gente aduladora y gomosa, usa todos los nombres de señoras en diminutivo, y no admitiendo el nombre de Ofelia esa diminución, recurrió al de llamarla señorita.

Sigamos adelante con el diálogo de mi amigo, doctor en medicina.

— Señorita : desde que Ud. está á la cabeza de nuestro partido, el *bellismo* ha crecido que ya es un gigante. ¿ Quién no ambicionará pertenecer á este bando, para acercarse á la mujer más hermosa y seductora de Lima ? ....

En otro grupo oía decir ; — Aquí no hay más que agarrarse firme á la Coronela Bella ; ella es la que hace y deshace de todo el partido.

Un hombre de edad, de esos que por lo mismo que llevan conducta reprensible, quieren a todo evento guardar apariencias de moralidad, decía :

— Cosa fuerte es esta, de venir á la misma casa de la querida de un caudillo ; pero que diablos puede hacerse, si ya todos han convenido que ella es el alma de las conspiraciones ?

Y haciendo una mueca de disgusto se rascaba la nuca y reflecionaba sobre ese tema.

Algunas veces, ímpetus celosos estremecían mis nervios y turbaban mi tranquilidad, y entónces discurría que muy posible era que muchos de los que se decían partidarios míos, no fueran más que enamorados de Ofelia ; y arrebatado por estas ideas, la cólera y el arrepentimiento se apoderaban de mi ánimo ; y miraba con disgusto el que ella tomara parte tan activa en nuestros planes de conspiración.

Otras veces ocurríame la idea de arrojar léjos de Ofelia á toda es gente ruín, cuyo aliento la empeñaba, pero la veía á ella tan entusiasmada, tan empeño-

sa en sus propósitos de conspiradora, que me arredraba el temor de inferirla una, ofensa ó euando menos causarla grande disgusto, alejándola del movimiento revolucionario, que tanto halagaba su vanidad de mujer y de gran señora.

En el público y entre mis amigos, se la daba el nombre de la Coronela Bella, poniendo mi apellido en femenino.

Decíase generalmente : —Esta noche iremos donde la Coronela Bella. — Habrá reunión mañana donde la Coronela ? Pues iremos donde la Coronela Bella.

Y en éstas citas de partidos, figuraba Ofelia antes que yo.

Ernesto nos daba informes del personal de muchos de nuestros visitantes ; no ignoraba nada de la vida galante, ni de las intimidades, donde se ocultaban las manchas del honor, ó las deslealtades del hombre público.

Con esa puéril curiosidad que domina aún á las mujeres más sérias, Ofelia divertíase grandemente con los repugnantes detalles dados por Ernesto ; y cuando llegaba un "nuevo," dirigíale esta pregunta : — Y ¿ qué me dice Ud. de la biografía del señor N ? Y Ernesto citando épocas, nombres propios y hasta lugares de lo sucedido, referíanos cosas sumamente divertidas y curiosas.

Cuando la pregunta se refería á alguno de esos vetereuos de la política, cuya fama era bien conocida y su foja de servicios contaba tantas páginas como fraudes y latrocinios se habían cometido en aquella

época, mi amigo Ernesto con natural imposibilidad decía:

—Este es un hombre que tiene la conciencia en el estómago y las opiniones en el bolsillo. Sus dos manos le sirven de balanza para medir el peso hácia dónde debe inclinarse su cabeza. Conoce las evoluciones artísticas de los partidos y sabe buscarle la lógica á los cambios de opiniones. Es un gran talento que se vende por un real y médio. —Otras veces refiriéndose á algún flamante político decía: —Este es uno que pasó la vida sembrando camotes y cultivando viñedos; pero la agricultura en el Perú, es mina que ha dado en agua, y por eso un día mi hombre, abandonó el arado del agricultor y se metió á politico, agarrándose de las faldas de su mujer que era muy bonita y tenía muchos enamorados; y uno de ellos, el más favorecido de la mujer, hizo ministro al marido, y le tomó bajo su protección. Hoy la mujer ha muerto; pero él ha quedado en buen predicamento.

Y con su acostumbrada maledicencia me decía de otro: —Este es un *cholito* atrevido bastante hábil pero muy pillo. Hoy juega marionetes con todos los hombres de Palacio, y si viene á nuestro partido, es porque sin duda proyecta alguna combinación de la cual espera resultar él la cabeza y Ud. los piés. Cuidado con estos acróbatas políticos; saben dar saltos mortales y caer parados en la cabeza del que los proteje.

A este tenor eran las pinceladas biográficas con que mi amigo esfumaba á nuestros hombres políti-

cos ; es decir solamente á aquellos que en época pasada fueron á afiliarse á mi bando.

También entre los abogados vino á ofrecerme sus servicios y su voto uno, cuyos datos biográficos dados por Ernesto, no quiero echar en olvido. Era un letrado con estudio abierto aunque pobre clientela; gozaba de reputación de *hombre de talento,* no de aquellas debidas á alguna combinación financiera, que por haber dado resultados contrarios de los que su autor se propuso, fueron beneficiosas al Estado, y así dieron fama de financista al autor ; el cual no tuvo otro mérito que, proponerse hacer negro lo que le resultó blanco ; el abogado en cuestión tenía verdadero talento. Hablaba con elocuencia, y animación, por más que algunas veces exajerara las metáforas, y dislocara las ideas. En tiempo no lejano, había desempeñado con talento la cartera de Hacienda, dejando bien quisto tanto su reputación de honrado como su fama de talentoso ; lo cual no es una bicoca, aquí donde la mayor parte de los ministros de Estado, dejan el portafólio, maltrechos y aliquebrados.

En época no lejana había sido jefe del partido liberal *rojo ;* pero algunas partidas de rocambor « ilustrado » de á un sol apunte, abrieron profunda brecha en sus exiguas rentas ; y diz que « *echando sus cuentas allá entre sí,* » dedujo que más fácilmente saldaría sus deudas afiliàndose al partido ultramontano, que de jefe de un partido poco *liberal,* en aquello de llenarle á él su bolsillo ; y de la noche á la mañana tornose furioso defensor de « *curas* y *conventos.* » Y no se equivocó en sus positivistas deducciones. Su

estudio antes desierto y nada lucrativo, convirtióse en apiñada multitud de mayordomos de conventos y cofradías, usurpadores de canongías, y de toda esa turba que por horror al trabajo honrado, vive especulando con instituciones iglesieras, que con poco andar dejan mucho dinero.

Sus amigos al ver el entrar y salir de los numesos clientes del flamante ultramontano, decían admirados: — Parece increíble como ha crecido la fama del Doctor. ¡Lo que es el talento!... Y este talento no consistió en él, sino en oir misa los Domingos en San Pedro á la hora de mayor concurrencia, y publicar algunos artículos de controversia y ortodoxia á lo Doupanloup, y también algún discurso á lo De Maistre, que le valieron aplausos y felicitaciónes.

Y tan fructíferas fueron las misas y discursos para el Doctor, que se resolvió á formar un hogar. uniéndose en matrimonio á una arrogante solterona, lo cual antes no había podido realizar, no por otra causa, que por ser insuficientes sus honorarios para subvenir á las necesidades de una familia, por pequeña que ella fuese.

Bajo el punto de vista político, el Doctor en cuestión, no podía ser, en su condicíon de ultramontano, importante adquisición para mi partido. En el Perú, el ultramontanismo, solo es influyente, activo y eficáz, cuando el bello sexo le ha llevado su contingente de súplicas, empeños y mandatos. Y aún así, alguna vez ha sucedido que « partido partidarias y candillo », todo ha caido en el mas espantoso ridículo. Escusado es decir que, en el terreno

político, sólo puede contarse con las influencias y servicios del sexo que yo llamaría *fuerte*, cuando se trata de defender tradiciones y derechos de ortodoxia católica. Desgraciadamente, cómo en general, la mujer es creyente por nobleza de sentimientos y elevación de espíritu, acontece, que con las más nobles intenciones, se convierten en instrumento de los que medran á la sombra de sus falsas creencias.

Yo, aunque educado en el Seminario, bajo la más extricta enseñanza religiosa, he perdido con los años y la experiencia, mi fé y mis ilusiones de creyente: hoy desconfío del hombre que se me presenta con pretensiones de católico ferviente y desinteresado, ni más ni menos que del que se me presentara enmascarado. Muchos de esos farsantes con el antifáz de su fé religiosa, llegaron hasta mí, esperando conquistar simpatías y protección, y se equivocaron.

Yo creo que nuestra fé y nuestras creencias, deben guardarse, como que son el perfume de nuestra alma: y desde el punto que con ellas se especula, ó se les exhibe, alardeando y arrojándolas á los cuatro vientos, se malean ó se evaporan. La época de los tartufos ha pasado; la sinceridad y la buena fé, son el mejor escudo de toda creencia religiosa.

En Lima no existe el partido liberal, propiamente llamado así; algunos liberales exaltados, luchan dispersos, desunidos y sin organización; y esta es la causa por la cual, no obstante ser numerosos, son débiles y se ven frecuentemente pospuestos por sus enemigos.

De vez en cuando, se coloca en la brecha, uno de

esos valientes é inexperados jóvenes, que quizá esperan con su ardimiento desafiar todo un partido; pero luego caen rendidos, y muchas veces pagan caro su temerario entusiasmos.

Yo que en los partidos, jamás busqué las ideas, ni los principios, ni cosa alguna semejante; sino pura y simplemente, he medido el apoyo que ellos pudieran darme, ó el contingente que pudieran prestarme; procuré en todo caso no malquistarme con ninguno de los partidos, cualquiera que fuese su bando ó su credo social. Este he juzgado que podía ser el más seguro rumbo para llegar á buen término.

V.

Nuestro plan de conspiración, era sumamente atrevido: se trataba dar un asalto al Palacio de Gobierno, y contando con la guardia que sería comprada, apoderarse del Presidente, vivo ó muerto, que en tales casos no es dable prever las emergencias que puedan surgir.

Una vez tomado el Palacio y apresado el Jefe del Estado; se dispararían dos cañonazos que debían ser la señal de las sublevaciones de algunos cuerpos de ejército.

Esta combinación, fué concertada sólo entre los más adictos á mi persona, sin dejar percibir cosa alguna, á los que eran de dudosa fidelidad.

Desgraciadamente, se cometieron mil imprudencias, como la de ir algunos amigos mios, á los

cuarteles, para hablar con los oficiales y sarjentos, que debían realizar la sublevación.

En cuanto á los jefes de los batallones, de antiguo sobemos que su acción es poco importante, tratándose de un movimiento en que el número decide del éxito.

Todo estaba ya preparado, y sólo nos faltaba dar el asalto decisivo, que debía realizarse, á la noche siguiente.

Pero no sé que destino ciego y fatal, ha desviado desgraciadamente los sucesos de mi vida, apesar de hallarse perfectamente combinados, y asegurados contra todos los contrastes, aún los más imprevistos.

Un día, encontrándome yo tranquilamente recostado al lado de Ofelia, mi casa fué asaltada y yo apresado y conducido á la Intendencia de Policía, donde se me condujo á una de las habitaciones destinadas á los presos políticos.

La primera impresión producida en mi ánimo á causa de mi apresamiento, no fué de indignación ni de coraje. ¡Quía! — decíame yo — Se atreven contra toda una colectividad unida, fuerte y pagarán bien caro su osadía! Y lleno de bríos y ardimiento, esperaba que mis entusiastas y adictos partidarios, aquellos que en todos los tonos de la gama aduladora, me habían ofrecido sus vidas y haciendas, encontrarían la oportunidad precisa para cumplir sus promesas.

— ¡Cómo! — decíame á mismo — mis amigos y

partidarios mirarán tranquilos é impasibles mi desgracia? ....—Ellos para quienes yo más que jefe de partido he sido el ídolo que fervientemente adoran, se resignarán con esta tamaña tropelía? ....

Imaginábame verlos aprestándose para caer cual formidable legión, que había de ser cual la irresistible tromba marina, que debía arrollar cuanto se opusiera á su paso. Dudar de la fidelidad de esos nobles adalides, parecíame ruín conjetura que yo no debía aceptar.

No obstante, días y más días pasaron, sin que ellos dieran señales de vida.

¿Qué se hizo su entusiasmo y adhesión? ......Hoy me río de mi credulidad! ....

En los primeros días de mi prisión. mis guardianes eran sumamente condescendientes, y permitían la entrada á cuantas personas llevaban permiso escrito por el Prefecto de Lima.

Una noche, hallábame yo sólo y triste, pensando en la série de acontecimientos que habíanme conducido hasta allí; cuando sentí dos golpecillos dados muy suavemente á la puerta de entrada.

No sé que impulso desconocido, púsome de pié. como empujado por desconocida fuerza; y con voz agitaba, dije: —¡adelante! — siguiendo el uso de los presos.

Un joven de aspecto juvenil y desconocido talante, presentóse á mi vista: sus bigotes rúbios y su sombrero de fieltro, calado hasta las cejas, y un lar-

go paletó de subido cuello, dábanle aspecto estudiantil, rondador de niñas y perseguidor de amoríos.

Rápidamente, después de mirar á todos lados, tiró el somhrero y arrojó los bigotes que le disfrazaban.

Cuál no sería mi sorprosa al reconocer á Ofelia que, hermosa y sonriente, presentóse á mi vista!

Estos lances novelescos y de súbitas impresiones encantábanla, pues que daban pábulo á su espíritu semi-romántico y muy dado á este género de aventuras.

Paréceme estarla viendo, pasados los primeros momentos que para ambos fueron de trasporte y alegría; ella con su natural donaire y festivo carácter decíame:

—¡Ah! si vieras cómo he temblado al pasar junto á la guardia! Mira, dáme tu mano—y colocando mi mano sobre su seno, agregaba: — ¿ Ya vez? todavía el corazón me hace *tun* .... *tun* .... *tun* ....

Y riéndose del susto hablaba de otra cosa y olvidaba el tema anterior.

Después de quince días de no ver más que las caras avinagradas de los gendarmes, ó las ceñudas y antipáticas de jueces, alguaciles y notarios, el semblante de la mujer amada, parécenos un pedazo de cielo alegre y resplandeciente, visto en médio de negra y tempestuosa noche.

Ofelia mejor informada que cuantos amigos mios llegaron á mi prisión, me fué portadora de impor-

santes y desconocidas noticias, referentes á le situación política y á la actitud de mi partido.

La realidad era más horrible de lo que pude yo suponer. Aquellos á quienes llamaba yo amigos, considerándolos adictos posélitos mios, estaban muy léjos de pensar en el más pequeño sacrificio en bien de mi libertad.—No es de entre esa turba medrosa y especuladora, de donde puede partir ninguna idea generosa y abnegada—decíale yo indignado á Ofelia.

Todos ó casi todos, hicieron como Pedro con Cristo : me negaron así que me vieron preso, dándose quizá demasiada prisa en augurar mi próxima ruína.

Si debiera datar la época en que mis desgracias y mi espantosa caída, tuvieron principio, yo diría que fué en ese momento, en el cual llegó á ser una convicción, lo que antes no pudo ser ni un lejano temor ; convicción cruelísima de que no debía contar con mis amigos ni menos con mis partidarios.

Después de la más íntima y amorosa escena, Ofelia separóse de mi, no sin prometerme volver muy pronto á pasar á mi lado, largas y deliciosas horas de amorosa intimidad.



Con mi prisión, ó más dicho á causa de ella, operóse en el público y aún entre mis amigos, una de esas inexplicables y curiosas evoluciones, dignas de anotarse en la vida del hombre público.

Como si mi apresamiento, hubiera sido la señal

dada para mi caída moral, así se desencadenaron todas las iras políticas para escarnecerme é insultarme; y la infamia de un delator, vino á ser el cuerpo del delito, no para denunciarme como conspirador, sino para condenarme por todas las culpas ciertas y supuestas, de las cuales nadie antes, hubierase atrevido á acusarme.

Los amigos politicos, son satélites inseparables del éxito. En política, la prosperidad oculta todas las manchas del honor; así como la desgracia las descubre todas.

Cualquier desviación que aleje al caudillo del sendero de la prosperidad, es el principio de su futura ruina. Si mis planes de conspiración hubieran dado felices resultados, esos que con tanta saña escarnecieron mi nombre, hubieran sido los primeros en cantar el *Hosana* al Dios del éxito; y puesto que un delator habíame traicionado, preciso era derivar de aquel suceso mi ruína, por más que yo no tuviese otra culpa, que la que puede tener la víctima de un asesinato.

Y solamente entonces, cuando me consideraron vencido, vinieron á caer en la cuenta, de que yo merecia ser acusado por faltas de honradez en el manejo de los caudales públicos. Hasta entónces mi prosperidad de hombre politico, fué la espesa coraza que resguardó mi reputación de hombre honrado.

Es que en el Perú, la opinión pública, habla por interés y calla por cobardía.

El éxito aún, siendo culpable es acatado; la acusación se guarda sólo para el caído! ......

Y sucedió, que aquel millón de soles producto de

mis especulaciones en sl Ministerio de Hacienda, lo multiplicaron hasta hacerlo subir á la fabulosa suma de cuarenta millones de soles!

Hasta mis apasionados amores con Ofelia, fueron echados á la publicidad, para engrosar el catálogo de mis acusasiones Yo era un hombre cínico, corrompido, que ni siquiera merecía ser escuchado en defensa propia, y á quien se le debía ejecutar, como al más víl malhechor.

Con igual entusiasmo al que gastaron para aplaudirme y adularme, me increpaban é insultaban, haciéndome el blanco de sus iras.

Mi gran reputación de valiente, sentada desde la batalla de Arequipa, y confirmada y engrandecida por las mil aventuras que me atribuyeron, para hacerme un héroe de leyenda, digno de ser admirado; todo cayó, todo desapareció, para que no quedara más, que un hombre preso y desgraciado.

Se fundó un periódico, sin más fin que el de hacerme acusaciones, y "revelar al mundo mis faltas y debilidades," y así como poco antes hubo periódicos destinados tan sólo á ensalzar mis méritos y "*cantar mi gloria*," así los hubo, consagrados á lanzarme acusaciones, poniendo de manifiesto "*mi caída*."

En los primeros días, consideré aquella avalancha de mordaces insultos y acriminaciones de todo género, con sereno y tranquilo ánimo; esperaba que presto aquel furor acabarìa, pues que las tempestades sociales, — decíame yo — deben ser para el hombre político, como las del Océano para el marino:

un incidente natural, que es necesario contemplar sin hacer más que esperar su fin.

Pero léjos de amainar, la tempestad arreció, y mis enemigos se complacieron en hacer llegar á mi prisión, hasta el último papelucho que pudiera llevarme el éco de cuantos insultos y agravios me lanzaron.

Lentamente principio el nivel moral de mi energía á descender, y el desfallecimiento fué apoderandose de mi espíritu. La prisión y el aislamiento, contribuyen en esos casos al gravamiento del infortunio.

Excepción hecha de tres ó cuatro amigos fieles, entre los que se contaban Ernesto y Montalvo, todos, ó casi todos, volviéronse de espaldas, buscando quizá el nuevo sol que debía alumbrarlos.

Se me inició el juicio que segun ley, debía ser aclaratorio de mi culpabilidad, como caudillo revolucionario.

Desde el primer interrogatorio, comprendí que el delator era uno de los que mejor informados estaban del complot. En cada una de las preguntas del juez, se me revelaba uno de los secretos que yo juzgaba perfectamente guardados.

Después de mil declaraciones y otros tantos careos; después de un cúmulo de incidentes y sentencias, que complicaban cada día más las tramitaciones del juicio, resultó que la cuestión tomó un sezgo atrozmente adverso para mí.

Los códigos son en el Perú tan elásticos, que nun-

ca falta un artículo en que apoyarse, cuando se quiere salvar á un pícaro ó condenar á un inocente. Nada podía pues esperar yo de las leyes; y para agravar mi situación, llegó á mi noticia que en esos días, dos de mis amigos y partidarios, apresados como yo, por el delito de conspiración, habían desaparecido de la prisión, sin que se alcanzára á descubrir su paradero, y sin que pudiera comprobarse su fuga. La voz pública susurraba que allí se ocultaban dos envenenamientos muy bien conbinados, y se decía que igual suerte se me esperaba á mí.

Algunas esquelas y billetes, llegaron á mis manos, traidas unas por los mismos que desempeñaban el cargo de guardianes, otros ocultos entre los objetos que recibía para mi uso. En todas estas cartas, pedíanme mis amigos, el que salvara por medio de la fuga, del eminente peligro que me amenazaba. Todos poco mas ó menos decíanme: — La muerte se cierne sobre la cabeza de U.; es necesario fugar sin pérdida de tiempo, si no quiere U. ser víctima de los asesinos del Gobierno — y todas concluían con esta advertencia — Mucho cuidado con los alimentos!.....

Toda la entereza, todo el coraje que en el primer momento sintiera, convirtióseme en caimiento, en postración de ánimo, casi en terror, hacia esa mano oculta que sin saber cómo ni en qué momento, debía herirme.

¡Oh! en aquellos momentos inmensa inenarrable angustia, apoderóse de mi alma! No era la muerte con todos los horrores de una intoxicación, lo que mayor espanto me causaba; no, era la satisfacción de

mis enemigos, el día que me hubieran *comido* como en estilo de politiqueros se dice.

Preso de mortal congoja, paseábame en mi habitación, asemejándome á una fiera cogida en sus redes.

¿Qué hacer? ¿cómo evadirme de aquella cruel situación?

Intenté con ofertas ventajosisímas, seducir al oficial que diariamente montaba la guardia; pero se había elegido para ocupar este puesto, á un oficial cuyos padres eran de antiguo, enemigos personales mios.

Mis conatos de evasión, fueron pues causa de que se redoblara la guardia, y se aumentara la vigilancia de mi prisión.

No hubo remedio; preciso fué entregarme inerme y maniatado á mis enemigos; fué preciso quedarme allí, convencido de que yo era una presa de la cual ellos podìan disponer á su antojo!.........

Y luego, en estas circunstancias, el sistema nervioso continuamente excitado, enferma el cuerpo y aumenta la angustia. Yo me sentía morir.

Segun costumbre establecida, respecto á los presos políticos de alguna consideración, los alimentos me fueron suministrados por uno de los hoteles mejor montados de Lima; pero ¿quién me aseguraba que allí no vendría el veneno que había de quitarme la vida?...........

Suponiendo yo que el pan sería el menos apropia-

do para suministrar un elemento mortífero, limité mi alimentación á pan y agua.

Cuantas veces, incitado por el olor de los potajes condimentados y provocativos para un estomago hambriento y un cuerpo estenuado por el ayuno, me apoderaba de un plato, resuelto á comerlo, y en el momento de probar el primer bocado, asaltábame la idea de que contenía alguna porción de veneno, destinada á quitarme la vida; y entonces, rechazaba los platos, y corría á tirarme sobre mi lecho, sintiéndome hambriento, furioso y desesperado!.........

Cuando aún esta preocupación no se había apoderado de mi ánimo, hasta el punto de ser mas poderosa que el hambre, sucedíame que, preocupado con otro linaje de ideas, comía distraidamente, y sólo después de haber concluido, ocurríame sentir esa desazón, ese malestar, propio de mi excitada imaginación, y que yo, consideraba como los primeros síntomas de un envenenamiento.

¡Oh! aquellos fueron días de mortal angustia é interminable padecer!

Poseido de mi terror al veneno que hábía de matarme, corría furioso y desesperado á estrellarme el craneo, contra los muros de mi prisión. Y faltándome el valor para tanto, me indignaba contra mi cobardía, y maldecía de mi pequeñez!

Mas de treinta días habían trascurrido, sin que un solo papel escrito por mis amigos, llegara á traerme una vislumbre de esperanza; lo cual me dejaba comprender, que la vigilancia se había redoblado, y que estaba rodeado de enemigos.

Y esos enemigos, daban pruebas frecuentes de que no les detenía ni aun el crimen, llevado hasta el asesinato, con tal de cumplir sus propósitos de herir mi persona ó cuando menos, abatir mi popularidad que antes tanto los anonadara.

Bajo la influencia de estas ideas, sentía aniquilarse mi ánimo y decaer la entereza que en tales situaciones me acompañara. Y en mis horas de abatimiento y desesperación, pensaba que mi larga prisión, daría por resultado el resfrio de mis reducidos partidarios y la desunión de mis pocos amigos.

Ocho meses debían ya cumplirse desde el día que yo había entrado á mi prisión; ocho meses y el juicio iniciado llevaba trazas de larga duración.

Con mi pensamiento puesto en Ofelia, llegué á considerala como á mi único ángel salvador. Un día encontrabáme más que nunca impresionado con los acontecimientos, todos adversos que me rodeaban, cuando un billete de Ofelia, oculto entre algunos objetos de mi uso, llegó á mis manos.

No me detendré á describir la intensa emoción sentida al descubrir el papel, y reconocer la letra de Ofelia.

El billete decía así: Jorje, amor mío.

Todo está preparado para tu fuga; el sábado en la noche estaré en tu prisión; tu huirás y yo quedaré en tu lugar. Un peligro iminente amenaza tu vida, y tu Ofelia morirá si tú mueres.

— ¡Ofelia!.........mi adorada Ofelia, cuanto te amo y cuanto debo estimar tu sacrificios y tu abnegación

—exclamé arrebatado por la exaltación que tan expresivas frases produjeron en mí.

En ese momento mi amorosa pasión llegó al grado más alto que puede medir el termómetro del amor.

El juicio que se me había instaurado, tomaba día á día, aspecto más amenazante, y no se me ocultaba que, el intento de mis enemigos, era llegar á un resultado por el que, se me condenase, acusado del gran crímen de asesinato frustrado en la persona del presidente de la República.

En el público, se había esparcido la especie de haber yo perdido la razón; tal era el estado de excitación y coraje con que habíame presentado ante jueces y escribanos. Comprendí, cuando tal noticia llegó á mi conocimiento, que Ofelia queriendo darme algún consuelo, con la esperanza de próxima libertad, había escrito aquella esquela.

Después de meditar larga y maduramente, deduje la cruel consecuencia de que, á ser ciertos los planes combinados para mi fuga, no hubiera cometido la estupenda imprudencia de revelarlos, confiándolos á un billetico, que debía llegar á su destino, con mil peligros de ir á dar antes á manos de mis guardianes.

«El sábado estaré yo en tu prisión», decía el billete, y era miércoles el día que había llegado á mis manos. Dos días solamente, debía aguardar; dos días que habían de parecerme de quinientas horas cada uno!

A fuerza de refleccionar, concluí por convencerme

que, aquella promesa, no podía ser más que, una palabra de aliento, enviada á un desesperado.

Esperé tranquilo, casi indolente, los dos días que me separaban del sábado; pero así que llegó la hora señalada por Ofelia, apoderose de mi la mas violenta é indomable excitación nerviosa.

No podía tenerme en un sitio; ni aun permanecer en silencio; iba de un lado para otro, hablaba aunque fuera de cosas ajenas á la causa que me traía preocupado.

Sonaron las siete en el reloj de la Intendencia. ¡Ah! es necesario haber esperado algo tan querido como la libertad, que en ciertos momentos es la vida misma, para saber como resuena en el alma el timbre de un reloj!

Y la libertad se me presentaba acompañada dèl amor de Ofelia, de los goces que á su lado me prometía.

Decir que el tiempo parecía haber paralizado su curso, sería decir una de las muchas vulgaridades, que no expresan fielmente las violentas impresiones del ánimo.

Cuando ya tan solo faltaban veinte minutos, para que la hora esperada sonara, preguntabáme yo angustiadísimo. — ¿Llegará Ofelia?.........y al dirigirme á mi mismo esta interrogación, sentía pasar por mi cerebro el vértigo producido por la duda de aquello que anhelamos con todas las fuerzas de nuestra voluntad. No quería ni imaginarme que las ocho campanadas del reloj sonarían, sin haber visto llegar

á Ofelia, á la mujer amada, que debía traerme con mi libertad, mi completa dicha.

Al fin llegó la hora deseada, y entonces ya no excitación, sino delirio, era lo que yo sentía en esos momentos.

Esperar quizá diez, quince, veinte minutos!......... quizá media hora más, ¡oh! esta idea me exasperaba, y acrecía mi angustia! Y entonces, presa de violenta desesperación, corrí á tirarme sobre el lecho, para hundir mi cabeza entre las almohadas y quedar allí, sin conciencia de mi mismo ni de cuanto á mi alrededor pasaba.........

—Jorje! Jorje! ¿Duermes acaso? á esta hora!—y Ofelia estremecía mi cuerpo, como si verdaderamente estuviera dormido.

Describir la escena de lágrimas de caricias, de mútuas protestas, que entre ambos se realizó, sería darle á estas memorias, tinte demasiado romántico, cuando mis propósitos son bien ajenos á esta idea.

Después del primer momento, Ofelia dijo:—La guardia está comprada. Treinta mil soles se le ha dado al joven oficial, y cinco mil á los soldados que hoy harán el servicio de centinelas.

Yo me sentía aturdido, confuso, sin saber qué resolución tomar, ni aún me encontraba con ánimo suficiente, para decidirme á una evasión. Apenas si atinaba á besar y acariciar á Ofelia, diciéndola:

—Dispón como mejor te parezca, yo me entrego á tu voluntad; tú tienes la serenidad de ánimo que á mí me falta.

Ofelia muy resueltamente, principió á desnudarse diciendo:—He traido prendas de vestir dobles. Mira este vestido negro te vendrá muy bien; tú eres casi de mi estatura. Tú saldrás acompañado del oficial, que se ha comprometido á favorecer tu salida; él es el que me ha acompañado hasta aquí. El fugará junto contigo, y yo me quedaré aquí en tu prisión. Yo no podría salir, porque al ver dos mujeres, después de haber entrado una sola, se despertarían sospechas que serían nuestra perdición. Hay álguien que puede vernos, y que no es de los nuestros. Con que valor y resolución, y esta noche obtendrás tu libertad.

Ofelia, había hablado tan apresuradamente, y con tal acento de convicción y mando, que no me dejó lugar de dirigirla una observación, ni replicarla una palabra.

Cuando vió, que lejos de obedecer sus órdenes, quedé contemplándola, extasiado al ver su garganta y su seno casi desnudos, volvióse á mí, y entre colérica y angustiada, dijo:

—¡Cómo! ¿qué esperas? No tenemos tiempo que perder: á las ocho y media todo habrá cambiado desfavorablemente para nosotros.

Ella había extendido sobre mi lecho, el traje de mujer, que me destinaba, y también una manta de vapor bordada, semejante á las que usan las señoras de Lima.

Yo miré aquellas prendas, destinadas á disfrazarme, y comprendí y valoricé, todo el ridículo que debía arrostrar, no solo ante la mujer amada, sino tam-

bién ante un público, cuyas miradas debían estar fijas sobre los menores detalles de mi fuga.

Conocía lo suficiente la agudeza y sátira limeña, para aprovecharse de esos detalles y ponerme como ropa de pascuas, con todo el ridículo á que se prestaba aquel mujeril disfraz; el menos apropiado para un coronel conspirador. Y luego huir dejando á Ofelia en mi lugar, pensé que á más de una cobardía era una infamia. Todas estas reflecciones, pasaron por mi mente, rápidas como el rayo, en tanto Ofelia hablaba desnudándose para que yo vistiera aquel traje traido oculto bajo el suyo.

Después de un momento, ella como si quisiera unir la acción á su enérgica palabra, asiome violentamente por el brazo diciéndome: —¡ Por Dios! no perdamos tiempo, dentro de un momento será ya tarde!..

—Es que yo no me visto de mujer—díjela acentuando resueltamente mis palabras.

—¿Qué es lo que dices? No te disfrazarás con el vestido que yo te he traido?

—No, con ese vestido...... ¡jamás!

—¡ Dios mío! y para esto he arrostrado yo tantos peligros y gastado tanto dinero!......... ¡Oh! yo me muero de cólera......y de pesar!.........

Y Ofelia, cubriendóse el rostro con su pañuelo, prorumpió á llorar, con largos y angustiados sollozos, quizá no del todo verdaderos; pero que en ese momento, eran la expresión de la mujer que había venido á decirme: Salvate y yo sola arrostraré los peligros y la muerte!...........

Ningún lenguaje humano tiene frases más elocuentes que estas, si ellas salen de los labios de la mujer que, como Ofelia, puede presentar sus acciones, como comprobante de sus palabras.

Estaba ya yo á punto de decirla, como en el primer momento: — Haré lo que tú dispongas—y obediente y resignado, tomar mi traje de mujer para disfrazarme muy formalmente con él; cuando por dicha mía, recordé que, en los primeros días de mi prisión, un buen amigo mío, me había traido unas largas patillas negras y una peluca idem, para el caso que yo quisiera fugar disfrazado.

De esta suerte, podía Ofelia acompañarme, quedando así salvado el inconveniente de salir dos mujeres; lo cual, según su opinión, debía inspirar sospechas, á los que, no perteneciendo á los nuestros pudieran vernos.

Corrí hacia un pequeño maletón de viaje, en el que yo guardaba mis ropas de vestir; y sin hablar palabra, coloqueme mis largas patillas y mi espesa peluca.

Ofelia continuaba sollozando y balbuceando entrecortadas palabras; y yo volviéndome hacia ella la dije:

—Mira, ¿no crees que así saldré bien disfrazado?

—¡Ah qué bueno! Sí, magnífico...magnífico!—exclamó ella alborozada y riendo de contento, cual una chiquilla, con los ojos húmedos aún de lágrimas.

—Como yo nunca he usado patillas, creo que nadie me conocerá en este talante—dije yo mirándome en un pequeño espejo colgado en la pared.

—Sí, estás perfectamente disfrazado......como tú eres rubio......Vamos vamos!......y con extraordinaria fuerza, Ofelia llevóme tras sí sin poderlo evitar.

Así que nos hallamos en el gran patio de la Intendencia, sentí que la mano de Ofelia temblaba, no obstante, volviéndose ella hácia mí, dijome:—Valor y adelante!

El oficial comprometido, y que debía fugar con nosotros, nos condujo por camino seguro, hasta la puerta del Palacio de Gobierno. Ningún accidente desgraciado, detuvo nuestros pasos.

Los guardias, unos no estuvieron en sus puestos y otros, no fijaron en nosotros la atención.

Cuando nos hallamos en la plaza principal, creí estar soñando.

—Estamos salvos!—Gracias á Dios!—fueron las exclamaciones que de los lábios de ambos se escaparon.

—Sube á ese carruaje. Adiós!—díjome Ofelia, tomando el camino hácia la calle del Arzobispo.

En ese momento, acercóse un carruaje y después de una contraseña, convenida, subí y cerré la puerta sin aparentar precipitación ni temor.

Ofelia no tuvo ni tiempo, ni tranquilidad para informarme del plan combinado: apénas si alcanzó á decirme:—Montalvo es uno de los que con mayor actividad ha trabajado para tu fuga. Él te espera disfrazado de cochero; tú déjate guiar.

Cuando el coche que me conducía detuvo su ca-

rrera, yo me encontré frente á una de las iglesias de Lima, y Montalvo desempeñando su papel de cochero, metió la cabeza dentro del coche, y muy sigilosamente, díjome.

—Siga U. derecho á la sacristía, allá lo espera el capellan; ya tiene instrucciones.

Como en esta ocasión se trataba de cosa tan grave como una fuga, fué preciso tomar todo género de precauciones para que desapareciera cualquier rastro ó indicio que pudiera descubrirme; tanto más cuanto que las casas de mis partidarios, estaban todas bajo la vigilancia de la policía.

Montalvo abandonó el coche que supongo fué luego alejado de aquel lugar, y siguiendo mis pasos vino á juntarse á la entrada de la iglesia.

El capellán me esperaba conforme á la advertencia de Montalvo; y una vez dentro de la iglesia este, tomando el tono misterioso que las circunstancias requerían, díjome:

—Aquí será necesario que permanezca U. toda esta noche. Es muy posible que tan pronto como el Gobierno descubra la desaparición de U. principien á allanar y rejistrar las casas de todos los amigos de U.

—Si señor—afirmó el señor capellán—aquí será preciso que se quede U. hasta que haya pasado la primera impresión de su fuga.

Yo me encontraba tan cohibido y desconcertado que, temiendo ponerme en ridículo, prefería guardar silencio, y aparecer meditabundo.

El señor capellán, Montalvo y yo atravesamos to-

da la iglesia, y en la sacristía, el capellán después de desempolvar un viejo confesonario que estaba allí á semejanza de un inválido en su cuartel, señalóme el asiento, diciéndome:

—Aquí, aunque no del todo cómodo, estará U. tranquilo y muy seguro. En la casa de Dios nadie corre peligro.

Yo me limité á hacer un signo afirmativo en señal de asentimiento.

VI.

Libre ya de mis carceleros y lejos de la mano homicida de mis enemigos, discutimos largamente sobre la conveniencia de abandonar el país, ó mejor quedar oculto con el fin de comunicarme con mis amigos.

Mi opinión fué á favor de la permanencia en Lima; y si he de decir la verdad, más que mis ambiciones y mis planes políticos, influyó en esta decisión mi amor á Ofelia.

Yo había pasado á ocupar una casa, que por ser objeto de un litigio sobre su propiedad, se hallaba vacía hacía doce años, sin que persona alguna la hubiese habitado.

La entrada á esta casa, la establecimos abriendo en el muro colindante una puerta, la cual quedaba oculta en uno de los muchos retretes y cubículos que en el interior de las iglesias se encuentran. Por allí podían entrar y salir mis amigos: y caso de necesidad, también Ofelia, pues que era posible la entrada, sin solicitar la venia del señor capellán.

Para verme libre de asaltos y zozobras, que podían amargar mi nuevo asilo, alcancé por medio de Montalvo, que el señor intendente de policía, mediante un regalito competente, (un cheque de seis mil soles nada más) conviniera en ablandarse para dejarme tranquilo sin temor á sus persecuciones.

El señor intendente de policía, antiguo amigo y partidario mío, comprometióse á perseguirme con toda la actividad posible, para aparecer ante el púbico, cual un sabuezo empeñado en atrapar la presa; con la sola diferencia de que él había de buscarme muy léjos de donde yo me hallara. Por ejemplo, si yó me ocultaba por Maravillas, él debía, buscarme por el Camal, ó si por Belén, él debía dirigirse Abajo del Puente.

Seis mil soles para comprar mi seguridad y tranquilidad, parecióme bien poca cosa. Y luego yo necesitaba principiar con mayores bríos la organización de mi partido, para intentar un nuevo movimiento revolucionario.

Pero no bien me propuse dar vida y acción á ese cuerpo, que se llamaba el *bellismo*, y que en no lejano tiempo, había alcanzado las proposiciones de un coloso, que pudo abarcar toda la República de uno á otro confin; no bien quise volver á ser la cabeza que debia pensar y mandar á aquel cuerpo, cuando me dí con la cruelísima decepción de ver, palpar y sentir, que en él habíanse operado cambios radicales todos adversos á mí.

Los sucesos que yó en un principio consideré, cual

pasajera tempestad, habían sido la reacción fatal é inevitable de los acontecimientos anteriores.

¡Ah! yó no era ya el ídolo de esa agrupación política, que tan fácilmente dominé como jefe de partido! Mi autoridad sólo halló voluntades flojas, indolentes, que parecían haber perdido todos los resortes que antes las movían!..

Escribí cartas, envié emisarios para comunicarme con mis amigos, y ni las cartas fueron contestadas, ni los emisarios fueron bien recibidos.

Nadie quiso oírme ni aún conocer mis propósitos. ¿Por qué ha sucedidc esto? ¿Cuál es la causa del desquiciamiento de mi partido? ¿Qué faltas he cometido, que así me llevan á un repentino fracaso?.........

¿Pór qué cuando desempeñaba el Ministerio de Hacienda, y la voz pública me señalaba como el único autor de todos los abusos y especulaciones de aquella época, léjos de disminuirse crecía el entusiasmo de mis partidarios, y la adhesión de mis amigos? ¿Quién puede explicar el insensato y caprichoso criterio con que la opinión pública juzga á los hombres políticos?.........

En el primer momento, no alcancé á darme satisfactoria explicación, de estos fenómenos sociales,que en torno mío se realizaban.

Hoy que estudio las opiniones emitidas, y las tendencias manifiestas, comprendo, que yó he cometido graves errores que sin duda son los factores de mi ruina.

Yo había formado un cuerpo sin alma, ó lo que es lo mismo una agrupación sin principios, y que por ende debia quedar á merced del primero que se propusiera apoderarse de ella.

Seis meses de prisión y alejamiento de mi partido, y la convicción, de mi ruina financiera,han sido suficientes causas para matar aquella entidad política que tan ruidosamente se llamaba el *bellismo.*

El entusiasmo de los partidos políticos, es como el amor de las coquetas, se evapora el día menos pensado. Los partidos sin principios, son entidades que viven de impresiones nuevas; el último candidato que aparece, es el que se sobrepone á los demás.

Día tras día presencié el desbande de mis amigos, sin que me fuera dable evitar aquella desmembración, semejante á la de un cadáver presa de la putrefacción. Y yó á mi pesar, me sentía anonadado y arrastrado hácia aquella sumersión, que debía sepultarme á mí y á todos mis prosélitos.

Por entónces, habíase difundido la noticia referente á la ruina total de mis rentas: y unos le dieron asentimiento, otros la rechazaron cual estupenda impostura.

Decíase, que era imposible que yó hubiera derrochado cuarenta millones, que era la suma á que hacían ascender mis utilidades en el Ministerio de Hacienda.

No obstante, acentuábase en el público, cada día con mayor insistencia, la convicción de haber yó per-

dido toda mi fortuna. Entónces se dijo que era inútil temer mis conspiraciones, y yó comprendí que también los hombres que dirigían la política, participaban de esa opinión.

Un conspirador sin dinero, y sin crédito, como yó me encontraba, es algo asi á modo de un cañón sin pólvora ó un rifle sin balas: una arma inofensiva.

Nunca los golpes del infortunio llegan aislados y solos; y para mí vinieron las desgracias políticas, acompañadas de inesperadas desventuras de mi vida íntima.

¿Llegará un día en que nos expliquemos el por qué de la mala suerte y también de la felicidad? Tal vez!.........

Pasados algunos días de estar oculto y cuando principiaba ya á serenarme, llegó Ofelia, y llorosa acongojada y bajo la mayor exitación de ánimo á que la he visto llegar, díjome:

—Jorje, una inmensa desgracia nos amenaza; mi marido ha llegado: yo debo abandonarte, debo huír para ocultarme léjos de él.

—Tu marido! Pero que infierno ha vomitado á ese hombre ¿qué quiere? ¿qué dice?

—Quiere dinero; me pide una gruesa suma que necesita con urgencia; y caso de no entregársela, me dice que todos los días, cometerá escándalos para dar mayor publicidad á nuestros amores.

Aunque la amenaza era poco temible,dada la conducta nada reservada que Ofelia y yó habíamos lle-

vado; no obstante, se dirigía contra Ofelia, y yo estaba en el deber de defenderla.

Ofelia continuó:— ¡Ah! yó no resistiré esta situación...... Dios mío! yo voy á morirme; yo no puedo vivir cerca de ese hombre. Jorje, sálvame, salva á tu Ofelia......; oh! yo no sé que hacer!

Y en el exeso de su exitación, sollozaba y hablaba angustiadísima.

Bien pronto me dí cuenta de lo que sucedía; el miserable aquel, pretendía expecular con las faltas de su esposa, vendiéndole al amante sus derechos de marido. Las circunstancias no pudieron ser para mi mas desfavorables. Faltábame dinero y libertad para arbitrarlo.

Pero qué hacer! A tratarse de afectos míos, sería escusable el sacrificio de dejar partir á mi amada; pero yo veía comprometida su felicidad, su tranquilidad, y ella con su acostumbrada vehemencia, acababa de decirme:—Jorje, sálvame, ese hombre puede llegar á matarme!...........

Y esas palabras decíalas, quien venía de exponer su vida por salvar la mía, aquella noche que fué á mi prisión. Y luego yo le era deudor de algo más que gratitud; le debía dinero. Ella en sus empresas y reuniones políticas, había malgastado su pequeña fortuna. Mi indolencia en esta ocasión, hubiera sido pues una infamia que yo mismo no me la hubiera perdonado.

Y ya que llega el momento de hablar de dinero, será preciso hacer aquí una confesión; yo me encon-

traba arruinado; había gastado todos mis caudales y me hallaba atestado de deudas, con fuertes intereses y con cargo de devolución para cuando hubiera llegado á la presidencia de la República.

Como carecia de bienes raices para hipotecar, los expeculadores diéronme su dinero, á la *gruesa ventura* ó lo que es lo mismo á pagar quinientos por ciento.

Diez mil soles más era necesario buscar en calidad de préstamo, para entregárselos al infame marido de Ofelia!............

No me fué dificíl conseguirlo, y de las manos del dueño del dinero, pasaron á las del que me vendia sus derechos sobre la mujer que yo amaba.

Diez mil soles mas, sobre todo lo gastado en comprar á mis carceleros y asegurar mi tranquilidad pagando al intendente de policía......... Ah! aquello no podía llegar sino al más estupendo fracaso!

Un nuevo é imprevisto golpe, una de esas catástrofes financieras, había venido por entónces á agravar mi ya insostenible situación.

La casa comercial de Londres, en la cual había yo colocado toda mi fortuna, suspendió sus pagos por haber sufrido fuertes quebrantos en sus negocios. Y aunque ya poco me restaba que gastar de mi propio capital, había obtenido la concesión de poder librar hasta por medio millón más de lo depositado.

Apesar de mis esfuerzos,nó fué posible ocultar aquel fracaso : es que desde ese momento principiaron os préstamos de dinero, pedidos á amigos mios, y tam-

bien me ví precisado eludir todas las dádivas que antes tan liberalmente hacía.

A medida que mis deudas crecieron, fueron á la par decreciendo los partidarios y alejándose los amigos; y cuando se agotaron mis dineros, evaporose el entusiasmo de amigos y partidarios. Esta es en síntesis la historia de mi popularidad, y de mi vida de conspirador; y por cierto que si algo puede consolarme, es su semejanza con otras vidas de políticos peruanos! ....

VII

Despues de dos meses de estar oculto, quiso Ofelia que fuera yo á habitar «unos altitos» que á su opinión me prestarian todas las comodidas de un asilo completamente oculto.

—Ya verás como tu mujercita te proparciona un asilo que será un nido de amor para ambos, —díjime ella y yo dominado cada día más, por su amor, perdia mi voluntad, y sólo aspiraba complacerla.

La vida inactiva, solitaria, agobiada por el recuerdo de las mil decepciones que me rodeaban, habia de tal suerte enardecido mi pasión, que ya yó sólo hubiera querido vivir para espiar las acciones de Ofelia, y ser á su lado, el amante que cela y asecha el corazón de su amada, como el único positivo bien que le queda en el mundo.

Excusado es decir, que yo accedí gustuso en ir á vivir en la nueva morada que Ofelia me ofrecia; y

como siempre fué el amor, más que la conveniencia política, consultado por mi, en esa circunstancia.

Yo era un hipnotízado que había perdido toda su fuerza de voluutad para quedar á merced de una voluntad extraña.

Y allá oculto en la calle de N............ una pequeña casita, encajonada entre dos altas casas, con una puerta angosta, y cuyos cerrados balcones de forma antigua, no dejaban paso á la luz exterior, vivia yo, indolente, estúpido sin más impresiones que las que me producía el celoso espionaje que yo tenía con Ofelia.

Algunas veces me ocucria pensar, que ella podía abandonarme, hallar otro hombre que la ofreciera la fortuna que á mi me faltaba; y entonces violenta angustia me asaltaba y estrechándola entre mis brazos decíala:—Dime Ofelia ¿tú me amarás siempre? no se por qué me parece que fuera á perderte, y yo me moriria, sí, me moriria, si así fuera.

Y Ofelia, sonriendo amorosamente de mis infundados temores, hacíame mil protestas, como si se tratara de amores que no hubiesen llegado, como los nuestros, á su último estado de prueba.

***

Ya lo he dicho: mi fortuna estaba del todo arruinada, y tiempo há que vivia yo de prestado.

Más que yo, Ofelia se desesperaba, y lamentaba nuestra angustiosa situación, no por apego al dinero

según decia ella, si, porque sin él, era fuerza renunciar á toda esperanza de realizar ningún plan de conspiración.

Algunas veces, veíala ajitada, dialogando consigo misma, yendo y viniendo, cual si una idea fija la persiguiera de continuo:—¡ Ah ! —esclamaba á cada paso—no tener dinero, cuando hoy, sería tan fácil hacer una revolución!.........

Y después de estas exclaciones, quedaba pensativa, y en el entrecejo se dibujaba una honda arruga, y sus labios siempre serenos y risueños, se contraían en signo dè profunda preocupación.

Día tras día, fueron presentándose más apremiantes nuestras necesidades, hasta que llegó el momento en que, para satisfacer los gastos de nuestra vida ordinaria, Ofelia, recurria á mil arbitrios, á cuál más desesperados, sin desechar el ir á las casas de préstamos, donde fué preciso llevar, primero los anillos de Ofelia, luego sus pendientes y botones de oreja; y por fin, agotadas todas las joyas de lujo, fué preciso llevar tambien, mi relój de bolsillo.

Cuán crueles y dolorosas fueron para mi esas impresiones!.................Cada uno de esos objetos, salidos de nuestros cofres, para ser llevados á las prenderías, mirábalos yo, cuál si fueran piedras arrancadas por furioso vendaval del edificio de mi gloria-bamboleante ya y próximo á derrumbarse. Y aunque fueran joyas inútiles, que ni yo ni Ofelia usábamos, parecíame que junto con ellas, lleváranse parte de mi honor, parte de mi ser moral.

Los préstamos se sucedian uno tras otro, y mis amigos, aquellos que antes siempre salieron de mi casa, con los bolsillos, repletos de oro, y que aún conservaban algún resto del prestigio que puede dar el recuerdo de la gloria pasada, decíanme asombrados: —¡Cómo! U. pide dinero prestado?......... ¡usted! ......! usted!.........

—Sí! pero sólo por pocos días; es que me ha faltado uno que debia traerme alguna gruesa suma.

Y aquel dinero pedido á los que fueron mis partidarios, aumemtaba mi descrédito y acrecia mis deudas, las que ya habian principiado á considerarlas, en el número de las incobrables.

Un día vino Ernesto á verme:—Déme U.—le dije—quinientos soles; le firmaré un pagaré por tres mil, para cuando......... —Para cuándo?...... interrumpiome él con aire asombrado.—Para cuando triunfe mi partido y llegue á la presidencia! ...... —Ta ......ta......ta......tá...... Todavía está U. soñando con la presidencia? —¡Pues qué! ¿no tengo ya partidarios y amigos?

—Amigos y partidarios! .... y pidiendo quinientos soles prestados!...... ¡Hombre! mejor será que no me haga U. hablar.

—Quiero una contestación categórica: me dá ó no me dá U. los quinientos soles?— preguntele indignado.

— Pero hombre! de donde diablos quiere U. que yo saque quinientos soles? cuando con haberme metido en su partido,he perdido más de veinte mil soles.

—Pero es que le he de firmar pagaré por tres mil soles. ¿Lo oye U.?

—Aunque lo firmara U. por veinte mil; es el caso que no tengo ni diez soles disponibles.

Y al fin llegó el día, que yo vivía á expensas del dinero que Ofelia podía conseguir con ventas á cual más descabelladas.

Mi dignidad y mi amor propio, sentíanse cruelmente lastimados: vivir á expensas de una mujer, es la mayor ignominia para un hombre delicado.

Pensé que deber mio era manifestarle á Ofelia, mi resolución de abandonarla, puesto que, me hallaba en la imposibilidad de llenar deberes que, en nuestra vida de amantes, eran sagrados para mi.

Antes de hablarla sobre este punto, preparé su ánimo favorablemente, manifestándome, más que nunca afectuoso y extremadamente obediente, á sus más caprichosos deseos.

—Ofelia — díjela un día— es necesario separarnos; me es forzoso dejarte en libertad; y esto en el momento en que yo quisiera encadenarte para siempre entre mis brazos; pero comprendo que no debo sujetar tu vida jóven y feliz, á la mia desgraciada y miserable. Seremos dos buenos amigos; ya comprendes lo que por mí pasa: yo no podré dejar de amarte jamás.

Y al decirla estas palabras, yo estrechaba amorosamente sus manos, dejándola comprender que mi amor no había disminuido un punto.

—Y por qué habias de abandonarme ¡ah! ya comprendo, porque no tienes dinero! ¡Calla, ya verás como el dinero no nos falta. Pierde cuidado: ya yo tengo una gran combinación, ya verás...... si, ya verás que tu Ofelia piensa en ti más de lo que tú crees.

Todas las locuras parecíanme aceptables, y á ellas me acojía,con la misma desesperación del que busca una tabla de salvación;y en medio á aquel naufragio,yo conservaba alguna esperanza, sin dejar de conocer que era tan absurda, cual la del condenado, cuya sentencia le ha sido dada por inexorables jueces.

Cuáles podian ser las combinaciones que Ofelia proyectaba? Qué insensata esperanza pudo deslizarse en mi corazón para hacerme esperar tranquilo y confiado, imaginando que mi situación podía cambiar favorablemente? No sabria decirlo..............

⁂

Habíamos acabado de comer, tan mal humorados, como está de contínuo, el que come de prestado y sobre su agonizante crédito.

Eran las ocho de la noche, y Ofelia silenciosa y meditabunda, cambiaba su rica bata de raso crema, por un vestido negro, que ella usaba para las salidas «*de manta.*»

En el día habíala notado más que nunca inquieta y preocupada; casi podría decir desesperada, á juzgar por ciertos monosílabos, dejados escapar quizá á su pesar.

—Mira, me voy á la calle, voy solo por un momento; tú me esperarás ¿no es cierto?

—Y ¿qué novedad es esta? por qué vás á salir de noche y sola á la calle.

Debo advertir que yó más de una vez, había oído á Ofelia, expresarse respecto á las mujeres de cierta condición que salían de noche solas á la calle; las cuales decía ella que debían ir solo á buscar aventuras. En ese momento acudió á mi mente aquel recuerdo, y sentí el estremecimiento del temor y los celos.

—No salgas Ofelia yo te lo ruego; no salgas sola de noche.

—¡Hé! dejate de exigencias sin objeto; ya veras que yo solo salgo por ocuparme de tı. Muy pronto voy á regresar. Hasta luego...hasta luego!...

Y escurriendose de entre mis brazos salió precipitadamente.

Procuré dicipar mis temores y fui á mi escritorio á revisar algunos papeles y leer los priódicos del día.

Un tanto tranquilo y deseando disipar las angustias que me atormentaban díjeme á mi mismo:

—Soy un loco, un tonto, pues que sin motivo seguro, forjo fantasmas para agravar mis celos; basta pensar que si Ofelia hubiera querido abandonarme, no hubiera rechazado aquella propuesta iniciada por mí, y que le abría camino para una definitiva separación.

Por muchas horas consagré mi tiempo en ocupaciones que absorbieran mi atención, y disiparan mis preocupaciones.

Nuestra angustiosa situación financiera, no había mejorado un punto, léjos de ésto, cada día, cada hora se nos presentaba más insostenible y apremiante. Mis amigos......... ¡ Bah ! para qué hablar de amigos cuando se trata de un político en desgracia ! No quise acordarme de ellos, por más que me faltara el dinero aún para subvenir á mis gastos más esenciales.

Algunos días después cuando ya había olvidado mis celosos temores, y estaba casi tranqnilo, quiso Ofelia como la noche pasada, salir sola y cubierta con su *manta*.—Pero qué significa este empeño de salir de noche sola á la calle—díjela colérico.

Vaya no vengas con niñerías!—contestóme ella desdeñosa y risueña.

Y como la vez pasada, se escapó de mis brazos, para irse precipitadamente á la calle.

Mi resolución fué repentina, tomé el sombrero y salí. Aun tenía tiempo para alcanzarla y seguirla. Había tomado un carruaje y yo subí á otro, y señalándolo díjele al cochero:—Siga U. aquel coche. En ese momento olvidé que yo estaba perseguido; que corría el peligro de ir á dar á manos de la policía; todo lo olvidé, para pensar sólo, en que necesitaba saber si Ofelia me era infiel.

Mi cerebro se exaltaba por grados, y en mi corazón sentía mil dardos que cual dentelladas de fieras me torturaban con temores espantosos.

Iba á descubrir una verdad que yo deseaba ignorar, que la realidad debía de producirme tan honda

herida, que hubiera dado parte de mi vìda por evitarla.

El coche de Ofelia se detiene y el mio también. En ese momento sonaban las nueve de la noche en la campana de San Pedro.

Ofelia desciende del coche, y un hombre la espera en el quicio de una puerta de calle. Tan pronto como la vé él llegar, se escurre cautelosamente, y entornando el postigo, la espera que entre, y cierra violentamente la puerta pequeña, pués la grande estaba del todo cerrada.

Subitamente se encienden en mi alma deseos de exterminio de hòrrible matanza; y con la mirada estraviada y el pecho anhelante, corro á la puerta para echarla abajo para incendiarla y destruirla y arrancar de allí á mi amada ¡oh! aquel momento fué de tortura y cruel padecer!

Por un momento quedé anonadado, sin fuerzas sin conciencia de mí mismo, con ambos brazos colocados contra aquella puerta que yo quería destruir, y la cabeza apoyada allí, sin dicernimiento, sin rasocinio, casi desvanecido. No sabría decir cuánto tiempo permanecí en ese estado. Cuando volví en mí, subita reacción operose en mi ánimo, y en ese momento recordé á los policiales que me perseguían; recordé mi probable prisión, mi vida en peligro, y sobre todo esto, mi dignidad de hombre, arrastrada por el fango, pues que me presentaba persiguiendo á una mujer que no era la mia y que á más era doblemente infiel.

Vuelvo á subir al coche y doy la dirección de mi casa, sin pensar que así podía revelar el lugar de mi escondite. Pero en ese momento, no me dominaba mas que un deseo: castigar á Ofelia, y ante él desaparecían mis otros temores ó deseos.

Voy á matarla, sí, debo matarla que solo así castigaré su perfidia y deslealtad! Ella me engañaba y burlaba mi amor y mi credulidad! Y yo que la amaba tanto! ....

¿Qué haré? Qué reproches puede hacer un hombre que no tiene un céntimo, y que hace tres meses que se sienta á la mesa sin dar para los gastos de la casa! Es decir que yo estoy comiendo con la prostitución de la mujer que amo; es decir que he descendido al último escalón, al que un hombre de mi condición puede llegar!.........

Y desesperado, furioso corrí á tomar mi revolver, no para matar á Ofelia, sino para matarme yo mismo.

Y cuando revólver cayó de mis manos, por faltarme el valor para descargarlo—¡ Ah! exclamé—ni siquiera tengo valor para morir dignamente!.........

Y, quedé anonadado inmóvil, sumido en espantosas reflecciones!.........

Sentía en mi alma que algo como hebras frágiles se iban lentamente rompiendo; y al pensar que debía de encontrarme en presencia de Ofelia, parecíame que había de faltarme la enteresa del Juez que se presenta ante el culpable, y que, pusilámine y hu-

milde, había de acercarme á ella, como el lebrel que lame la mano que tan pronto le acaricia como le castiga.

Dos horas después llegó Ofelia; traía el color encendido, el cabello descompuesto; pasó á mi lado sin mirarme. Yo sentí ímpetus de lanzarme sobre ella, de pegarla, de extrangularla; pero .... no sé lo que pasó por mí. En vez de dar rienda suelta á mi justa indignación, á mi amor ofendido, hice esfuerzo por dominarme, y endulzando la voz, la dije:
— Qué largo te has paseado! ....

— No he estado paseando sino en otra parte.

Y como para dejarme adivinar lo que podía haber estado haciendo, dirijióse al mayordomo del servicio para decirle:

— Mañana á primera hora, irá Ud. donde el carnicero y donde el pulpero, para decirles que me traigan las cuentas para pagarlas. Esa canalla me amenazó ayer con demandarme judicialmente. Bonita hubiera quedado la querida del Coronel Bello, demandada por el carnicero y los pulperos que abastecen la casa donde vive el jefe de uno de los partidos políticos más influyente de este país .... já ...... já ...... já.

Y Ofelia prorrumpió en estrepitosa carcajada, que me produjo el mismo efecto que el brusco rozamiento de una acerada lima.

Quise hablar y enmudecí. Qué podía decir qué podía exigir, cuyo resultado no fuera la agravación de todos mis infortunios!

Como Prometeo sentíame atado á una roca, en

tanto que el ave de rapiña me devoraba las entrañas; y esa ave, no me era posible alejarla de mí, porque eran mis propios celos; era mi amor á Ofelia, que se exacerbaba á medida que veía la posibilidad de perderla.

Yo quisiera si, quisiera detenerme aquí, y no continuar este relato. Es tan duro confesarse culpable! La verguenza cubre mi frente; la noche sombría parece extenderse sobre mi vida.

¡Ah! yo me pido perdón á mi mismo, y mi conciencia me acusa y me dice: faltas como las tuyas, sólo pueden tener una expiación, y esa es, la pública confesión de la culpa.

Y me siento compelido á continuar este relato, y sigo este camino, por más que mi carne se queda en él, desgarrada, y mis huesos chocando contra las agudas rocas, parecen próximos á romperse. Presiento que los corazones generosos han de perdonarme, y los jóvenes inexpertos, han de tomar el ejemplo que les servirá de enseñanza.

Y preciso es decirlo todo; decir que cuando principié estas memorias, no creí llegar á este punto; me había propuesto no más que escribir mi vida como hombre público, bien como ministro, ó jefe de partido; pero ya que he llegado hasta aquí, diré la verdad, y nada más que la verdad.

***

Al siguiente día, Ofelia convidó á algnnos amigos míos, y quiso que comiéramos alegremente ....

Alegremente dijo ella, y yo ¡miserable de mi! que sabía que iba á convidar y á comer, con el dinero que para mí significaba la prostitución de mi querida, de la mujer á quien el mundo, la sociedad, que es bastante corrompida, para dejar de ser tolerante, consideraban casi como á mi esposa, dí mi asentimiento para esa nueva degradación.

La sociedad la había bautizado con mi nombre; se le llamaba la *Coronela Bella*, y después de escuchar los proyectos de Ofelia, yo no tuve una palabra de protesta, una de esas explosiones de ira, de coraje, que son expresión de la virilidad de un espíritu; no, no la tuve y convine en comer con mis amigos, y casi estuve contento. A la debilidad del carácter, vino á juntarse la abyección del sentimiento!......

Y para que no faltara, ninguna ruindad mía, aquella noche, después que se hubieron retirado mis amigos, después que hubimos tomado muchas copas de champaña, con el cerebro embotado, con la conciencia ofuscada, por un pretexto cualquiera, por una disputa pueril, abofetié pesadamente el rostro de Ofelia.

¡Ah! es que los celos me devoraban el alma!
—¡Jorge; Jorge! por Dios que te he hecho ¡ah! eres muy cruel!.........

Y brutalmente la empujé contra uno de los muebles de la estancia.

Y cuando Ofelia sollozaba, yo sentía la satisfac-

ción del que se venga, aunque no sea más que de su propia cobardía.

Pero luego que hubo pasado aquella ficticia excitación, producida por el exceso del licor, volví á mi estado de esclavitud, de abyección; volví á ser el amante que, antes que perder á su amada, transije con todas las humillaciones, impuestas por la situación.

En el público principió á susurrarse la especie de estar yo oculto en la casa de la Coronela Bella; y como si el Gobierno hubiera querido darme la medida de mi desprestigio, ni aún hizo la menor tentativa para apresarme.

Yo era ya un hombre que no merecía ser perseguido, á pesar de mis intentos revolucionarios; yo estaba en la misma condición de un conspirador vulgar, inofensivo, á quien se le deja en completa libertad, porque no merece darle la importancia de apresarlo. ¡Ah! entonces no supe comprender ni valorizar, que éste podía ser el peor síntoma de mi próximo hundimiento!

No obstante, mis amigos y Ofelia misma, quisieron á todo evento, que yo permaneciera oculto, que de otra suerte aparecería cual si yo desafiara con mi presencia á la policía. Y yo que no me daba prisa en salir, porque no sabía qué hacerme en la calle, convine en quedarme allá, halagado con la idea de que me hallaba perseguido por el Gobierno.

Desde el día que principiaron las salidas nocturnas de Ofelia, el dinero no volvió á faltar en la casa; pero

si nos faltaba la armonía y la felicidad. El amor espantado de nuestra degradación, parecía haber huído para no volver jamás.

Yo estaba persuadido de que en el público, se había difundido la conviccción de hallarme yo oculto en la casa de Ofelia, y comprendia que esta situación había de ser interpretada desfavorablemente á la moralidad de mi conducta, y á la dignidad de mi partido.

Y mientras más claramente veía el daño que mi residencia al lado de mi querida me causaba, con mayor afan me acercaba á ella, rabioso á la idea de perderla.

Bien pronto nuestra vida se convirtió en continua lucha, y perpétua tempestad, y en nuestra intimidad no hallábamos sino motivos de reproches y de amargas quejas.

Los celos derramaron en torno mio toda su hiel, y la miseria se me presentaba, mirándome, y acercándose á mi, con la risa del que va á tomar una presa, que tuvo ya por perdida.

Así vivia yo, estúpido, inactivo irrascible, sin hacer más que enumerar los instantes, que caían gota á gota en la eternidad de mi dolorosa vida.

Y por más que comprendía la infidelidad de Ofelia, por más que valorizaba mi vergüenza y degradación; yo no concebía cosa alguua sin Ofelia, ni alcanzaba á encontrar la energía suficiente para alejarme de ella.

Mi pensamiento, mis acciones, tenían á Ofelia por

punto de partida y á Ofelia por fin y remate de ellos. Y después de una escena ruidosa de increpaciones de injurias groseras, yo me humillaba y venía á pedirla perdón, asegurándole que ni la más leve sospecha atravezaba por mi mente.

—Perdóname Ofelia, perdóname; yo estoy desesperado, no sé qué hacer; temo perderte y esta idea extravía mi razón; lo he perdido todo, ya lo vez, hasta mis amigos me han abandonado, no me queda más que tu amor.

Y entonces yo lloraba, si, lloraba como un niño, sin atreverme á confesar lo que ya más que sospecha era una convicción.

Ofelia me engañaba, y yo no tenía el derecho de acusarla, de reclamarle fidelidad; ella iba á buscar en otro amor los recursos necesarios á nuestra existencia, y yo cometía la indignidad de aceptar aquella cruel humillación.

Cada día al dejar el lecho, me prometía á mi mismo abandonar aquella morada, huír de la deshonra que como miasma pestilente, envenenaba mi sangre, y al finalizar ese día, me encolerizaba, contra mí mismo, y nuevamente me prometía no dejar pasar el siguiente, sin tomar una enérgica y decisiva resolución.

Y todos los días trascurrían iguales, negros, pesados, lentos, como el martirio que me torturaba el alma.

Llegué á desear ver terminada aquella situación, aunque fuera á costa de mi libertad; sí, deseaba que

me apresaran, preveyendo que la pena había de ser el destierro; y éste, que para un hombre en su estado normal, para uno que como yo no se sintiera esclavisado por sus propias pasiones, es cruel castigo; yo le miraba como un medio de curarme, como una puerta de salida, la única que me obligaría á sacudir, esa anómala situación.

Y como sucede frecuentemente, en los caracteres débiles, dominados por una pasión, las explosiones de rabia, de ira, èran violentas y frecuentes, agravadas por la falta de estimación que ambos sentíamos el uno para el otro.

Las palabras hirientes, salían de nuestros lábios como dardos lanzados para desgarrar nuestras carnes; entre nosotros no hubo ya ni esos retornos tranquilos que suceden á la tempestad. En los momentos de mayor afecto, cuando yo sentía fundirse mi corazón de ternura, me asaltaban deseos de pegarla de golpear su cráneo contra el suelo, en castigo de su perfidia y su infamia.

Pero luego me decía á mi mismo: —Y yo ¿hé cumplido acaso con mis deberes de hombre y de caballero? ¡Ah! no, seis meses habían trascurrido, día por día, hora por hora, satisfaciendo yo todas las necesidades de mi vida, sin cambiar un ápice de mis antiguas costumbres y de mi regalada vida; y no obstante, yo no había contribuído con un sólo real á esos gastos, que debían ser todos pagados por mí.

Después de hacerme estas reflexiones calmábanse todas mis cóleras, y volvíame hácia á Ofelia para estre-

charla con mayor ternura en mis brazos, diciéndola:

— Temo perderte, ¿díme, tú me amarás siempre? Me parece que hubieras cambiado, y yo me moriría si te perdiera.

Y Ofelia correspondiendo á mis caricias me aseguraba que su amor había de ser eterno; y después de trascurridas algunas horas, me horrorizaba al pensar que aquella situación había de alargarse; y la cólera y el disgusto me embargaban hasta ser injusto en todas mis acciones y reproches.

***

Para agravar mi situación cada día más; sucediéronse con espantosa crueldad las decepciones políticas en lo privado; y en lo público, el silencio; silencio completo, respecto á mi partido. ¡Ah! bien sabía yo que esto es sintomático de una irremediable muerte política.

La ruína de mi fortuna, mi larga prisión, mi vida de refugiado en casa de Ofelia; en casa de mi querida; mi casi prescindencia de todo lo que se relacionara con mi partido, para pensar sólo en mis preocupaciones de amante; amante público de una mujer casada, todo había contribuído á labrar mi caída, que será tal vez definitiva.

Yo sentía en mi conciencia la helada mano de la muerte; de esa que es el anonadamiento del ser moral; la supresión del hombre público, dejando en su lugar, tan sólo un hombre, un cadáver político que

debe apurar los dolores más acerbos de la vida! ......

....

Ni quiero ni me propongo describir aquella situación, cuyo recuerdo es en mi corazón, como es en el cuerpo la curación de una dolorosa herida.

Continuaré estas memorias, ya que en ellas he hallado todo este tiempo un lenitivo de mi dolor, y algunas horas amenas en mi triste prisión............

VIII.

Un día; nó, era de noche y yo acababa de arrojarme sobre mi lecho, presa de uno de esos accesos de lágrimas, que, aunque no corrían de mis ojos, caían gota á gota sobre mi corazón.

Las diéz de la noche acababan de sonar, cuando se presentaron en mi casa los gendarmes; venían á apresarme y para ello traían una orden escrita que me entregó el oficial que los conducía

Y yó sin hacer objeción ninguna, me entregué á ellos, como si tuviera prisa de salir de allí, casi gozoso, feliz al verme sacado de aquella casa, donde la vida convirtióseme en doloroso suplicio, tanto mas horrible, cuanto que mi voluntad era impotente para salvarme.

¡Oh! me recuerdo bien de aquella impresión! Acababamos Ofelia y yo, de ser actores de una de esas escenas ruidosas, de acusaciones é insultos, que deben ser el punto final de las relaciones de dos

amantes, si es que no han perdido su delicadeza y dignidad; una de esas escenas en que se sueltan palabras que son como la cuchilla que corta los lazos que unen dos corazones. Yo la dí ese nombre hiriente infamante que solo merecen las prostitutas; ella ¡ ay ! yo la disculpo, me dijo que era un miserable un...... ¡ Ah ! si, yo comía con la prostitución de ella ! ....

***

Salí de la casa sin despedirme de Ofelia ; los policiales habían traído un coche de alquiler, subí al coche, contento, risueño, con deseo de decir bromas y creo que si me hubiera sido permitido, hubiese prorrumpido en gritos de alegría, diciendo á cuanto, veía: Voy preso, pero ya estoy libre, libre de mi verdadera prisión.

Sí en verdad ; mi cabeza se alzaba más libremente ; el aire entraba á mis pulmones en mayor cantidad; los músculos de mi cuerpo tenían mayor elasticidad. Y yo bajo de la mirada investigadora de mis apresadores, repetíame con íntimo regocijo:—Ya soy libre ! ya puedo dejar de amarla. En ese momento mismo, estaba íntimamente convencido que yo no amaba ya á Ofelia.

En el tránsito de mi casa á la Intendencia á donde yo era conducido, encontramos á un pobre hombre, que en estado de ebriedad, era víctima de maltratos y golpes de dos policiales ; y yo compadecido de él, saqué la cabeza por el ventanillo del coche, pa-

ra decirles;—Eh! no maltrateis á ese hombre. ¡Cuidado! Sois unos bárbaros!

Y después de hacer un ademan amenazador, continué hablando y riendo de la terquedad del borracho que no quería dar un paso mas adelante.

El oficial y los dos sargentos que me acompañaban, mirábanme azorados, sin darse cuenta de lo que veían, contrastando notablemente, el aire jovial y el tono natural con que yo hablaba, al lado del casi azor do semblante de mis guardianes.

Llegado á la Intendencia, fuí conducido á aquel cuarto que me era ya conocido, por haber sido ocupado en otra época, cuando fugué de allí en compañía de Ofelia.

No quiero detenerme á relatar menudamente, los diálogos y los interrogatorios que sostuve con los que dieron la orden de apresamiento. Yo no quise negar mi participación en las cospiraciones de que fuí acusado; y como conspirador debían juzgarme.

Cuando quedé solo, en la habitación que se me había destinado, en la cual, dicho sea de paso, encontré todo lo que podía necesitar, principié á pasearme, absorto en mis meditaciones. Ni la más leve sombra de pesar oscurecía mi ánimo; al contrario, sentía bienestar, puedo decir que estaba contento.

Lo que mas me alegraba, en ese momento, era pensar que ya yo no amaba á Ofelia; no solamente me parecía que no la amaba, sino que hubiera asegurado que la detestaba, con toda la energía de mi alma.

Para afirmar y vigorizar tan favorable reacción, decíame á mi mismo:—Ofelia es la causa única de mi ruina. Ella ha tenido sombra fatídica para mi; esto yo debía de haberlo previsto. No es dable quebrantar las reglas sociales, ni los principios morales, sin ser víctima de ese temerario intento. Un hombre público que se presenta al lado de una querida, máxime si ella es casada, lleva todas las probabilidades de un fracaso.

Yo me encontraba en el auge de mi gloria, en el pináculo de mi popularidad, cuando la conocí á ella; y desde ese momento, desde ese punto, ha comenzado la descención lenta y desapercibida en los comienzos, y luego rápida y violentísima. Ella, ella sola es la causante de mi ruina. No debo amarla no, ni aún acordarme que ella existe.

Aquella primera noche dormí mal, inquieto y desazonado. La impresión de contento y bienestar del primer momento, pasó rápida como pasan las ráfagas de aire fresco y puro, en cálida y pesada atmósfera.

Veía á Ofelia llorosa, acusándome de ser yo el causante de todas sus faltas:—Ingrato, yo si que te he sacrificado mi posición social, mi pequeña fortuna y lo que valía para mí más que todo, mi honor. Yo era virtuosa, bien lo sabes tú; nadie antes que tú había alcanzado nna mirada una sonrisa de amor, porque quería guardar mi corazón, como uno de mis mejores títulos de nobleza. Tú los has hollado, lo has pervertido; tú lo inoculastes de tus locas ambicio-

nes, y yo fuí arrastrada como la brisna de yerba caída en el torrente.

Todas estas palabras me las repetía yo, imaginándome que Ofelia llorosa y desesperada me las decía en aquellos momentos.

Y calenturiento exitado, dejé el lecho, con el cerebro pesado y el corazón lleno de la imágen de Ofelia.

He sido injusto, he sido temerario yo debo amarla. Ofelia querida mía, perdón, perdón!.........

En este estado pasé tres días más. Al cuarto corrí á la mesa donde había recado de escribir, y la dirigí la más apasionada y amorosa carta, que en mi vida he escrito.

Aquel día no era cólera, indignación contra cada uno de los que se me acercaban manifestaba yó; era algo más que me sublevaba la sangre, sin darme cuenta de lo que por mí pasaba.

Y á cada instante recordando Ofelia me decía:—Yo soy el único culpable! Yo el único ingrato y todas las faltas de ella se ocultaron á mis ojos que no acertaban á ver más que su belleza y sus generosas acciones.

Recordaba todos los menores detalles de nuestros primeros días de amor, y me decía á mí mismo;—Ella era buena y virtuosa, yo la he lanzado por el camino de la perdición.

Y engalanándola con todos los atractivos de sus pasadas virtudes y su actual belleza, la amaba entonces con mayor vehemencia que antes.

Nuevamente principiaron las tramitaciones del juicio que como conspirador debía seguírseme; nuevamente volví á estar bajo la vigilancia de mis carceleros, y sufriendo las visitas de los encargados de juzgarme.

Esta vez mis amigos brillaron por la ausencia; ninguno se cuidó como en otro tiempo, de venir diariamente á informarse de mi salud y á prestarme compañía, pasando largas horas en mi prisión

¿Qué se hicieron esos fanáticos partidarios mios? Sin mas norte que su propia satisfacción, huyeron del mal tiempo, cual huyen del invierno las bandas de golondrinas!

Ni uno solo ha llegado hasta aquí para manifestarme su amistad ú ofrecerme su adhesión.

Qué triste es la soledad que se sigue al bullicio de la gloria!......Qué solitaria es la prisión del hombr público, cuya grandeza ha principiado á decrecer!... Cuán horrible es descender, cuando se ha pisado los últimos escalones de la gloria!......